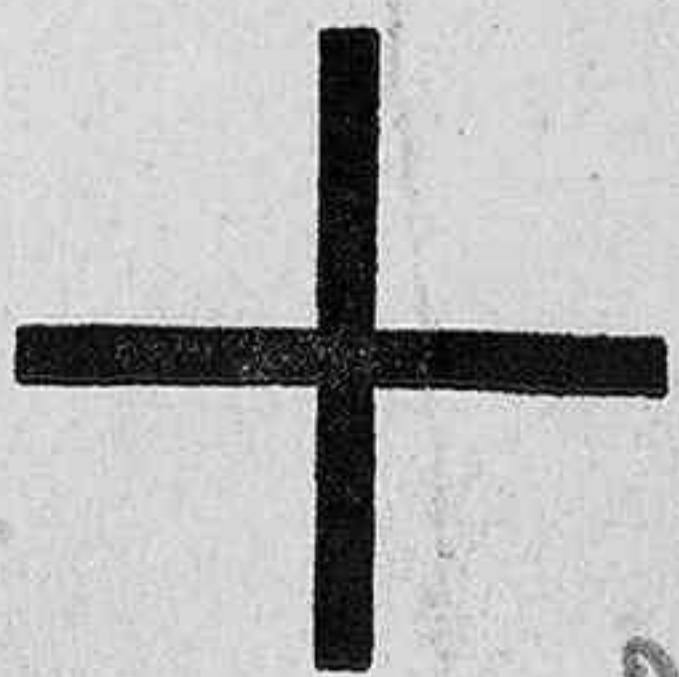


186

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION



Mood. 28

1936
13

2

37

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, ABRIL DE 1936

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director:

JOSÉ BERGAMIN

Secretario:

EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

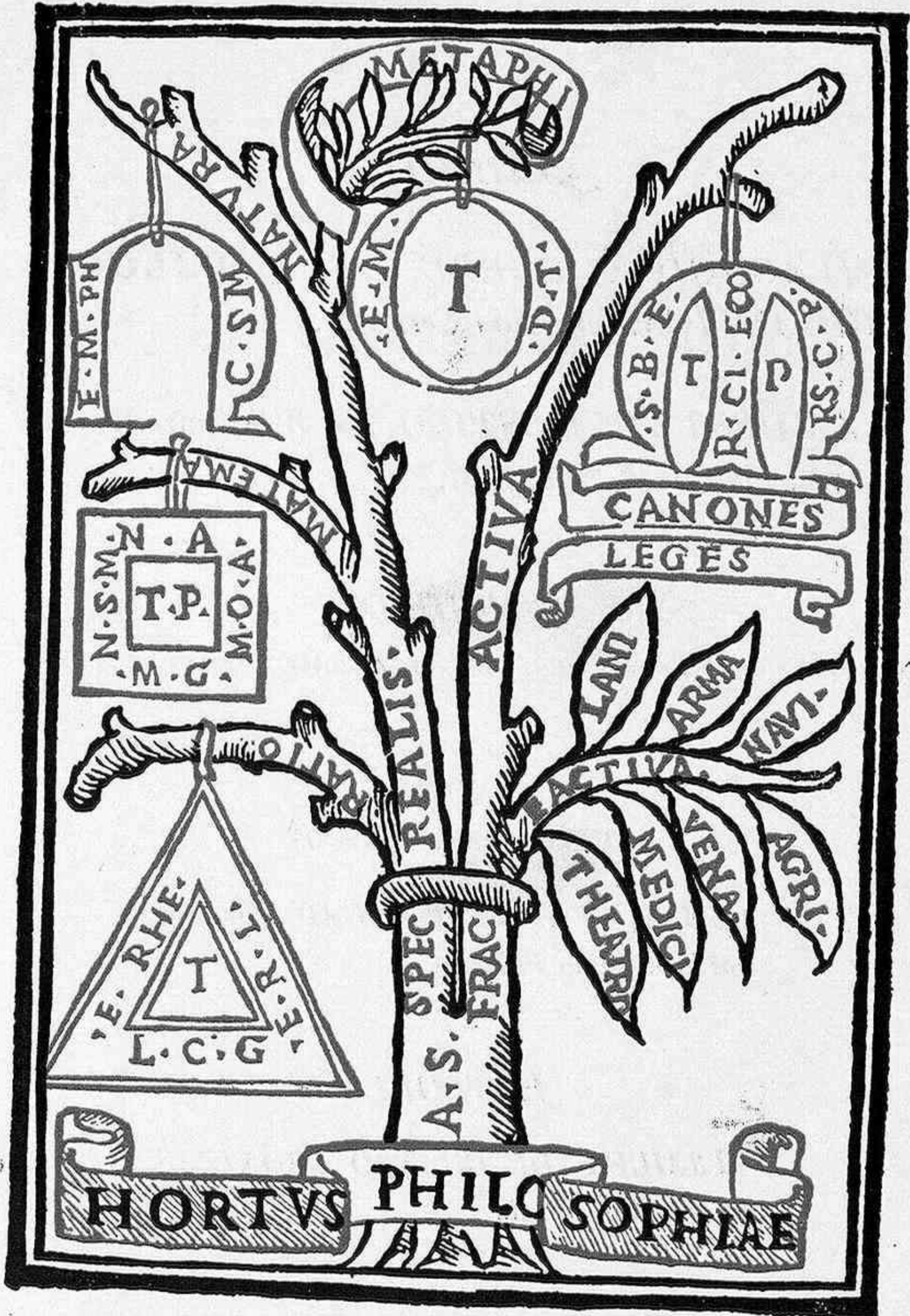
Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID

GENERAL MITRE, 5

TELÉFONO 17573



Sumario

DIVAGACIÓN SOBRE LA ANDALUCÍA ROMÁNTICA, por Luis Cernuda.

LA MUERTE DEL ESTILO, por Wladimir Weidlé (traducción de J. Sabartés).

VIRGILIO

Puesto en verso castellano por Luis Rosales y Luis F. Vivanco.

CRIBA

LAS PALABRAS ESPEJOS

UNA NUEVA CRISTIANDAD, por Leopoldo Eulogio Palacios.

HISTORIA

«TRAILER» DE CUATRO CRÓNICAS, por Ramón Iglesia.

Divagación

sobre la Andalucía romántica

Soledad deleitable ... último asilo de la cansada vida; jardín eterno: muestras, ruinas, vestigios que aún nos quedan del Paraíso en muy pocos lugares privilegiados sobre la tierra.

... Se rindió al sueño en aquel paraje encantado, o cedió más bien a la fuerza de un desvarío profundo, que ganó sus sentidos y dió suelta a la fantasía... Se hallaba solo en un nuevo Edén... ¡Qué ilusión! ¡Qué misterios y qué enigmas del corazón! Veía-la en sueños por la primera vez, y la veía en diversos lugares y en diferentes apariencias, a cual más noble, a cual más atractiva y afectuosa; pero siempre a lo lejos, pero siempre como una sombra, o en el cabo de una montaña, o al través de los árboles, o debajo de un río en lo más hondo, como una luz incierta que reflejan las ondas en medio de la noche. Mil veces se le muestra de estos modos incomprensibles aquella imagen adorada, y otras tantas se pierde en la oscuridad.

(Chateaubriand: *Las aventuras del último Abencerraje*. Ed. Cebreriró, Valencia, 1827, págs. 44-45.)

1

SIENDO niño, al rebuscar un día a escondidas la biblioteca paternal, allá en Sevilla, encontré unos pequeños volúmenes que llevaban un título extraño y sombrío. Eran las *Memorias de Ultratumba*, de Chateaubriand. No comprendí entonces aquel libro; pero en el niño, como en el hombre, trabaja siempre instintivamente un raro poder de contagio espiritual. Y gracias a ese oculto don quedaron desde entonces grabadas en mi inconsciencia, estímulos para la vida futura, la lírica altivez, la grandeza infortunada que aquel gran escritor mostró por primera vez, como noble ejemplo, a mi infantil espíritu adormecido. Y cuando en la juventud se avanza hacia la vida con un ejemplo como ese ante nuestra voluntad, son varias las veces que quedamos derribados en tierra con un extraño amargor en los labios. Se vuelven entonces los ojos hacia no sabemos qué paraísos terrestres; aunque ya entonces comprenda nuestro desengaño que tal anhelo

no es más que un atávico sueño. Todos somos libres, sin embargo, para acariciar ese sueño y para situarlo más acá o más allá del mundo. Confesaré que sólo encuentro apetecible un edén donde mis ojos vean el mar transparente y la luz radiante de este mundo; donde los cuerpos sean jóvenes, oscuros y ligeros; donde el tiempo se deslice insensiblemente entre las hojas de las palmas y el lánguido aroma de las flores meridionales. Un edén, en suma, que para mí bien pudiera estar situado en Andalucía.

Si se me preguntara qué es para mí Andalucía, qué palabra cifra las mil sensaciones, sugerencias, posibilidades unidas en el radiante haz andaluz, yo diría: felicidad. Tal vez esta creencia sea una obsesión de poeta. Hoy la vida es dura, fea y pobre. Y siempre ha sido achaque común a gente soñadora el recrear su fantasía en los días de otra época imposible ya. La vida andaluza está ahora corrompida; alguna de sus ciudades se viene abajo materialmente, se consume en silencio, hasta un punto que no es necesario actuar de profeta para anunciar su desaparición espiritual, si no material. Pero qué sueño único, qué fantasía realizada pudo ser la vida andaluza romántica. No olvido, claro es, que en esa tierra el esfuerzo del artista, el esfuerzo desinteresado, no se comprende ni se estima. Con lo ya crea-

do no necesita más la satisfacción y goce humanos. ¿A qué esforzarse, pues? La naturaleza es tan rica allí que sus dones debían bastar generosamente a quienquiera. Ha sido necesaria la feroz civilización burguesa para que el hombre del pueblo andaluz se viera desposeído en un ambiente donde todo respira, al contrario, abundancia y descuido. Poco bastaría allá para la dicha inconsciente. Sé de un árabe tan pobre que sólo poseía, como cosas superfluas, una guitarrilla, un ave enjaulada y una maceta de albahaca. Sentado por la mañana en una roca sobre el mar, tendía su aparejo de pesca que le procuraba el mínimo alimento cotidiano; y allí, entre el trinar del ave, el perfume de la albahaca y sus propios sueños, que acompañaba a veces con la guitarra, dejaba pasar los días, cuyo semblante para él no era otro sino el mismo uniformemente feliz de su desinterés sonriente. Y esa actitud vital ¿no es puramente romántica? Por lo menos ese es el romanticismo indolente que el ambiente andaluz nos inspira; tanto, que si quisiéramos definir Andalucía, sólo en el romanticismo se hallaría la fórmula mágica que apresara en palabras su vívido encanto. En la época romántica tuvo su hora Andalucía. Lo triste es que la dejara sonar en vano. De ahí la invencible melancolía que su contemplación produce.

2

Si la actitud romántica es sólo una fecha en la historia del espíritu y desaparece pasada esa fecha, hablar hoy de romanticismo únicamente significaría conmemorar un gesto perdido, pero no el continuo fluir de una corriente inagotable en la criatura humana. Mas el romanticismo, como el héroe que lo encarna en *Cádiz*, el novelesco episodio de Galdós, repite apagadamente en nuestro oído: *¿Crees que muero? ¡Ilusión! Yo no puedo morir; yo soy inmortal.* Al hablar, pues, de romanticismo no se crea que repito esa gran palabra para celebrar una conmemoración; con ella designo algo tan vivo y fuerte entre nosotros que en torno nada encuentro donde pueda cifrarse idéntica riqueza de posibilidades. Tal vez deba excusarme por referir el romanticismo, no a un escritor o un artista, cosa frecuente, sino, cosa menos frecuente, a una tierra; por referirme al romanticismo vivo y esencial de esa grande y extraña tierra andaluza, como clave para adentrarse en su cambiante atmósfera. No pretendo con ello descubrir su misterio, porque, sea o no posible descifrar misterios, conviene dejarlos como irisado horizonte de nuestra vida, siempre de-

masiado evidente. Naturalmente que me atrae tanto el romanticismo que pudiéramos llamar histórico de Andalucía como su romanticismo eterno, viva cifra del espíritu y cuerpo andaluces.

No me interesa ahora la aportación literaria de esa tierra al romanticismo español, aunque Bécquer, nuestro poeta romántico más considerable, sea andaluz. En cierto sentido yo no vería otro nombre que pudiera oponérsele, si no es el de la gran Rosalía de Castro; verdad que, procediendo sin embargo de Bécquer, hay en ella resonancias de distinta época. Mas, en general, cabría decir, si Andalucía da a España la poesía del duque de Rivas, en cambio Espronceda no es andaluz. Y no obstante haber en los versos del cordobés una cierta prestancia que no es fácil hallar en Espronceda, no digamos en el pobre Zorrilla, podrían equipararse ambos poetas. Otros nombres de románticos menores, Enrique Gil, Pastor Díaz, Piferrer, deliciosos por lo demás, tampoco son andaluces. No es, pues, una cuestión de romanticismo exclusivamente literario lo que aquí me interesa en relación con Andalucía, sino cierta particular atmósfera embriagadora que baña hoy calladamente esa tierra y que, visible y manifiesta en la época romántica, atrajo a muchos artistas extranjeros. Es su forma peculiar de vida colectiva lo

que me preocupa, no unas vidas andaluzas aisladas. El romanticismo respira todavía en Andalucía, y respirará siempre, porque es consubstancial con su espíritu.

Un andaluz desterrado en Castilla es quien distrae aquí la fantasía en pena hacia unas tierras misteriosamente claras, hacia el distante mar del sur, con unas profanas divagaciones acerca de su patria romántica, sueño de unos poetas desaparecidos hace tiempo y obsesión tal vez hoy de algunos en vida. No se busque todavía en estas páginas precisión; en Andalucía los contornos se esfuman con una niebla irisada, con un miraje prometedor muy distinto de la fatal evidencia del horizonte castellano. Existió, sin duda, una Andalucía tal como los románticos la soñaron desde tierras lejanas y tal como la buscaron una y otra vez, con enconado afán, en sus viajes a España. Tal vez sea una locura perseguirla hoy a través de las tristes deformaciones, las toscas mentiras, el falso amor de sus últimas generaciones; tal vez esto no sean sino fantasías sin fundamento. No importa. Si existe una Andalucía espiritual sólo en el romanticismo podemos hallar sus últimas huellas colectivas. Es agradable para mí adivinar su vívida forma, su contemplativo encanto, entre los

ecos de unas voces hoy desaparecidas, que tan bien supieron comprenderla y amarla.

Mas son tantos, tantos, los libros románticos que a ella se refieren. Yo no pretendo conocerlos todos; quizá conozca los más urgentes. Además, ¿qué Andalucía parece hoy más verdadera; la de los nacionales, Estébanez Calderón, por ejemplo, o la de los extranjeros, Byron, Chateaubriand u otro ilustre visitante? Bécquer pudo habernos dicho algo; prefirió vivir y morir como callado andaluz. En sus leyendas, en casi todas, alientan ambientes extraños a su tierra. Sólo *La venta de los gatos*, *Maese Pérez el organista*, son evocaciones de ella; aunque su andalucismo, sutil como un hálito, baña profundamente cualquier atmósfera que descubra. Y Toledo o Veruela, Aragón o Castilla, están reflejados en su irisado vidrio de andaluz nórdico. Pero prescindamos de él ahora; si hablásemos del espíritu andaluz eterno, del cual esa Andalucía romántica es sólo una forma, la más bella quizá de todas las formas que en época moderna ha revestido, otra cosa sería. Tal empresa demasiado grande quédese para un gran andaluz que nazca saben los dioses cuándo. Tal vez nunca.

Recordemos libros, páginas románticas sobre Andalucía. Qué pasto magnífico para el erudito.

Quisiera conocerlos todos y verter aquí o allá, dentro de estas líneas, una preciosa gotilla de sus zumos aromatizados y densos con el paso de los años. Como no es posible, tengo que mezclar, entre los ecos de esas nobles voces extintas, la mía viva y descuidada, pero autorizada quizá por toda una niñez y adolescencia andaluzas pobladas de romántica soledad y lírico anhelo. No se me tache de capricho por estas divagaciones; advertidos quedan quienes me vayan siguiendo en ellas. Tanta parte tienen aquí las referencias concretas de un libro como las fantasías de quien esto escribe. Por lo demás, poeta y erudito son semejantes al amante joven y al viejo enamorado de que habla La Rochefoucauld; aquél quiere ser fiel y no lo consigue; éste quiere ser infiel y no puede. Me resignaré a la infidelidad.

Quiero alegar, en cambio, que las referencias aquí mencionadas han dejado desde hace tiempo en mi espíritu su sombra y su olvido. Esa pequeña compensación hará, si soy infiel, que mi engaño sea lo que pudiera llamarse una hermosa infidelidad. ¿Quién ignora la fuerza de un recuerdo y de un olvido para formar un temperamento? Somos hombres en tanto podemos olvidar y recordar; y aunque parezca triste que el placer pueda lo mismo olvidarse que recordarse, hay un equilibrio en que sea su

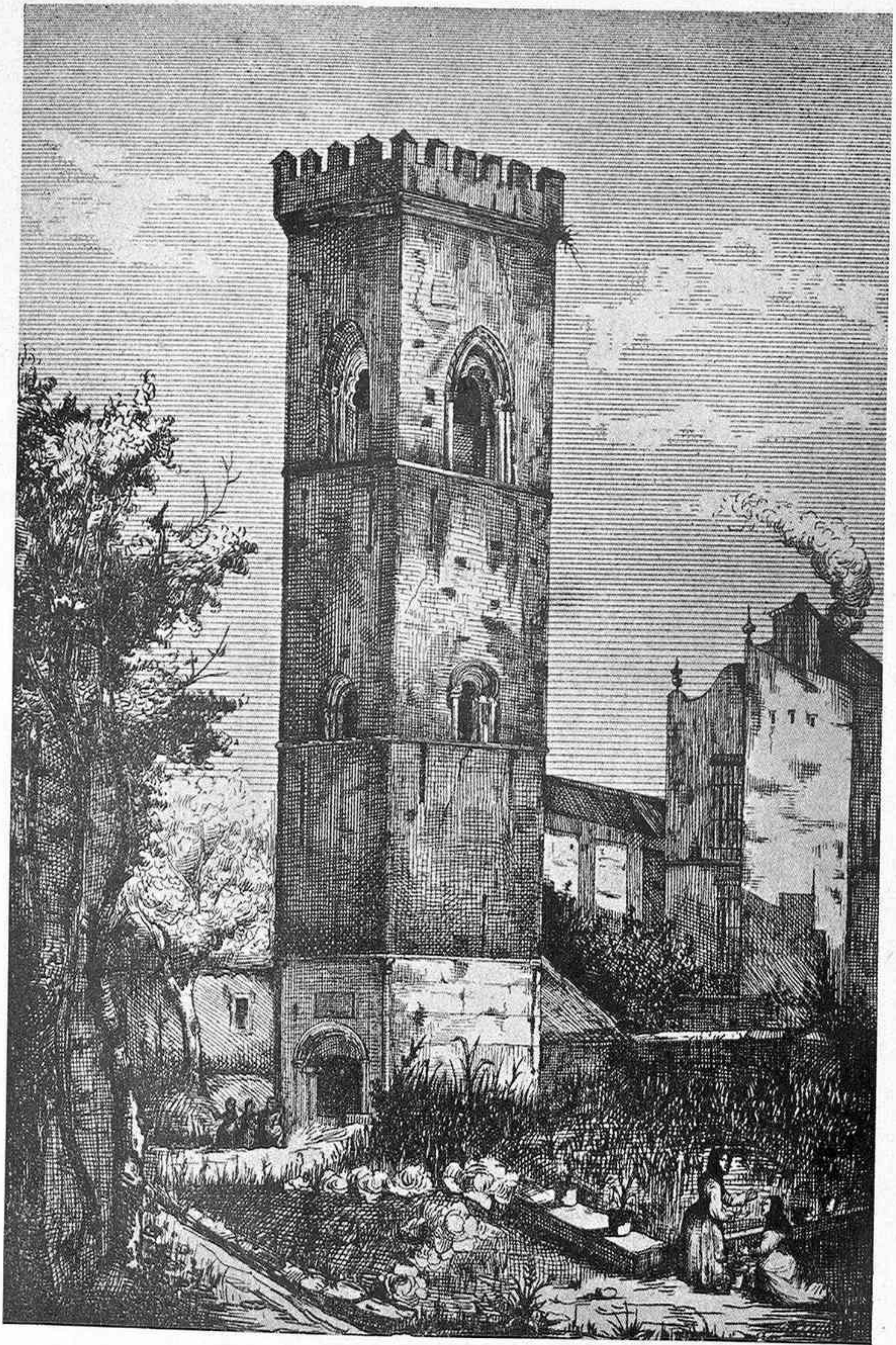
luminosa realidad pasada, unida cínicamente con la otra más punzante de penas y dolores, quienes nos formen sin prisa, como la sucesiva corriente del río forma y asienta, o arrastra en definitiva, las piedras que pueblan sus riberas. Una vez muertos, el olvido, que durante la vida tan insistente cerco tenía colocado a nuestra memoria, entra dentro de ella, abrazándola estrechamente, hechos ya una sola y única sombra en el pasado.

3

La Andalucía romántica... ¿No es verdad que su encanto, al ser recordado hoy, merece de nuestra parte algo más que espigar entre las alusiones a ella hechas para reunir en su honor un amarillento haz? Merece que la fantasía de un poeta hastiado de nuestra época y deseoso de otra más libre, o por lo menos más desatada, sueñe a su lado, bajo la azulada sombra de un sol que no se ha puesto todavía.

Escritores dados al viaje han existido en cualquier época literaria. Pero hay una obsesión particular a cierto tipo de artista romántico, que pudiéramos llamar errante en oposición al romántico se-

dente; cierto tipo de artista atraído por una determinada forma de vida, característica, según él, de un determinado país. El romanticismo tuvo, como sabemos, un origen nórdico; y del norte bajó hasta el sur. Un invencible capricho de la fantasía me lleva a suponer, en no sé qué época anterior y remota, un viaje contrario, sur a norte, de un sutil espíritu demoníaco, un maligno Ariel, que se divertiera insuflando en las inteligencias humanas irrisadas mentiras y soñolientas verdades. Y que allí, en el norte, adormecido entre nieblas, lluvias e hielos, hubiera permanecido largos años. A su sueño deberíamos los pequeños templos románicos levantados bajo cielos tempestuosos; los altivos castillos a cuyos pies huye un verde río; góticas esculturas donde lo ideal se une a la socarrona bufonería; lienzos como una misteriosa mirada sobre la intimidad. Y tantas otras obras exquisitamente diabólicas. Pero un día este espíritu, cansado de su larga somnolencia nórdica, sacude las nubes y corre de norte a sur; entonces levanta a su paso esa tempestad llamada romanticismo, agitando a los hombres, como el viento que según un cuento de Andersen se divierte, al cruzar sobre China, con impulsar las menudas campanillas de plata que penden en los tejados de templos y palacios. Y allá van, encantador y encanta-



dos, a buscar el sol y la languidez meridionales, llevando consigo, extraña coincidencia, un eco de nieves dormidas bajo un cielo envolvente tal una estancia acogedora.

Dos países atraen particularmente el romántico éxodo hacia la luz: Italia y España. Países los dos habitados en anteriores épocas por otras civilizaciones desaparecidas. Pero si Italia pretende hoy continuar la tradición romana, en España la tradición árabe ha sido casi olvidada. Pocos son quienes recuerdan o quienes conocen a los poetas y filósofos, a los artistas árabes españoles. Y sin embargo son nuestros, tanto como los de tradición castellana. El suelo y el aire quedaron impregnados de algunos deijos, eco de aquellas razas extintas; deijos que, respirados por los nuevos pobladores, pasan a ser parte de su espíritu. ¿Era ese melancólico eco lo que buscaban los viajeros románticos? Tal vez por lo que a Italia respecta; mas por lo que a España se refiere, a pesar de la Alhambra, a pesar de la Mezquita de Córdoba, a pesar del Alcázar de Sevilla, buscaban algo más. Algo que también existía, aunque de diferente modo, en Italia; pero que allí pasaba a segundo plano por la imperiosa voz de la tradición romana. Y ante la llamada que hacía el espíritu de un pueblo perdido, en el mismo aire que

le viera agitarse y desaparecer, la inteligencia de esos ilustres visitantes quería suponerlo vivo aún a través de sus obras inmortales. Mas en España buscaban una salvaje libertad vital, cosa desconocida en sus países originarios, ya aferrados entre las garras de una civilización burguesa. Víctor Hugo sueña en París acodado a su ventana, mientras la sombra crepuscular se adensa en el corredor, *con alguna ciudad morisca deslumbradora e inaudita* que desgarré con sus agujas de oro la niebla que le envuelve. Tal anhelo oriental es preciso en su vaguedad. ¿No vemos ya erguirse en un cielo radiante las arábicas torres andaluzas? Porque los románticos, en España, quieren ante todo Andalucía. Hoy todavía no es raro que algún cándido viajero encuentre lo meridional apenas cruza el Bidasoa. ¿No dió en 1828 el traductor francés de *La Estrella de Sevilla* como título a su versión este de *El Cid de Andalucía*? Bien visible es la obsesión hacia lo andaluz; gracias a ella no había obstáculo para unir cosas tan antagónicas, tan irreconciliables como Andalucía y el Cid, en una denominación más significativa aún de la obra a juicio del adaptador.

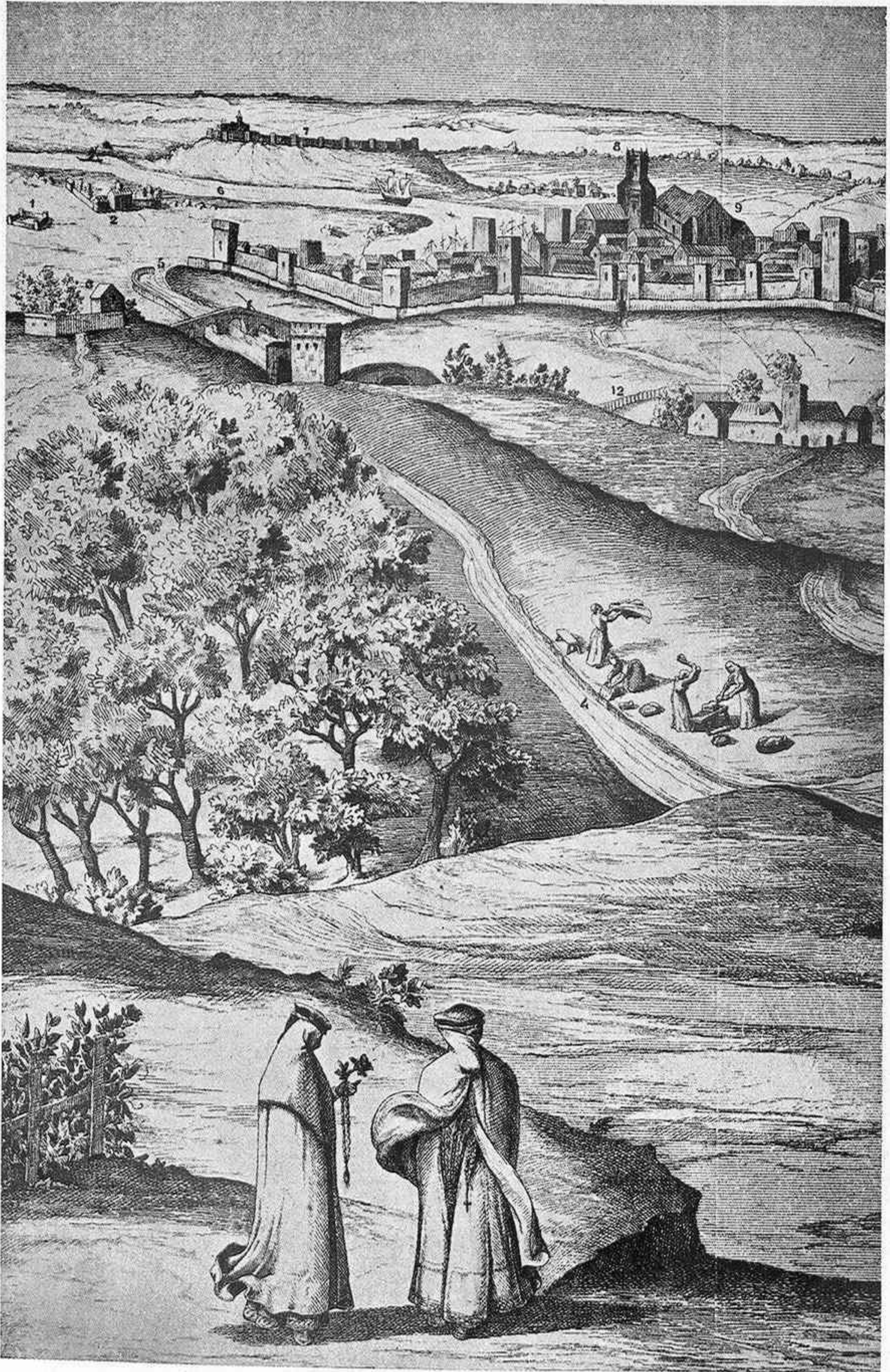
Pero preciso es reconocerlo, faltó a Andalucía en esa época el prestigio hondo y sutil que infiltra-

ron a la atmósfera italiana los poetas ingleses y alemanes. Y esa será ya siempre la ausencia terrible en Andalucía de algo que no es nada y es todo para una tierra. Quién pudiera infiltrar ese divino don en el ambiente andaluz... Tal es su dramática expectativa. Las revueltas olas de Viareggio arrojaron el cadáver de Shelley sobre la playa indiferente; en Roma, entre cipreses viejos y viejas piedras descansa el etéreo recuerdo de Keats. Una gloria imperecedera va unida a la tierra que presencié el ocaso de tales espléndidas criaturas. Byron muere en Grecia, y la fama de su nombre, casi, da la libertad al pueblo griego. ¿Qué puede ofrecer nuestra pobre y hermosa Andalucía? A pesar de su modestia, en ella buscó Chateaubriand honor y poesía; Byron, una distracción salvaje a su preconcebido hastío; Mérimée, el fuerte contraste entre la vida parisién, ambiente intelectual y salón rumoroso, con el perezoso campo andaluz, de rudas pitas, olivos cenicientos y sendas rojizas por donde cruzan los arrieros con sus menudos borriquillos. No puede ofrecernos Andalucía ningún melancólico recuerdo de aquellos románticos visitantes; sus vidas pasaron por allí sin dejar otro rastro que el lejano de unas cuantas palabras admirativas. El sol radiante, el mar refulgente y la vida ociosa y lán-

guida del sur se miran frente a frente, sin que los cruce el pensativo fantasma de ningún poeta famoso. Pero sin embargo allí convergieron algunos afanes humanos buscando la realización de un sueño presentido.

4

Cálidas ciudades de nieve y espuma, escalonadas al lado del mar o escondidas como altaneras aves entre las montañas, tendidas en una verdosa marisma o en soñoliento valle; habitadas por hermosas criaturas de oscura piel y revueltos cabellos, con pupilas de sombrío fulgor, talle quebradizo, ronco y cadencioso hablar. Unas veces tienen como fondo la fuerte y esbelta arquitectura de los navíos anclados en el puerto callado, libre del horrible tráfico vulgar, si no es el ir y venir de cuerpos sin prisa, casi desnudos como dioses o cubiertos con ligeros vestidos de sonoros colores. Otras es la calle aguda y flexible como un acero, con los tejados tan próximos dejando percibir una estría de luz embriagadora. Las casas de gruesos muros y rejas dramáticas permiten a la mirada envidiosa perderse en el encantado vergel que asoma apenas por una



revuelta del oscuro corredor. Y un silencio, un silencio donde se aspira, denso como gotas de lluvia, el perfume de los jazmines, de los nardos y de las magnolias. Tal vez una voz gutural lejana lo rompe con un grito que se apaga en cadencia ondulante, igual que las olas del mar sobre la playa. ¿Cómo no añorar un paraíso semejante desde las horribles ciudades modernas?

Pasados los primeros años románticos, Baudelaire no tuvo ya fuerzas para buscar en parte alguna la realización de tal sueño. Con él la fantasía huye hacia tierras lejanas. Pero sus visiones de cálidos climas casi no tuvieron una realidad directa; apenas si los entrevió en un rápido viaje de juventud. Fueron, no obstante, un sueño acariciado a lo largo de su vida, desde el diván, en la vaga habitación de una ciudad grisácea. Stevenson y Gauguin, cerca de nosotros ya, van más lejos aún, a los mares del sur, en busca de ese sueño realizado que los románticos hallaron tan cerca. Hoy los arcángeles yanquis, con espada de fuego, se encargarían de amargarles su edén. Apenas si quedan paraísos románticos en la tierra. ¿Por qué no volver los ojos hacia Andalucía, donde aún se conservan restos de una especial libertad? No en vano los escritores del pasado siglo pusieron en ella sus ojos. Esa

tierra parece conciliar, por una rara armonía, contrapuestos extremos.

Montesquieu, en su *Ensayo sobre las costumbres*, dice refiriéndose en general a nuestra patria: *Todo el mundo tocaba la guitarra, pero no por ello estaba menos extendida la tristeza sobre el haz de España.* ¿Se quiere algo más para despertar el fervor de los jóvenes románticos? Bien; hay más. Agrega Montesquieu que componen las costumbres del pueblo español *orgullo, devoción, amor y ociosidad.* Aquí está en germen lo que hoy consideramos como más fácil dentro de la observación romántica de nuestra vida. Y al decir nuestra debo aclarar que refiero ya esa observación a Andalucía. No se crea por ello que es afán andalucista mío el aplicar a dicha tierra palabras escritas para España en general. En todo caso, si andalucismo hay, es un andalucismo que ha existido y existe todavía. Los lejanos viajeros románticos no dejarían de tener idéntico parecer. Cuando Edgar Quinet asiste en Madrid a una corrida de toros, celebrada con motivo de la mayor edad de Isabel II, contempla como buen espectador la fiesta; defiende, elogia y admira según su diverso grado de interés. Pero llega el momento en que unos bailarines, ataviados con trajes de las diversas regiones, ejecutan sus

danzas. Toca su turno a los andaluces, y el viajero se exalta transportado a no sé qué cielos: *Los más ricos, los más brillantes son los andaluces; de grandes sombreros, ligeras alpargatas y mil bordados unidos con agujas de acero. Y luego: Ha habido un momento que se adueñó de la gente; cada bailarín andaluz se prosterna hasta el suelo, como para coger flores que esparce luego sobre la frente de su compañera. Después apoya su cabeza sobre el hombro de la andaluza, permaneciendo inmóvil. ¡Oh silencio, ensueños, meditaciones del amor al oscurecer de un día en Andalucía, bajo las estrellas de Granada! ¿Qué poeta los pintaría mejor? No sé si este detalle forma de ordinario parte en tal clase de baile o si fué improvisado; pero la gracia, nobleza, amor e inspiración de ese sólo movimiento se adueñaron a un tiempo de diez mil espectadores. Se levantaron transportados, y estallaron gritos de entusiasmo, salidos del alma, como nunca los había oído.*

¿Qué bailarían? Probablemente el romántico fandango. Pero sí, buen viajero exaltado, Andalucía embriaga, como embriagan el alcohol y el opio. Y lo mismo les ocurre a otros visitantes, que naturalmente no voy a citar también. Bien sé que las viejas ciudades castellanas, Burgos, Avila, Sala-

manca o Segovia, tienen, cómo no, sus admiradores. Pero la superstición castellana no existe en esa época; se ha producido a fines del siglo pasado. Ciertamente que la figura literaria del Cid o de Don Quijote atrae también hacia la tierra escena de sus hazañas; pero tras del prestigio literario del Cid, del Hidalgo, o de otro cualquiera entre nuestros literarios héroes, buscaban los románticos, preciso es reconocerlo, realidades más concretas y tangibles. No me refiero a Gautier, cuya facundia exterior podemos disculpar hoy en gracia a su colorido, sino a casi todos los demás viajeros. ¿Se quiere realidad más concreta que el pie gaditano, ojos cordobeses u otra cualquiera perfección física andaluza? Unos radiantes ojos cordobeses a flor sobre la pálida piel morena pueden valer, en una fantasía romántica, toda la historia del Cid (1). No sé por qué supongo una razón concreta de esa especie como causa que arrojó en la costa atlántica andaluza a Lord Byron igual que un fatal meteoro. Más tarde y tras él, siguiendo sus huellas, pasó Disraeli el dandy, todavía disponible, sin profesión de fe conservadora.

Realidad sin otro valor que el de la leyenda, ésa de los atractivos concretos — se me dirá. ¿Y bien? Cuánto habría que decir en defensa de la leyenda romántica... Casi todo lo que se escribe sobre

Andalucía no es más que una repetición sin gracia ni fuerza de lo que los románticos supieron ver con una originalidad certera y poética no superada por nadie después; si no es, claro, por los poetas andaluces contemporáneos, maravilloso mundo andaluz al cual no me refiero ahora porque me llevaría demasiado lejos. De los costumbristas más o menos actuales no quiero hablar. Si amamos Andalucía, si queremos conocerla, confrontar nuestros recuerdos y creencias con otros de ilustres espíritus, a los románticos debemos acudir. Una vez, cierto profesor vasco habló de la intelectual profundidad de las ciudades castellanas, oponiéndolas a las andaluzas, adecuadas, según él, para ser visitadas por *tenderos enriquecidos*. Ataques de tal índole allá se van con los elogios igualmente ignorantes. Entre unos y otros Andalucía permanece en su límpido aire romántico, misteriosa, distante y seductora.

5

En el prólogo a *El último Abencerraje* dice Chateaubriand: *Recorrí la antigua Bética, donde los poetas habían situado la felicidad. Qué melan-*

cólico sentido adquieren hoy para el viajero esas palabras. Sí, allí estuvo situada la felicidad; estuvo... Hoy sólo queda, como en la mano que guardó prisionero un pájaro luego huído, una vaga tibieza, un vago dejo dichoso que nos hace sonreír levemente sin saber por qué; y en el fondo más bien sentimos deseos de llorar.

Para el viajero sentimental sus días vagabundos resultan una sucesión de elegías interrumpidas por breves instantes de pereza; lo cual, es verdad, viene a ser una misma cosa. Su ánimo volublemente triste queda prendido acá o allá; en un viejo convento abandonado, de claustro medio derruido, adonde asoma entre la yedra y ortigas un delicioso ajimez, trémulo aún con su graciosa esbeltez, como recién creado a la luz; o en una alta roca sobre la playa solitaria, que entre los restos de un fuerte yergue un blanco faro, cuyo volado seno bien pudiera ser morada del amor. En cuántos lugares no cree hallar el fantasma de la dicha, adelantándose hacia él sonriente con un dedo sobre los labios, como invitándole a no prolongar más su vana peregrinación, porque allí le aguardan inacabables horas de tregua divina. Y no quiero aludir a la lánguida perplejidad, al vago presentimiento de faltarle algo esencial, presentimiento que le acomete

en sus andanzas cuando encuentra criaturas perfectas. Límpidos ojos ignorantes, graciosas líneas juveniles bajo una vulgar vestidura, detienen y fijan por unos instantes su incierta atención, con la imperiosa llamada de un instinto que quisiera ser dueño de cuanta hermosa criatura ven los ojos. El placer entra por los sentidos a nuestro espíritu; llama con presurosa mano a los deseos, que bien quisieran dejarle paso; pero siendo ellos quienes más le codician deben casi siempre reconocer modestamente su impotencia. Y se duermen de nuevo para no agravar el conflicto.

Cómo no recordar tu destino, romántico y anónimo viajero sentimental, lejano hermano mío, al recorrer ahora con el pensamiento la tierra andaluza. Alguna parte de tu exquisita melancolía oprimió mi pecho al visitar Cádiz por primera vez.

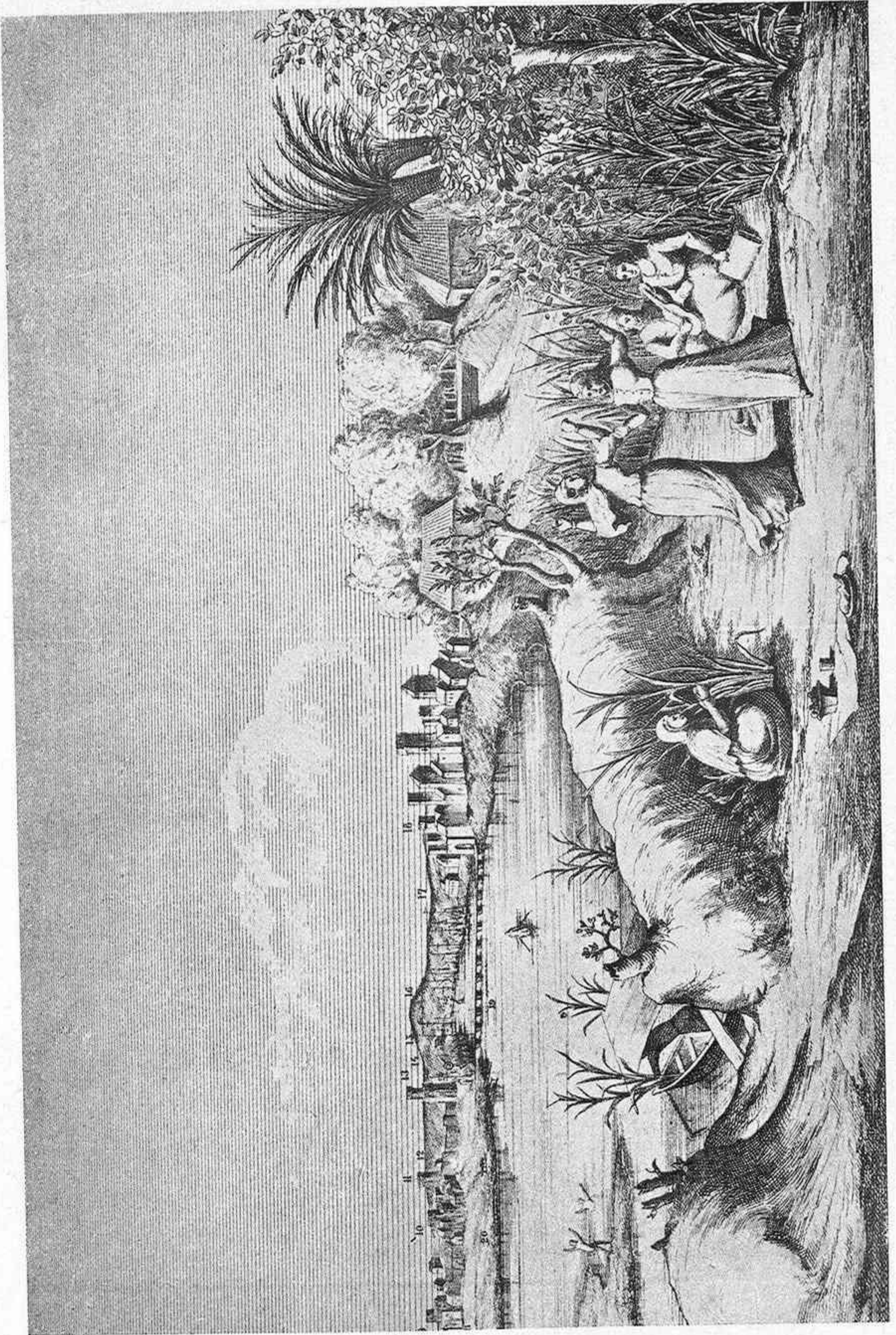
Cádiz es quizá la capital posible de Andalucía; fué centro de España en la época doceañista; y esos días prerrománticos son los que todavía vive. Cuán vanamente han dejado los andaluces pasar el tiempo, su tiempo, porque no han tenido otro; esa tierra dilapidó el sueño romántico, y Cádiz paga ahora pecados de toda Andalucía. Un encanto maléfico parece pesar sobre su destino. En cada época se oye hablar de Cádiz como sobreviviéndose a un

activo pasado. ¿No descansará esa creencia en una ficción? En verdad a Cádiz le va muy bien su delicado no hacer nada; pero al fin menudas chispas de fuego anuncian hoy que allí hubo, más o menos considerable, alguna hoguera. De sus impresas salió el primer volumen de versos publicado por el Duque de Rivas, que entonces sólo era Angel Saavedra; en sus tertulias, las extinguidas tertulias gaditanas, apareció un nuevo espíritu español. A una de estas tertulias va vinculada por recuerdo familiar la buena de Fernán Caballero, cuya pintoresca tontería llega a hacer de sus *Cartas* un libro verdaderamente original. Por lo demás, la novela andaluza, desde ella hasta Valera, no gira sobre muy distinto eje. Conoce el ambiente y lo ama; cómo pide a sus amigas copia de aquellas canciones populares que puedan recoger aquí o allá, entre Cádiz y Sevilla, donde su vida se desliza. Valera no cambia ese menudo mundillo a medias novelesco más que en ver a distancia el escenario; a distancia en sus dos sentidos de lejanía y de altura. Pero la sociedad es la misma.

Todos los itinerarios románticos incluyen Cádiz en sus días andaluces. ¿Y cómo no? Igual que a Ronda, lo baña esa atmósfera particular de aquella época. Siempre recordaré su Ayuntamiento, ce-

leste, dorado y blanco, con aquella deliciosa cupulilla levantada como una magnolia en un cielo claro, de tan sutil y penetrante luz caída. No sé si me explico con esa palabra para expresar la luz romántica de Cádiz. Es una luz que no fulge desde arriba, sino que hiere de soslayo, tal un adiós sin fuerza ya. Su encanto es el mismo de Ronda; las dos ciudades andaluzas más románticas que conozco, una marina y otra de tierra adentro. También vibra en Ronda el mismo aire preterito que se halla en Cádiz. Recuerdo ahora, al referirme a Ronda, no la magnificencia elocuente de su balcón sobre la sierra, donde el hombre queda colgado como un ave sobre uno de los paisajes de tierra más espléndidos que conozco, sino un pequeño detalle. Ni siquiera es la portada encajada en su plaza de toros, tan romántica ésta además, sino, anotación sin importancia, la extraña reja de un balcón; toda cerrada y sin embargo abierta, porque no tiene cristales; de techo curvo, con una corona en el remate, como un historiado lecho principesco. Más que balcón parece un tocador galante; pero donde las curvas pudieran sugerir ideas muelles, la materia, el hierro desnudo, habla de algo muy distinto. Es imagen misma de Andalucía, lánguida y fuerte como un árabe voluptuoso.

Creo que si buscamos el rastro romántico de Andalucía, si queremos llegar a su corazón, sólo Ronda y Cádiz pueden ser elocuentes con nuestro afán. Cádiz ¿no es espejo del romanticismo; un miraje apasionado, una promesa elocuente? Algo como ligera angustia, como el peso de una dicha pasada, nos oprime el pecho al respirar su mágica atmósfera. ¿Por dónde vamos caminando? Una calle recta y estricta para nuestro cuerpo solitario se alarga ante el incierto deambular; leves matices claros, no rosa, verde manzana, celeste o blanco perla, sino cambiantes irisaciones nacaradas, espectros de casas, se insinúan a los lados, y al fondo una línea azul alta: el mar. ¿Desorientados ya? De vez en vez una sonriente placilla abandonada con sus árboles; es lo único que al principio parece una indicación, pero que luego es un engaño más. Volvemos los pasos en sentido contrario; los mismos espectros sonrientes de las fachadas, la misma línea azul alta al fondo. ¿Es una isla esta ciudad? El mar ciñe como cinta de zafiro y diamante el claro prodigio romántico de Cádiz, pero deja una estrecha faja de tierra que se alarga hasta alcanzar la costa. De lejos parece la ciudad un reflejo de luna caído en el mar y nos acercamos a ella temiendo que se desvanezca. La luna, celosa del amo-



roso sol meridional, ha querido dejar allí un recuerdo constante de su extraña seducción, tan distinta de aquella del sol, pero igualmente penetrante. Quién sabe si, como Lohengrin, no se desvanecerá cualquier día en el horizonte acuático, convertidas sus murallas en escuadrilla de cisnes que la lleven mar adentro, lejos de nuestros ojos enamorados.

6

Abandonemos el mar andaluz, porque el itinerario romántico sólo va de Granada a Córdoba, de Córdoba a Sevilla, de Sevilla a Cádiz, dejando acaso caer una desdeñada mirada sobre algún pueblo intermedio. Pero hay más cosas en Andalucía, románticos amigos míos. ¿Cómo olvidar Huelva y su colina ocre, desde la cual se divisan dos ríos moribundos, desmayados antes de llegar al mar invisible? Y Almería, la ciudad del desierto y el mar, donde las horas no pesan y donde los bares parecen servir hoy marihuana a los descuidados clientes, según la perfecta indolencia de las horas que en su seno acogedor dejamos pasar, mirando, como los dioses, el cortejo de los mortales que se precipita

ante nuestros ojos tranquilos. Y Málaga. Pero de Málaga, por modestia, no sé qué decir; me parecería hacer mi propio elogio. Sigamos nuestro itinerario.

Casi pudiera decirse que esos pretéritos días son los últimos de Sevilla. Si el encanto romántico alemán es líricamente inteligente, Goethe, Hölderlin, Novalis, el encanto romántico de Sevilla es muchas veces una lírica renuncia a lo inteligente; no comprender, no pensar, sino dejar resbalar la corriente vital sobre el cuerpo lánguido, beatamente animalizado. Pero esa actitud sólo tiene completa justificación y excusa en el mar, cuya solar fuerza azul absorbe toda actividad intelectual, como si fuéramos oficiantes de su culto y a él se destinaran íntegras nuestras fuerzas. En cambio, tierra adentro, en Sevilla, no hay tan poderoso motivo. Ya el pobre Borrow hace exclamar a uno de sus interlocutores: *¡Libros en Sevilla, donde nadie lee, como no sean novelas nuevas traducidas del francés y obscenidades! ¡Libros! ¡Ojalá fuese gitano, que entonces vendiendo burros sería al menos independiente y más respetado que ahora!* Esa falta de estímulo espiritual, esa desgana, hace que esta ciudad aparezca como caída en un letargo. Sólo la animaban aún en esa época sus veladas en la pla-

za del Duque, de las que habla no sé dónde la Avellaneda; o en el desaparecido paseo de Cristina, de quien habla Gautier. Hoy quedan ciertos palacios, ciertos jardines inolvidables, como los del Alcázar; pero todo da una impresión de vida que se agota. Borrow, poco dado a anotaciones sentimentales, habla también del *melancólico silencio* de Sevilla. Sólo de vez en vez, a lo largo del tiempo, un destello de genio la cruza calladamente, como en el caso de Bécquer. Por eso quizá el encanto romántico andaluz tenga en esta ciudad un cariz moribundo; es una dorada ruina. Hoy tal vez no sea fácil percibir esto, porque una ola de falsa tradición renovadora la ha venido anegando en los últimos años; se la ha disfrazado como para un carnaval. Pero no es más andaluz quien de andaluz se disfraza, sino quien lleva intacto dentro de sí, límpido y seductor, el reflejo de esta tierra misteriosa, perezosa y activa, vívida y soñadora. ¿Qué relación tiene lo otro con Andalucía? Preferibles son mil veces las ruinas, fieles siempre, a ese absurdo y externo andalucismo reciente, de una facilidad repugnante. Vergüenza de todos los gestos, gritos, coplillas y escenas vulgares, compuestas a imitación de algo que nunca fué real. Hace tiempo buscaba yo viejas fotografías sevillanas, comparándolas mentalmente con la ciudad ac-

tual. Qué desolación. No tener presente, pase; pero no tenerlo y destruir además el pasado admirable... Refugiémonos, pues, en él.

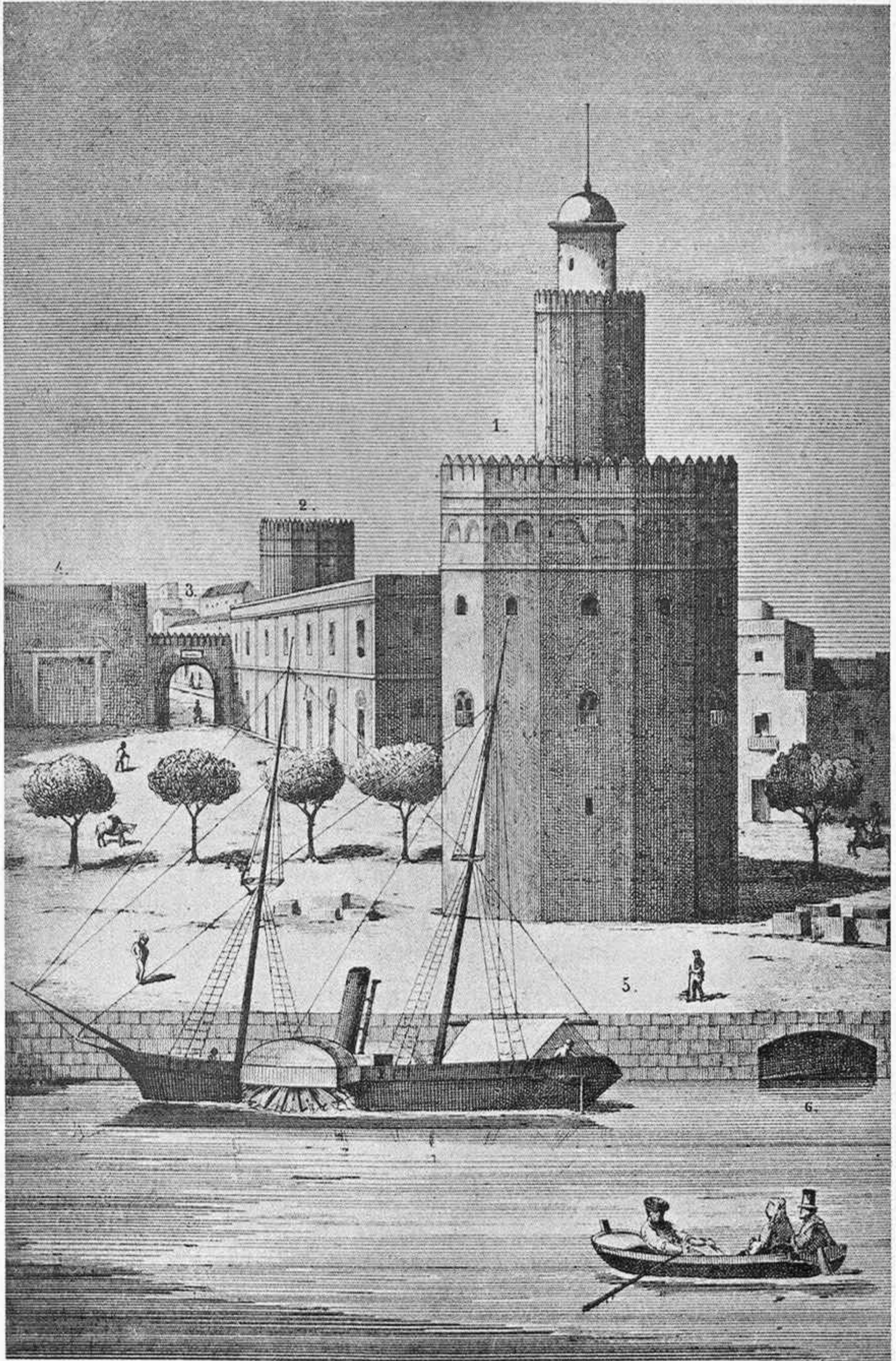
Clave de la Sevilla romántica es Murillo. Ya sé, ya sé; Murillo no es un pintor históricamente romántico (2). ¿Qué importa? Dos figuras no históricamente románticas llenan sin embargo su romanticismo: Murillo y Mañara. He hablado en otra ocasión del andalucismo nórdico de Bécquer. ¿Se me permitirá encontrar en Murillo otro andaluz nórdico? Todos conocemos qué pomposo derroche de color han venido empleando, y emplean todavía, ciertos pintores al intentar trasladar al lienzo paisajes o figuras andaluces. Véase cualquier paisaje de Murillo; se diría un paisaje nevado. Extraños árboles lunáticos, grises horizontes y cielos grises; aquí o allá, como leves insinuaciones, unas pinceladas de un blanco opalino, malva o rosa desvaído. Tales son los colores que ostentan por lo general los paisajes de Murillo. Pero qué exquisitamente andaluz y qué exquisitamente popular. Comprendo que a los escritores españoles de fines de siglo pasado no pareciera interesarles este pintor. Si explícitamente no lo han desdeñado, esa es al menos la época en que la burguesía letrada encuentra distinguido sonreír compasivamente ante Murillo. Y con cuánta razón

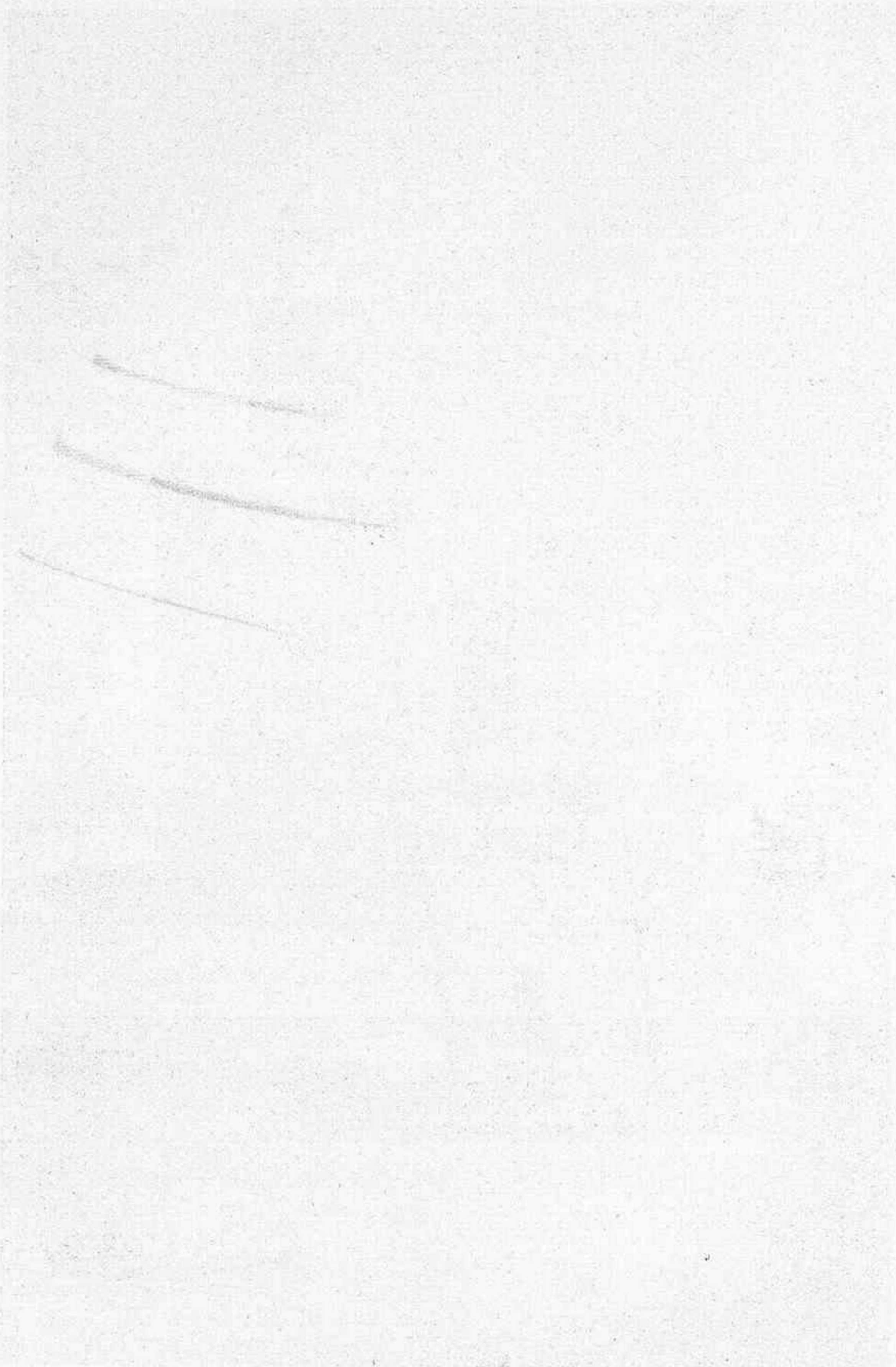
— apresurémonos a añadir. ¿No es esa la época álgida del más inefable producto que haya podido dar la actual sociedad: el burgués pedante? Imposible que éste percibiera el sutil aroma popular de tan incomparable pintor. Muchas veces la verdadera elegancia española está en el pueblo, y en él tenemos que buscarla los artistas.

Pero, ¿cómo explicar esa resonancia romántica de Murillo? Hay en él un gusto por lo popular, por las escenas íntimas, por la realidad vívida, que sólo el romanticismo trajo conscientemente a la luz. No, no me recuerden la novela picaresca. Tienen sus chiquillos comiendo fruta, contando dinero o dormidos en un rayo de sol entre sus andrajos, una seducción humana insólita en el espíritu español. Pocas obras de nuestra pintura son tan líricas como *La cocina de los ángeles*. No hablemos de sus grandes lienzos del Hospital de la Caridad, en Sevilla; son altos entre las más altas obras nacionales. Bien lo conocían los viajeros románticos. Sevilla para ellos, es sabido, está en la Catedral, el Alcázar y los lienzos de este pintor. Añadamos los palacios, jardines y paseos, hoy poco a poco destruídos, y está esbozado el escenario romántico sevillano. Pero aún queda algo; hablaba del Hospital de la Caridad. ¿Quién no recuerda el nombre de su fundador? Ma-

ñara, el galante héroe que inspira a Mérimée *Las ánimas del purgatorio*; el galante enamorado que escribe después de su conversión tratados ascéticos, y según la leyenda planta rosales todavía. ¿Cómo podían abandonar las gracias del mundo a un sensible andaluz, aunque éste aparentase desdeñarlas? Lo verdaderamente ascético es que su palacio esté hoy convertido en almacén.

Calles, plazas y jardines sevillanos del pasado siglo; noches estivales en las umbrías alamedas vagamente alumbradas; dejadez, voluptuosidad... Pero un romántico visitante dice hablando de esta tierra: *Un cielo encantador, un aire puro y delicioso llenan el alma con una languidez secreta, de la cual el viajero que pasa no debe defenderse. Sentimos que en aquel país las tiernas pasiones hubieran apagado prontamente las pasiones heroicas, si el amor, para ser verdadero, no tuviese siempre que acompañarse de la gloria. ¿Qué ocurriría si el amor desaparece, cediendo el puesto, ni siquiera al capricho, sino a la imitación amorosa? Todo se viene entonces abajo. Ah, Sevilla, Sevilla...*





¿Quién no ha edificado alguna vez con la imaginación su palacio morisco; quién no ha levantado durante una hora de éxtasis un paraíso terrestre en la ladera de una colina de naranjos, adonde todas las cosas sonrían con una promesa de dicha? — exclama Quinet ante la Alhambra. Granada, para los románticos, es la Alhambra; como Córdoba es la Mezquita; porque en aquella ciudad, lo mismo que en ésta, el recuerdo de una civilización desaparecida es imperioso para el viajero sentimental. Pero, a diferencia de lo que ocurría en Italia, ese recuerdo se mezcla con el muelle abandono del ambiente; y el recuerdo histórico pasa a ser voluptuosidad, como la muelle sensación de placer inconcreto tiene alguna raíz pretérita. No me atrevo, sin embargo, a decir que un placer individual pueda a veces confundirse con la imponente masa de la historia, aunque desee, por mi parte, que algún historiador sensible nos dé cualquier día una historia de los placeres.

Medio ascéticas por la melancolía de las ruinas, por la tradición de un pueblo hundido en el olvido, medio voluptuosas por su realidad tentado-

ra, estas ciudades andaluzas de monumentos memorables tienen sobre todo para nuestra sensibilidad algunos rincones de recogimiento ancestral. Son esos jardinillos de columnas marmóreas y blancos muros, que guardan en su oculto alentar unos mirtos, unos laureles, unos rosales y acaso algún ciprés o palmera; pero, sobre todo, encierran aquello que en Andalucía es tan necesario como el aire: un estanque donde el agua verde sueña cara al cielo, entre el sosegado silencio del jardín. Ese silencio no tiene par en sitio alguno. No es el suyo el muerto silencio monástico; tampoco es el silencio de los parajes ruinosos, retirados hace largo tiempo de la vida; ni es el silencio de la habitación a solas con los sueños y pensamientos de su morador. Participa de todos ellos y es además el silencio elocuente que rodea a las tácitas voces de la naturaleza. Las cosas parecen calladas al irrumpir entre ellas nuestro cuerpo; mas presentimos que al retirarnos el hondo coloquio volverá a brotar. Y si el agua de la fuente late con un lento suspiro, la sensación de un eco rezagado es más aguda aún. Acaso si esa voz nos habla sea su lenguaje una invitación para sumirnos en aquel diálogo de la naturaleza; piedra, vegetal y agua sueñan, aman y desfallecen bajo el profundo cielo andaluz. Pero hay en tal invitación

una seducción peligrosa: la seducción de la inmovilidad. ¿No es esa la seducción de Córdoba, de Granada? Gautier, el ruidoso, huye de Córdoba, apenas ha visto la Mezquita; el silencio lo anula. Las tertulias granadinas lo retienen más tiempo entre el Generalife y la Alhambra; y, a pesar de todo, traza de la vida granadina, descuido, ocio, placer, un cuadro bastante exacto, que podemos extender a toda la Andalucía romántica.

Pero no sé qué secreto tienen aquellas escondidas aguas andaluzas; su sonido nos sumerge en una beata inmovilidad como ninguna música del mundo. Y estas sirenas de la tierra, aprisionadas en fuentes, estanques, aljibes o canalillos, cantan en nuestro oído, llamándonos pausadamente. Un encanto romántico palpita entre los bordes de piedra que las aprisionan. Recuerdo la leyenda del anillo de Carlomagno, el cual se lo arrebataron durante el sueño para romper el hechizo que, gracias a él, lo unía con una mujer aun después de muerta ésta. Arrojaron el anillo a un lago; ya no pudieron apartar al rey de aquellas márgenes. Sentados al lado de la fuente, inclinados sobre la letal mirada de aquellas verdes pupilas, dejamos pasar hora tras hora sin importarnos qué sean el tiempo y la vida. Tal vez en ese agua repose el anillo por

cuyo hechizo amamos fatalmente aquellos parajes; anillo perdido en época remota y que ejerce sobre un espíritu afín con el de antiguo dueño idéntica atracción. Imposible abandonar aquel patio, entre cuyos ladrillos, que el tiempo ha vuelto de un color rosa amarillento, brotan de los arriates las hojas aceradas de los naranjos. Aún la estrecha concela herrumbrosa, encajada en el marco de piedra, deja vislumbrar una descuidada arboleda de senderos abandonados. ¿Será ese nuestro edén perdido? No sé. Pero en el fondo de estos quietos aljibes alienta algo de su secreto.

Los románticos supieron languidecer ante la quietud de esas aguas. Recordaban la figura del Rey Chico de Granada, aquel pobre soñador caído en las garras de dos rapaces rabadanes castellanos y a quien el destino hizo perder el espléndido escenario que antes le regalara. Entregado a su ocio lírico, a su impotente fantasía, fué espejo de soñadores, a los cuales atormentan deseos más fuertes que su poder en el mundo.

Eso es Granada, eso es Córdoba, eso es Andalucía. Pero cuánto desmayo en su actual realidad. Yo quisiera vislumbrar en esa enigmática existencia surcada de opuestos caminos. Clavado en la Mezquita hay un templo de culto distinto; hundi-

do en la Alhambra hay un palacio castellano; otro hace presa también en el Alcázar de Sevilla. Cuántas líneas cruzadas, opuestas, cortadas y borrosas, como en la palma de una generosa mano. A través de esa red secular se adivina un trazo luminoso y único, inevitable como un sino; ese es el eje espiritual de Andalucía. ¿Quién lo libertará de tantas adherencias impuras? Nadie quizá. Nos queda a los poetas el vago consuelo de soñar esa tierra, ya que su realidad verdadera es hoy un sueño imposible, sueño romántico; uno más, el más triste quizá de esta romántica divagación andaluza.

8

En las sepulturas árabes se abre, sobre la losa que indica el lugar donde desapareció un hombre, una cavidad destinada a recoger durante las lluvias unas gotas de agua. Leí una vez que ese agua, en un clima cálido, es preciosa para los pájaros del cielo. Como éstos yo he querido templar la sed acercándome a la piedra que cubre el cuerpo dor-

mido de mi hermosa Andalucía. No encontré en su cavidad agua alguna. Y tengo que volverme con mi sed hacia las áridas llanuras castellanas.

LUIS CERNUDA

(1) Y esa realidad, según lo comprobado por mí, continúa repitiéndose; vi desfilan por las calles de Córdoba ojos almendrados de brillo sombrío, como no he encontrado en otra parte, si no es en pinturas y esculturas egipcias.

(2) Por esa razón, de poco valor en Murillo, no aludo a otros pintores andaluces clásicos; y lo siento, sobre todo en cuanto al cordobés Pablo de Céspedes, desconocido y admirable.

La muerte del estilo

1

Los cataclismos históricos y el arte. El romanticismo como muerte del estilo. El estilo: manifestación exterior y libre de una fraternidad constante de las almas. El retardo de la música y el equívoco de la literatura. El mal del siglo y la voluntad de estilización.

2

Gogol: «Sobre la arquitectura del tiempo nuestro». La calle de Babel. La arquitectura colgante. La Alhambra en la «Educación sentimental». El «gusto nuevo» y el mal gusto. La humildad de Cervantes. La construcción racional y el aliento humano. Los «compañeros taciturnos» de Novalis. Confort, consuelo y bienestar. Caridad y estilo.

1

HAY tres grados de cataclismos históricos (correspondientes a tres capas superpuestas del desenvolvimiento humano, a juzgar por lo que la historia nos revela). Lo mejor para definirlos es examinar las repercusiones que pueden tener en la vida artística de la humanidad. Unos, tales como guerras, revoluciones, conquistas, cambios de fronteras o de régimen, pueden influir en arte proporcionándole un tema y los materiales toscos con que tratarlo sin afectar a su finalidad esencial sino de una manera sumaria y brutal; pudiendo destruirlo, pero no transformarlo. Otros tienen mayor profundidad; los contemporáneos apenas los divisan y los historiadores se ven en apuros para adivinar su curso; en arte suscitan el paso de un estilo a otro, los cambios de gusto y de procedimiento, la renovación o la ruptura de una tradición, y determinan la forma concreta de las obras de una época dada. Pero sola-

mente a una profundidad mucho mayor aún, en el límite máximo a que puede llegar la intuición del historiador, puede coincidir una catástrofe histórica con una catástrofe artística, tragedia no sólo reflejada o expuesta en el arte, sino la propia tragedia del arte; desacuerdo que puede penetrar en el secreto mismo del acto creador y atacarle en sus raíces, disociando el sentido de las formas, el cuerpo y el alma de la obra de arte, oponiendo la personalidad al talento, el destino del hombre a la misión del artista.

Ese desacuerdo cada vez más profundo, la aspiración a restablecer la unidad perdida, el número siempre creciente de los obstáculos que se le oponen, las victorias efímeras, los repentinos fracasos, la lucha interior incesante, tal es la verdadera historia de las artes y las letras desde fines del siglo XVIII en la mayoría de los países europeos. Esa historia todavía no se ha escrito y no podría escribirse sino ahora, que las fuerzas que en ella actuaron están desnudas y que el esqueleto tanto tiempo escondido está a la vista. Es perfectamente natural, pues, restablecer su punto de partida en la época romántica, que para el conjunto de la cultura europea significa una transformación más profunda todavía que la que se produjo (aun teniendo en

cuenta sus efectos violentos en los países germánicos) en la época del Renacimiento. No sin motivo se ha extendido la noción del romanticismo a todas las artes y a todos los países; para llegar a definirla de una manera menos estrecha y fragmentaria de como se ha venido haciendo hasta aquí habríase debido partir precisamente de esa universalidad y tomar en consideración no sólo un aspecto determinado del arte romántico oponiéndolo al que le sigue o le precede, sino la totalidad de las nuevas condiciones en que ese arte fué creado y que revela un desquiciamiento esencial de las mismas bases de la creación artística. El romanticismo no es un estilo que se pueda oponer a otro estilo, como el clásico al barroco, o el gótico al románico; no es posible sino oponerlo simultáneamente a todos los estilos. Lo que comúnmente se considera como la lucha del romanticismo contra el clasicismo no es otra cosa que el conflicto de la estética romántica, de las ideas románticas, contra la estética y las ideas del siglo XVIII; en lo que respecta al poeta romántico, éste está tan lejos de Shakespeare como de Racine, y el pintor romántico lo mismo puede inclinarse hacia Rubens que hacia Rafael, precisamente porque su naturaleza le coloca a la misma distancia del uno que del otro. Nunca se opuso el roman-

ticismo a que sus artistas venerasen la antigüedad o la Italia clásicas tanto o más que antes; pero les dió la misma libertad de manifestar igual entusiasmo por el arte medieval, el drama isabelino, el gótico, el barroco, la India, el Egipto o la China. Entonces, si el romántico tiene la libertad de escoger en el pasado un estilo cualquiera, de acuerdo con sus afinidades personales, es porque no tiene estilo propiamente suyo, porque no tiene un estilo que siéndole consubstancial sea al mismo tiempo el de su época; y esto es lo que le separa de un Rubens o de un Rafael, de Racine o de Shakespeare. El romanticismo es una soledad, orgullosa o resignada. El romanticismo es el punto final del estilo.

Un estilo no se puede inventar ni puede reproducirse; no se encuentra hecho ni se impone a la fuerza o por la astucia, ni se escoge como un sistema a propósito para adaptarlo a cualquier ambiente histórico; tratando de imitarle no se llega sino a falsificarlo, a substituirlo por una estilización ficticia. Los estilos pueden madurar, envejecer, modificarse, alternar en el tiempo, pero durante muchos siglos, detrás de la obra individual del arquitecto, del pintor, del escultor — y también del poeta, del músico —, hubo un estilo, que era como el alma común manifestándose en todo acto creador, como la

predestinación colectiva de toda la actividad personal del artista. El estilo es una predestinación que se realiza no por un apremio venido de fuera, sino libremente, del interior, a través del libre albedrío humano, sin ejercer ninguna presión sobre la conciencia autónoma del artista, sin impedir el crecimiento espontáneo de la obra de arte. El estilo es un principio universal que en nada afecta al juego de lo particular y de lo personal. No es la creación individual de un genio, ni el resultado final de gran número de esfuerzos convergentes; no es sino la manifestación exterior de una comunidad profunda, de una fraternidad constante de las almas; sus raíces están en el inconsciente; no podría substituírsele por el razonamiento, por la voluntad ni por una descripción meticulosa de las formas y de los métodos, de la gramática y del léxico de un estilo determinado. Cuando la comunidad se desliga se extingue el estilo y nada puede ya reanimarlo. Se le recuerda, se piensa en él, sin poderlo volver a la vida: es o no es; tanto peor para los artistas y las épocas que, no teniéndolo y no pudiendo prescindir de él, se empeñan en atraparlo con vanos artificios.

Esta desaparición del estilo tuvo innumerables consecuencias que podrían darse como otros tantos signos distintivos del arte romántico o, más

exactamente, del arte tal cual se nos presenta desde que se inicia el romanticismo. La primera y más importante de esas consecuencias fué la conciencia misma de la pérdida que acababa de sufrirse y del valor de esa pérdida, es decir, del estilo, de la homogeneidad de su cultura, de los fundamentos irracionales del arte, de sus arraigos religiosos y nacionales. Y fué entonces cuando nació el sentimiento de la desnudez, del abandono, de la soledad desolada del espíritu creador. A medida que se amontonaban y se entrecruzaban tales consecuencias, el romanticismo iba profundizándose, se transformaba, pero no desaparecía, como aún no puede desaparecer hoy, no habiendo desaparecido todavía las condiciones que determinaron su advenimiento. Condiciones son esas que no pueden ser anuladas por ninguna ideología antirromántica, y por eso es que todos los movimientos que hasta ahora se han manifestado contra el romanticismo han quedado ligados a él por algún lazo íntimo, exceptuando aquellos que al mismo tiempo eran hostiles al arte. Cier- to es que el cataclismo no fué repentino, que el estilo no faltó de una vez en todas las artes. En la arquitectura y en las artes ornamentales su ausencia se notó más pronto y de modo más decisivo; la música, por el contrario, fué la última en sentirla, si

bien desde un principio presentó síntomas por demás alarmantes. La pintura de la mayor parte de los países europeos encuéntrase desde hace ya unos cuantos cientos de años desprovista de unidad estilística. En Francia, sin embargo, la gran tradición del estilo *pictórico* (o barroco) que se desarrolló en Europa desde mediados del siglo XVI, ha podido mantenerse en este dominio, así como en el de la escultura que, de Rude a Carpeaux y a Rodin, se pasó a la escuela de los pintores. En la poesía y las letras en general las nuevas condiciones de la creación artística produjeron sus consecuencias casi al mismo tiempo que en la arquitectura, pero no se notan allí tan fácilmente porque el escritor, en una proporción mucho mayor que el pintor, el arquitecto o el músico, tienen la facultad de mentir, de engañar al prójimo y a sí mismo... El lenguaje de las artes no sirve, o por lo menos no puede servir, en principio, sino a su finalidad directa, es decir, a la encarnación de un contenido espiritual, en tanto que al escritor le es fácil servirse de la palabra para la simple comunicación de ideas, propósitos, intenciones, sentimientos, mejor dicho, a fines que en sí no son extraños al arte. La carencia de estilo aumenta la dificultad de encarnación, pero en nada afecta a la función

práctica, comunicativa del lenguaje. El escritor puede simplemente explicar al lector el asunto del drama o de la novela que no logra crear; le es fácil, adrede o no, confundir creación y comunicación. Pero el arquitecto, con su lenguaje de piedra, tiene que encarnar y no puede exponer, enteramente desnuda, la idea del edificio que construye; el músico no puede relatar, en forma de sonata, las intenciones que pudo tener al escribirla. Verdad es que algunos artistas contemporáneos intentaron simulaciones de esta índole, aunque, afortunadamente, con éxito escaso, pues su esencia inartística es mucho más patente que en los casos análogos tan frecuentes en el mundo de las letras.

Por lo demás, aun abstrayéndose de esa particularidad del arte de la palabra, ha de reconocerse que la falta de estilo hubo de manifestarse de otro modo que en la arquitectura, por ejemplo. Perdiendo el estilo, la arquitectura compromete irremediablemente su unidad formal, mientras que la poesía puede subsistir conformándose cada vez con una unidad reconstruída de nuevo, en todas sus partes, válida para un solo poema; lo que la mata, sin embargo, aunque más lentamente, es la desaparición de los fundamentos irracionales de la creación, sostenidos por el estilo, del que, hasta cierto punto, era

garante. La arquitectura dejó de existir como arte viva a principios del siglo anterior; la poesía iba viviendo a expensas del poeta que se consumía para alimentar su llama; la música resplandecía, producíanse estatuas y cuadros, pero el acto creador hacía cada vez más doloroso, y las fuerzas disolventes, libertadas por la muerte del estilo, iban prosiguiendo sin cesar la obra destructora. Cuanto más nos vamos acercando a nuestros tiempos, su acción va haciéndose sentir de una manera más uniforme y más intensa en todo el dominio del arte, amenazando con destruir en todas sus partes la unidad individual de las obras. No hay que olvidar que el estilo no es solamente una categoría formal y que de la misma manera gobierna el contenido espiritual de la obra de arte; es decir, para ser más exactos, que es él quien mejor garantiza la fusión íntima de la forma y del contenido, en su indisolubilidad fundamental. Al faltar esto se vacía la forma, tiende a convertirse en una fórmula, en un esquema; el contenido mismo llega a secarse y en lo sucesivo puede expresarse bajo cualquier revestimiento formal. Esa enfermedad del arte no es una enfermedad que le viene de fuera, no es cuestión de reglas y recetas, es, ante todo, una dolencia del mismo espíritu creador. ¿Diráse que las aptitudes

se vienen haciendo más raras? Mas, ¡cuán difícil se hace a los que las poseen, hacer honor a esas aptitudes, expresarse sin debilidades ni mentiras, hallar la verdadera ruta y perseverar en ella! Con una angustia, con una desesperación que desde hace un siglo no han dejado de ir en aumento, persiguen lo imposible, ambicionan el colmo, excitan a los contrarios en vez de ejercer la misión de reconciliadores, arrójense de un infierno a otro infierno nuevo y se van hundiendo cada vez más profundamente en la noche sin remisión de un arte desencarnado y que lentamente se disgrega.

El romanticismo, que es la muerte del estilo, también es la conciencia de su necesidad vital. Tiene continuamente paralizada la voluntad creadora, por la comprensión, hasta cierto punto abstracta, del arte y de sus necesidades ineludibles. He aquí por qué el romanticismo es el verdadero *mal del siglo*, el mal de un siglo que, a pesar de cuanto haya podido decirse, no ha logrado aún entrar enteramente en el pasado. No son las medianías las que sufren de este mal, sino los espíritus grandes; no son los mediocres, sino los genios. ¿Qué poeta que tal título merezca ha escapado, a excepción de Goethe o de Pouchkine? ¿Qué artista no lo ha combatido sacrificando parte de su personalidad para

restablecer la unidad comprometida? Todos los poetas del siglo pasado y del actual son románticos, herederos legítimos de Hoelderlin y de Kleist, de Coleridge y de Keats, de Boratynsky y de Tioutcheff, de Leopardi y de Baudelaire, y siempre que se ha pretendido luchar contra el romanticismo ha sido en nombre de un arte y de una doctrina también románticas. Flaubert y Leconte de Lisle son tan románticos como Chateaubriand o Lamartine, y no pueden oponerse los unos a los otros sino como dos aspectos o dos fases del mismo movimiento. El mismo Tolstoi, en su curiosa teoría del arte, no hizo más que llevar al extremo (aunque un poco simplificada) la rebelión romántica del hombre contra el artista. Ingres y Delacroix, Hans von Marées, Wroubel y Cezanne, Wagner y Verdi, Moussorgsky y César Franck todos fueron románticos en el mismo grado, como lo son hoy todavía todos los grandes artistas, todos los grandes poetas, por distintos que sean. El fin del romanticismo, sin la creación de un estilo nuevo, sin el retorno del artista a su patria espiritual, habría significado solamente el fin del arte. ¿Para qué, pues, menospreciar un mal que no puede curarse, condenando al pasado en nombre de un presente que tan profundamente lleva su marca? Ese siglo, tan desolado, tan pesado, tan sin

juventud, sin fe y sin esperanza, destrozado por los recuerdos y los presentimientos, lacerado por el azote de la soledad, que no deja al hombre creador oír la respuesta de los demás hombres, ese siglo, fué también el de los grandes músicos, el de los grandes pintores, el de los grandes poetas, el del paradójico florecimiento de una música, de una pintura y de una poesía, separadas del resto del universo, que sólo se conocían entre sí, perdidas en un esplendor único y aislado. Ese siglo lo tuvo todo, menos la unidad que habría debido ser su alma; y mientras nosotros tampoco lo tenemos, aun cuando en secreto conservemos tal afán, tenemos que seguir, lo queramos o no, y en pleno siglo veinte, siendo hombres del décimonono.

2

Hace cien años que un joven escritor ruso, el futuro autor de *Almas muertas*, Nicolás Gogol, publicaba en su colección de *Arabescos* un breve ensayo en el que los contemporáneos poco se fijaron y que la posteridad olvidó rápidamente: *Sobre la arquitectura del tiempo nuestro*. Esas pocas páginas merecen, sin embargo, atención, puesto que contie-

nen una visión extrañamente profética de lo que iba a ser la arquitectura en el curso del siglo pasado. Al recorrerlas vemos al mismo tiempo lo que la arquitectura se iba haciendo y lo que ya no podía volver a ser. No divisa Gogol la tragedia que implica el destino que considera; pero su ingenua esperanza, su fe en el porvenir, nos hacen presentir con mayor intensidad aún la decadencia que en lo sucesivo ha de ser inevitable.

Comienza el ensayo con un elogio a la pretendida renovación gótica que Gogol desea ver triunfar más ampliamente; continúa con una severa crítica de las formas arquitectónicas de los siglos XVII y XVIII y del primer imperio. La arquitectura clasicizante de San Petersburgo, a la que se deben las últimas obras maestras del arte de construir europeo, las de Zakharov y de Rossi, le parece a Gogol monótona e insípida. *¿Cuando se acabará, pues — exclama —, con esa manera escolástica de imponer a todo lo que se construye un gusto común y una misma medida? En toda ciudad ha de haber gran diversidad de masas si queremos que cause placer a la vista. ¡Que haya en ella los gustos más diversos! ¡Que se levanten en una misma calle un sombrío edificio gótico, una construcción decorada con el más fastuoso gusto oriental, un colosal palacio*

egipcio, una vivienda griega de armónicas proporciones! ¡Que se vean, una al lado de otra, la cúpula láctea ligeramente cóncava, la elevada flecha religiosa, la mitra oriental, el techo plano de Italia, el tejado flamenco, escarpado y lleno de ornamentos, la pirámide tetraédrica, la columna redonda, el obelisco anguloso!

Así opone Gogol a la arquitectura neoclásica de principios de siglo, no un estilo diferente e inédito, sino la posibilidad de reunir en la ciudad futura todos los estilos ya conocidos en toda su irreconciliable diversidad. Llega hasta a proponer una calle que habría de ser como una crónica arquitectónica del mundo. En esa calle, que representaría en cierto modo la historia universal del gusto, llegaría a conocerlo todo el que, resistiéndose a consultar grandes volúmenes, fuera a pasear por ella. Es cierto que también se pregunta *si no habría de ser posible (aunque sólo fuese para mayor originalidad) crear una arquitectura nueva y particular distinta de todas las otras*. Llega hasta a indicar ciertas posibilidades en las que se pensó después en Europa. Las *filigranas ornamentales de fundición que envolverían a una bella torre redonda lanzándose con ella al cielo*, anuncian algunas aspiraciones de mediados de siglo y hasta un poco las ideas de Eiffel. Pero ni

aun el mismo Gogol parece plenamente convencido de la posibilidad de esta que el llama *arquitectura colgante*. Es el eclecticismo estilístico que adivina y reclama con todo su entusiasmo juvenil y que hoy no puede dejar de sorprendernos.

La predicción de Gogol se ha cumplido. *En toda arquitectura hay belleza cuando en ella se han observado todas sus leyes* — esta frase de su ensayo puede servir de epígrafe a la historia arquitectónica del siglo XIX. Su deseo de que todos los arquitectos *tengan un conocimiento profundo de todos los estilos arquitectónicos* se ha convertido en ley y resuena en nuestros oídos con un dejo de ironía. Del gótico de Viollet-le-Duc al rococó del segundo imperio, del neorrenacimiento en boga en la Alemania bismarckiana a las estilizaciones clásicas, extendidas en vísperas de la guerra por todos los países escandinavos y por Rusia, la arquitectura del siglo pasado y de principios del nuestro viene a ser la que Gogol había imaginado y descrito con tanto entusiasmo. Esa calle de que habla, en la que sería suficiente pasar por ella *para conocerlo todo*, nos hace pensar en los cementerios de Génova o de Milán, en el sistema inglés de multiplicar los monumentos de Londres reproduciéndolos con minuciosa fidelidad en las ciudades de provincias, en los centros indus-

triales de los Estados Unidos atiborrados de copias arquitectónicas, que llevan hasta los nombres de las capitales artísticas del viejo mundo que a veces reproducen. Nosotros hemos vivido esas transformaciones, mejor dicho, esos disfraces arquitectónicos de estilo egipcio, griego, bizantino, árabe, gótico, *para que la calle termine con una puerta monumental símbolo del gusto moderno*. Sabemos lo que es ese gusto nuevo y sabemos lo que fué desde el punto de vista del arte y del estilo la arquitectura retrospectiva del siglo XIX. Sabemos que en poco tiempo toda Europa vino a semejarse a esa *Alhambra* parisina descrita en la *Educación sentimental*, con sus dos galerías moriscas, el claustro gótico, la techumbre china y las linternas venecianas. El siglo XIX fué esencialmente un siglo sin estilo y, por eso mismo, un siglo de estilización, de desesperado empeño por crear un estilo. Sin estilo no hay arquitectura, imposible es inventar uno, imposible improvisarlo; y la carencia de arquitectura no pudo sino tener las más nefastas consecuencias sobre todas las artes decorativas y, en fin, sobre todas las artes.

Es cierto que durante todos esos años así transcurridos las *artes menores* pudieron, con todo, llegar a producir ciertos objetos de algún valor artís-

tico: las tradiciones no mueren de apoplejía, los instintos artísticos particulares pueden sobrevivir a otros instintos; pero lo que hace falta de todas maneras es ese conjunto que daba un significado a las partes, y el *gusto nuevo* que en tantas ocasiones se ha querido crear no tuvo nada para defenderse contra la invasión del mal gusto. Verdad es que, una vez relegado al pasado, este mismo mal gusto puede parecernos lleno de encantos. La ingenua fealdad nos conmueve en las cosas de antaño; espontáneamente admiramos los muebles de estilo imperio, adaptado a gustos más burgueses bajo el régimen monárquico de julio; el interior recargado y mal ventilado que encantaba a Prudhomme, gusta a cierta gente, aun a veces les causa envidia. Apreciamos la amable y tosca rocalla de la porcelana y del vidrio del año cuarenta, encontramos agrado en los dorados y los festones del segundo imperio y hasta nos divierten y a veces nos impresionan las deliquesencias fin de siglo de la Edad de Oro de la tercera República; pero eso que unificamos en nuestro recuerdo como el *estilo* de los años noventa o sesenta, no tiene ni la más mínima parte de la unidad real de las grandes épocas del pasado. Bien están los lambrequines y las macetas de China, que tanto placer causaron a nuestros abuelos en los cuadros de

los más grandes pintores de la época; pero nada tiene que ver todo ese amontonamiento de antiguallas con la esencia estética de su pintura. No hay derecho a llamar estilo al conjunto de rasgos que dan la impresión de caracterizar la época 1900 o la de la Exposición de Artes Decorativas de 1925, porque esos rasgos no están dentro unidos a un solo entusiasmo que los ordene y los justifique. La época que en vida no formó su estilo, inconsciente, por supuesto, pero necesario y orgánico, no lo adquiere automáticamente después de su muerte. La Opera de Garnier, el Museo de Dresde de Semper, con toda su suntuosidad y a pesar de la ciencia de sus arquitectos, no dejarán de ser jamás lo que son: edificios sin arquitectura, como ciertas construcciones del bajo imperio. Sin una unidad estilística real la arquitectura no existe sino como un agregado racional utilitario, de formas ya resueltas y arbitrarias.

Un mueble, un traje, una taza, un tejido, no poseen la autonomía estética de un cuadro o una estatua, y no hacen más que reflejar la luz que les llega de la cultura artística de su época, no pudiendo ascender a la dignidad del arte lo que carece de la severa disciplina del oficio y del dictado profundo del estilo. Pero, por otra parte, en donde quiera que

falten tales condiciones, *toda* actividad artística haráse en extremo difícil, no sólo en el caso del ebanista o del orfebre, sino también en el del pintor y del escultor. En las épocas de unidad estilística el artista tiene plena conciencia de ser un artesano; su oficio, como el de cualquier otro, se alimenta de estilo, nace del estilo, se reúne al estilo en cada acto creativo. Los cambios de estilo, en todos los dominios del arte, se rigen por la arquitectura aun cuando no dependan directamente de ella. En esas épocas se comulga en una comunidad de esfuerzos que nada tiene, sin embargo, de violencia impuesta desde el exterior, pues procede de una obediencia, y no de mandatos arbitrarios, a una inspiración enteramente personal en su aspecto subjetivo, que, no obstante, es por todos compartida. El calificativo de gótico se da no sólo a las catedrales, sino también a cierta forma de calzado; una sola mirada basta para reconocer si un simple candelero de estaño pertenece al reino de Luis XV o al de Luis XVI. Al derrumbarse esta profunda unidad del estilo que englobaba a todos los oficios cambiaron hasta las condiciones mismas de la existencia y de la producción. Sólo el estilo defendía al artista contra peligros con los cuales tan difícil se hizo la lucha en el siglo pasado. Gracias al estilo los pequeños

maestros holandeses, con aquel amor que profesaron por la anécdota y el detalle secundario, no llegaron a parecerse a un Knauss o un Meissonnier. Gracias al estilo, los pintores italianos supieron decorar las iglesias y las arquetas matrimoniales subordinando su propia fantasía al exquisito sentido arquitectónico, no pudiendo, por cierto, imaginar una época como la nuestra, en la que hasta el mismo concepto de la decoración ha venido a pecar de sospechoso hasta cierto punto, e inspira algo de temor a los artistas verdaderos. La obra de arte, aun siendo débil, aun estando desprovista de toda significación individual, no carecía entonces de sentido general y tenía su lugar en la decoración familiar de la vida. Por poco interés que tenga un cuadro antiguo vacío y oliendo a lugar común, justificase, por lo general, como parte de un conjunto decorativo, sin ofender a la vista ni al espíritu, como suele ocurrir aun con los mejores cuadros en nuestros salones modernos. Hoy puede decirse que la obra de arte no merece el nombre de tal si no persigue sino el recreo, si no busca otra cosa que agradar, así como ningún escritor de nota de nuestros días repetiría lo que dijo Cervantes en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, a saber, que escribe por lo mismo que *se plantan las alamedas, se buscan*

las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.

Ahora, detrás de la conciencia y la maestría personal, ya no hay más corriente estilística que sostenga y justifique todo atrevimiento y todo esfuerzo. Así que la intensidad de la creación personal se debilita, el arte roza lo banal o lo arbitrario — dos extremos que le repudian por igual —. El artista está obligado hasta cierto punto a volver a comenzar de nuevo cada vez que se entrega a su labor; no puede sino contar con un milagro que tendrá que producirse cada vez, sólo para él — gratuito, único, incontrolable.

Las condiciones necesarias a la creación artística ya no son más que el objeto de una vaga nostalgia. Los arquitectos han estado buscando la arquitectura durante todo un siglo; hoy la buscan todavía, pero a la arquitectura estilizada anteponen deliberadamente la arquitectura que renuncia al estilo, contentándose con la construcción racional y *funcional* de la *vivienda máquina* de Le Corbusier. La misma evolución se produce, más lentamente, en las artes decorativas, desconfiándose cada día más de las imitaciones de los *muebles de estilo*, de los salones Regencia y de los comedores Luis XIII. La calidad, la comodidad y la solidez se prefieren a

la pretensión artística y al efecto suntuoso. Bien es verdad que se confunde a menudo lo bueno de la calidad con lo costoso de los materiales empleados. Es cierto también que esa suma de sencillez que cada vez se exige con más empeño no es aquella que constituye uno de los rasgos dominantes del arte clásico; es una simplicidad que no va en pos del arte y, *por esta sola razón*, no se le opone. Puede renunciarse a la estilización sin que por eso se llegue forzosamente a la creación de un estilo, ya que el estilo no viene tampoco de la simple conformidad con el fin práctico de un edificio o de un objeto, por su sola perfección técnica. La construcción utilitaria simple y desnuda, purificada de toda ornamentación, que tanto abunda hoy en día, podrá no ofender a la vista y hasta serle agradable sin convertirse por eso en obra de arte. Las proporciones y las líneas del automóvil moderno, al mismo tiempo que satisfacen una necesidad técnica, se contemplan con gusto: esto es de la incumbencia de la estética, pero no del arte. La belleza de las máquinas existe: bello es un razonamiento matemático en sí; pero la belleza no es el arte, sobre todo no lo es esta belleza. La satisfacción que procura la exactitud o la elegancia de un cálculo puede entrar como un factor de la satisfacción profunda que nos produ-

ce la contemplación de un palacio barroco de Roma, de una catedral gótica; pero siempre hay otros factores mucho más importantes que aquél. La obra de arte no es solamente un fruto de la inteligencia: posee un alma. Una enorme construcción tanto como el más minúsculo motivo decorativo reciben su significación del aliento humano, del cual conservan el sello, de la unidad espiritual de la que son el síntoma concreto. Mientras no exista esa unidad el arte estará vacío interiormente y todos los intentos actuales no servirán sino para demostrar la inutilidad de la simulación a que se entregó la época precedente. La arquitectura mecanizada, ganando más terreno cada día y ejerciendo una influencia cada vez más considerable sobre las demás artes, posee una especie de unidad que no tuvo la arquitectura del siglo XIX; pero es la unidad característica de la producción industrial, del objeto en serie, y no la unidad orgánica, más profunda y más secreta del estilo.

En el *Heinrich von Ofterdingen*, de Novalis, hay una página inolvidable que trata del modesto mobiliario de los tiempos antiguos y de los sentimientos particulares que inspiraba a quienes lo usaban. Penetra Novalis el significado íntimo de la decoración cotidiana de la vida medieval a través de

lo que se ha conservado en la vida de familia provincial y patriarcal de la Alemania romántica. Comprende muy bien que para los hombres de otros tiempos, en cada mueble, en cada uno de los objetos más ordinarios que poseían, había un valor que no estaba en relación con su precio corriente en el mercado, ni con su estricta utilidad, sino que venía de los usos y tradiciones familiares que se le juntaban, dando a cada una de las más humildes piezas de mobiliario algo de personal y de irremplazable. *Compañeros taciturnos de la vida* llama Novalis a los muebles que se encontraban en la vivienda del landgrave padre de su protagonista, y no dice esas palabras llevado sólo por un fácil enternecimiento. Son la verdad, y no solamente con relación a un género de vida medieval, sino que son aplicables a toda vida no racionalizada ni mecanizada, sobre todo en el Norte, y también en el Sur, aunque más débilmente. Es la civilización técnica la que va destruyendo paulatinamente toda relación vital y orgánica entre el hombre y las cosas que le rodean, substituyendo el objeto individual (el único amable en el sentido más categórico de la palabra, puesto que sólo se puede amar con un sentimiento verdaderamente personal, lo particular y no lo general) por la producción en serie y aplicando

rigurosamente el principio de la utilidad de conformarse con la finalidad que se persigue, lo que deshumaniza a los objetos, que ya no se pueden seguir comparando a fieles y antiguos servidores, sino a obreros modernos al servicio de intereses de accionistas lejanos y anónimos.

A través de los siglos el hombre ha sabido comunicar a las cosas una parte de su propio calor, y uno llega a preguntarse si la temperatura de la humanidad no habrá bajado, desde hace algún tiempo, al ver que las cosas tienden a helarse como nunca en el pasado. No hay duda que los muebles y la vajilla racionalizados, y la arquitectura mecánica de estos últimos tiempos, son mil veces preferibles a los terciopelos polvorientos del siglo XIX. Si el lecho nupcial se parece a una mesa de operaciones, si para nuestra comodidad se fabrican sillones que parecen de dentista, ¿qué importa, si lo que el hombre de ayer pedía a su interior se resume hoy a la sola exigencia del *comfort*? La historia misma de esta palabra es por demás instructiva: antes, en inglés, significaba *consuelo*. *Confortar* es el epíteto del Espíritu Santo, *Consolador*; después el significado volvióse más bien *bienestar*; hoy, en todas las lenguas del mundo no designa sino la comodidad racional.

Podremos apreciar el valor de un objeto sin otra condición que lo útil y lo práctico; pero no podemos amarlo, vivificarlo, humanizarlo. Los muebles del siglo XIX fueron a menudo horribles, pero con ellos se vivía en un contacto más íntimo que hoy con los nuestros. Quedaba aún algo de un alma, por cierto bastante débil ya y atormentada, en la decoración de gusto tan deplorable que tanto prodigó el siglo pasado. Los objetos que se fabrican actualmente diríase que han sido sumergidos en un líquido antiséptico para destruir todo germen de mal gusto, aunque ha matado al mismo tiempo la vida de las cosas. El problema aquí, va mucho más allá de toda estética — y hasta de la moral —, toca a la fuente de toda caridad. Nuestro tiempo ha condenado a la fuente, afirmando que aun sin amor es posible la comodidad y hasta la contemplación estética. Tal vez sea así; pero todavía sigue siendo inconcebible la creación artística sin amor, sin un suave rayo de caridad suprema; todavía es cierto que no se renueva un arte, que no vuelve a crearse un estilo, sin haber restablecido sus fundamentos espirituales.

WLADIMIR WEIDLÉ

(Traducción de J. SABARTÉS.)

VIRGILIO

LA importancia que los principales temas virgilianos han alcanzado en el desarrollo de los acentos más puros de nuestra lírica es bien conocida. La precisa claridad de su lenguaje y la perfecta adecuación con la hermosura sensible que lo determina estaban llamadas a producir la transfiguración de la poesía española por la más inmediata, *simplísima* y apasionada de sus revelaciones.

Virgilio expresa, honda y serenamente, la intensa relación amorosa que existe entre la naturaleza y su mirada, canta con voz pujante, decidida, mínima y dulce, la promesa del campo y la fidelidad del cielo a las cosechas. Su conformidad con la contemplación es tanta que se diría que hasta el amor es sólo una presencia ofrecida a los ojos. La poesía de Virgilio está siempre referida a los sentidos desde el tranquilo límite de la contemplación, y no es poesía sensorial ni realizada imaginativamente, porque la contemplación añade a lo sensible el toque milagroso de su detenimiento, es decir, la gozosa afirmación de la espiritualidad. La piadosa disciplina de su mirada colma la materia de arrebatos y misterio. La creación inolvidable de Virgilio es este tiempo nuevo de la contemplación que ha de dar sus frutos sazonados en la lírica renacentista.

Se han hecho muchas traducciones de Virgilio en verso castellano, y algunas de ellas meritísimas. Nosotros intentamos la presente desde una nueva sensibilidad y una nueva preferencia, con el metro español más adecuado a la cadencia del verso latino. Hemos procurado, sobre todo, mantener en ella una fidelidad extrema a las dos dimensiones esenciales de toda poesía: la pura vibración inaprehensible y el acento, la voz y el lenguaje poéticos.

EGLOGA PRIMERA

TITYRO

MELIBEO.

TITYRO, tú descansas recostado en la sombra
y las hayas te brindan su piadosa espesura,
y entretienes los aires con el canto apacible:
nosotros ya pisamos el confín de la patria,
perdemos el amparo de su campiña dulce;
nosotros desterrados, tú, tendido en la sombra
y el nombre de tu amada resonando en las selvas.

TITYRO.

Dios mismo convirtió mi fatiga en descanso.
El que brinda la paz, Dios para mí se llama.

Ofreceré en sus aras los más blancos corderos
que a él le debo el cantar de la siringa agreste,
y la vasta y crecida soledad de mis campos,
y el soñoliento andar de mis errantes bueyes.

MELIBEO.

No envidio ciertamente tu descanso, me asombra
ver tu paz en la guerra que conturba los campos.
Yo triste, marchó lejos, conductor de cabras,
y esta misma que ves, débil madre reciente,
dulcísima parida desmayada en mis hombros
que dejó con sus hijos mi dolida esperanza,
entre peñas desnudas y avellanos espesos.
¡Ay, de mis ciertos males no entendí los presagios,
la siniestra corneja volando en las encinas,
los poderosos robles tocados por el cielo!
Pero dime del Dios que regala tu paso.

TITYRO.

Yo pensé neciamente que la ciudad de Roma
era en grandeza igual a aquella en que solemos
destetar del regazo los pardos recentales;

los rosados cabritos con la madre hermosísima
confundí y el romero con las encinas sacras,
por las cosas pequeñas desamaba las grandes.
Pero la altiva Roma bajo los limpios cielos
sobresale entre todas las ciudades del mundo
como augustos cipreses entre tímidas mimbrres.

MELIBEO.

¿Y cuál fué para ti la causa de ver Roma?

TITYRO.

Cuando mi crespa barba blanquísima caía
vino la libertad con pausada tardanza,
porque miran sus ojos el temblor del humilde.
La libertad me quiso, y el amor de Amarilis
me libró del nevado desdén de Galatea.
¡Ay, ya puedo decir mi locura de entonces!
No cuidaba la hacienda, ni del gozo cuidaba,
desasido del oro y el encanto vivía.
Llevaba a la ciudad los olorosos quesos,
la fresquísima leche con esfuerzo cuajada,
y las reses más tiernas de mis vastos rediles,
¡y tornaba a mi casa con las manos vacías!

MELIBEO.

Tú Tityro marchaste, y Amarilis mostraba
su triste maravilla levantada a los cielos.
Iba la soledad del campo entre los pinos,
¡los alegres manzanos ofreciendo sus frutos,
la dorada alameda, las cristalinas fuentes,
las yerbas y las flores y la luz, te llamaban!

TITYRO.

¿Qué pude hacer? Buscar mi libertad quería,
conocer otros sitios de favorables dioses.
Allí conocí al joven para el cual mis altares
están todos los meses solicitando aromas,
y allí dijo el divino las soñadas palabras:
Deja pacer tus vacas en la sabrosa yerba,
irán los negros toros renovando el rebaño.

MELIBEO.

¡Ay bienaventurada vejez! Perpetuamente
gozarás de tu campo la sobrada cosecha,
y aunque cubra los prados el agua ensimismada
con lacustres ofrendas y estremecidos juncos

¡dichosas tus ovejas, pues sus dulces paridas
no intentarán la yerba de los extraños pastos,
ni sufrirán los males del rebaño vecino!
¡Ay bienaventurada vejez! ¡Ay patria dulce!
Tú sentirás la opaca frescura de su suelo,
tú gozarás sus fuentes y el cotidiano río,
las abejas que liban su dulzura en los sauces
cercarán tus sentidos, y su leve susurro
el sueño más delgado regazará en tus ojos,
oirás al podador que canta entre las viñas,
y el amante zureo de las roncas palomas,
y el gemir de la tórtola que solloza en el olmo.

TITYRO.

¡Cómo olvidar a aquél que causó mi ventura!
¡Pacerán en los aires los venados ligeros,
y los peces desnudos caminarán la arena,
y beberá el germano del Tigris espumoso,
y no podrán borrarame del pecho su hermosura!

MELIBEO.

¡Ay, en cambio nosotros a los sedientos campos
del Africa corremos, o a la doliente Creta

donde corre el Armiro de arcillosa corriente,
o a la rubia Bretaña separada del mundo!
¡Ay! Al pasar los años ¿no encontraré mi patria
desolada y extraños los que fueron mis reinos?
¡Ay, no veré con césped sus humildes cabañas!
¿Y sus arados campos, sus encendidas mieses
serán para el soldado y el bárbaro extranjero?
He aquí que la discordia su pérdida dispuso
y ¡ay! en provecho ajeno nuestros campos sembramos.
Podaré los perales y ordenaré las viñas.
¡Id, cándidos rebaños, otro tiempo dichosos!
¡Marchad, cabrillas mías, ya no os verán mis ojos
suspender la hermosura sobre las altas rocas!
¡Ay, ya no he de cantar entre la yerba verde
ni paceréis vosotras, por mi mano llevadas
al tomillo oloroso y a los sauces amargos!

TITYRO.

Pudieras reposar esta noche conmigo
sobre las verdes hojas. Las maduras manzanas,
las castañas que brindan su apretada dulzura,
y la leche blanquísima, serán para nosotros.
Ven, que ya las cabañas a lo lejos humean,
y se mueven las sombras de las altas montañas.

EGLOGA SEGUNDA

ALEXIS

ARDIA Corydón por el hermoso Alexis,
deliciosa dulzura de su señor, que nunca
con alegres palabras encendió su esperanza:
Por las hayas espesas de la sombrasa altura
iba constantemente, y allí desconsolado
estas frases oscuras, vanamente encendido,
por montes y por selvas con amor esparcía:

Oh despiadado Alexis, ¿nada mi verso estimas?,
¿nada de mi te apiadas y hasta morir me llevas?
Ahora que los ganados toman fresco en la sombra,
y el lagarto se oculta bajo espinares verdes,
y Testiles conforta segadores cansados
con serpol y con yerbas menudas y olorosas.

Y en tanto purifico tu insistente recuerdo
con el canto encendido de las roncas cigarras
bajo el ardiente sol resuena la alameda.

¿Ay, no fueran mejor las iras de Amarilis
su desdén y soberbia? o ¿el amor de Menalca,
delicado y moreno si tú cándido eres?

¡Niño hermoso en quien muestra el color tal exceso,
no fíes demasiado, que las blancas alheñas
cayeron, por los tristes jacintos preferidos!

Despreciador Alexis, ¿no estimas lo que tengo?,
tanto ganado cándido, tanta manteca blanca,
tanto cordero errante que apaciento en el monte,
tanta leche dulcísima que el invierno no acaba?,
¿no canto como Anfión cuando los bueyes llevo?
¿Y soy tan poco hermoso si me miro en la playa
con el viento templado sobre el mar serenísimo
que con el mismo Dafni compararme no puedas?

¿No has de llenar conmigo la soledad del campo,
ni habitar con asombro sus humildes cabañas,
ni perseguir los ciervos de tan fina hermosura,
ni conducir rebaños hacia los pastos verdes?
¿No imitarás a Pan cantando entre la selva?
Pan que primeramente unió cálamo y cera,

Pan que cuida el ganado y al mayoral encanta.
¡Oh Alexi, no te pese que roce el labio bello
la pastoril zampona con dulce valentía,
por saberla tocar lloraba el tierno Amintas!

Siete tonos distintos tiene mi flauta, Alexi.
Dametas me la dió como regalo un día,
diciéndome al morir *sucédeme en su canto*,
por ella desde entonces me envidió siempre Amintas.
Tengo dos cabritillos que para ti conservo,
no sin peligro mío junto al valle encontrados,
con las pieles manchadas de un blanco enternecido,
que agotan cada día las rebosantes ubres
de una oveja de tiernos ojuelos silenciosos.
Hace tiempo Testiles llevárselos porfía
y habrá de ser así, pues desprecias mis dones.

Ven aquí, hermoso niño, Alexi de mis ojos,
pues te ofrecen los lirios en la mimbre del cesto
las Ninfas amorosas; para ti juntó Nais
las pálidas violetas y amapolas ungidadas,
el narciso bellísimo y el eneldo oloroso,
la casia entretejida de las yerbas más suaves,
y el candor del acanto con dorados jacintos.
Yo mismo alcanzaré las juveniles frutas
donde apunta la flor su tímido alborozo.

Te daré las almendras que Amarilis amaba,
la ciruela amarilla que tanto honor merece,
¡y a tí, laurel sagrado, y a tí, cercano mirto
que así juntos mezcláis vuestros suaves olores!

¡Ay Corydón sencillo, no comprendes que Alexis
desama tus regalos porque te excede Iola!
¡Ay de ti Corydón, si enamorado buscas
en tu propio dolor la ligera esperanza!
¿Deshojará tu mano la belleza en el viento?
¿Te irás, enloquecido, lanzarás el ganado
a turbar la divina claridad de las aguas?
¡Ay Alexis, los dioses habitaron el bosque,
Palas vive el encanto que ella misma creara,
y Paris armonioso y efímero, nosotros
ante todas las cosas bendecimos la selva!

Halla su dulce muerte la cierva entre los juncos,
busca el lobo la blanca timidez de la oveja,
y la lasciva cabra busca el tomillo ameno,
y Corydón se pierde tras de tus verdes años.
Todas las cosas giran donde el amor las lleva.
Mira: descende el sol y la frescura crece,
la clara luz descansa, y los novillos tiernos
van con los tristes yugos suspendidos en alto.

**¡Ay Corydón, qué haces, qué locura te esfuerza!
¿Dejarás el trabajo que tanto necesitas?
¿No podarás la viña que está bajo los olmos?
¡Teje, teje los cestos con los flexibles juncos,
que otro Alexis vendrá más candido y sabroso!**

EGLOGA TERCERA

PALEMO

MENALCAS.

¿**D**E quién este ganado, dime, de Melibeo?

DAMETAS.

No, de Egón, que hace poco lo puso a mi cuidado.

MENALCAS.

¡Ay ovejas reunidas en estéril majada
mientras el dueño falta, por rendir a Nerea,

temiendo que a mi acento le sea preferido,
éste, pastor ajeno, varias veces al día
os ordeña, y vosotras desfallecéis sin jugo,
y las crías no pueden exprimir vuestros pechos!

DAMETAS.

Poco a poco, no sigas; hombre soy que no admite
jactancia que le injurie. Y a ti ya te conozco:
cuando la paz del sitio sagrado profanabas,
sus apartadas cabras recelosas te vieron,
y sus ninfas reían con liviana sonrisa.

MENALCAS.

Creeré que me hayan visto por el soto de Myco,
cortando los majuelos sabrosos de las cepas.

DAMETAS.

No, sino allí, hacia el término de las vetustas hayas,
donde a Dafnis el arco le rompiste y la avena,
porque tú te dolías, oh Menalcas perverso,
de que le hubieran sido por otro regalados.
Y sin hacer el daño la rabia te matara.

MENALCAS.

¿Qué no osarán los buenos, si se atreven a tales excesos los ladrones? ¿No te vi yo robando cautamente, oh traidor, a Damón un cabrito? Los ladridos de Lycas rompían su garganta, y yo grité: oh Tityro, recoge ya el rebaño. ¿Adónde tan medroso va aquel y tan ligero?, cuando tú te escondías por los altos carrizos.

DAMETAS.

Pues sabe, si lo ignoras, que era mía la prenda, porque yo con mi flauta le vencí, y él no quiso cumplir lo prometido; su deuda confesaba, mas penuria fingía por dilatar la entrega.

MENALCAS.

¿Tú cantando venciste...? ¡Nunca para tus labios se unieron dulcemente las cañas enceradas! ¿No eres tú el que en las eras solía, vanidoso, producir viles sonos con áspera zampona?

DAMETAS.

Yeamos, si te atreves, cuál de los dos levanta
más limpia voz; que aquella becerra he de ofrecerte.
No lo excuses: dos veces en el día la ordeño
y dos rubias terneras a sus pechos se crían.
Dime tú lo que quieres apostar contra ella.

MENALCAS.

Yo no tengo ganado para apostar contigo,
porque unida a mi padre vive odiosa madrastra,
y a la mañana, juntos, y a la tarde, rodean
todo el hato, y recuentan con las madres las crías.
Pero te he de dar algo que estimarás tú mismo
de más precio, y lo hago por seguir tu locura:
dos vasos torneados en madera de haya
que proclaman la fama del claro Alcimedonte.
La vid flexible en ellos con tostados racimos
se derrama graciosa sobre pálida yedra.
En el fondo aparece la figura de Cono,
y la del que primero con precisa armonía
el círculo del cielo dibujó, y las estrellas
favorables al trigo y al que encorvado ara.
Sin que toquen mis labios yo los guardo celoso.

DAMETAS.

También para nosotros labrara Alcimedonte
dos vasos, con las hojas amables del acanto
rodeando las asas de perfil escogido,
y en medio puso a Orfeo seguido por los árboles.
Sin que toquen mis labios yo los guardo celoso.
Pero no los compares: mejor es mi becerro
cuando llena los ojos con su gracia apacible.

MENALCAS.

Convengo en lo que dices; no pienses que rehuyo.
Sirva para juzgarnos Palemo que aquí llega;
y yo haré que no vuelvas a medirte conmigo.

DAMETAS.

Canta, si es que algo tienes que cantar, que a la tuya
responderá mi voz con sonido armonioso.
Tú, Palemo, te ruego, con espíritu atento
da tu oído a la clara vibración de los aires.

PALEMO.

**Cantad, con el halago de la yerba olorosa:
todo el campo florido sus árboles acrece,
y se adueña del bosque la hermosura del año.
Al canto de Dametas suceda el de Menalcas.
Cantad así, alternando los inspirados versos.**

DAMETAS.

**Empezaré por Júpiter del que todo redunda.
El ampara las tierras y mi voz le prefiere.**

MENALCAS.

**Soy amado de Apolo; para él tan dulces prendas
guardo: el laurel y el suave jacinto enrojecido.**

DAMETAS.

**Provocando mi gula, lasciva Galatea
me tira las manzanas, y huye bajo los sauces.**

MENALCAS.

¡Amintas, amor mío, qué rendido me buscas!
Más fieles que a Diana mis perros te festejan.

DAMETAS.

Te ofreceré los roncos arrullos que ama Venus,
pues ya sé donde anidan sus celestes palomas.

MENALCAS.

Yo escojo para ti, cada día en mi huerto,
las doradas manzanas; tierna ofrenda si humilde.

DAMETAS.

¡Ay cómo me regala con su hablar Galatea!
Vierte, brisa, su acento por la paz de los dioses.

MENALCAS.

¿De qué me sirve Amintas que tus ojos me miren
si al jabají tú acosas mientras cuido las redes?

DAMETAS.

Hoy que cumplo mis años, mándame a Filis, Iola.
Tú vendrás cuando a Ceres inmole mi becerra.

MENALCAS.

Más que a todas a Filis amaré, que vertiendo
sus lágrimas me dijo: siempre seas buen mozo.

DAMETAS.

El lobo en los rediles y el cierzo en los frutales
ejecutan sus iras; en mi pecho Amarilis.

MENALCAS.

Alegra las semillas el rocío, el madroño
la voz del cabritillo, y mi voz sólo Amintas.

DAMETAS.

Oh musas, Polio escucha nuestros rústicos sonos:
amansad los ojuelos de su amada novilla.

MENALCAS.

**El mismo os cantará si apacentáis sus toros
de fiero cuerno y brío que levanta la arena.**

DAMETAS.

**El que alaba tu nombre colme, oh Polio, su dicha:
corra la miel, y cuelguen por las zarzas los frutos.**

MENALCAS.

**¡Ay poetas medianos el que guste de oiros
eche el yugo a las zorras, los merinos ordeñe!**

DAMETAS.

**Huid, los que del suelo cogéis fresas y flores,
que la fría serpiente yace oculta en la yerba.**

MENALCAS.

**Detened al ganado, que la orilla es traidora,
y el carnero ya siente su lana humedecida.**

DAMETAS.

**Tityro, los corderos retira ya del río;
yo mismo he de bañarlos en la fuente segura.**

MENALCAS.

**Sestead las ovejas, pues las quema el estío,
y después nuestras palmas exprimen la ubre seca.**

DAMETAS.

**Mis toros macilentos pisan la espesa yerba
porque un mismo amor rinde al ganado y al dueño.**

MENALCAS.

**No es el amor quien deja mi hato enflaquecido,
mas la envidia lo aoja con secreta palabra.**

DAMETAS.

**Dime dónde la tierra mira un cielo pequeño,
de tres varas escasas, y serás otro Apolo.**

MENALCAS.

Dime dónde las flores en sus pétalos llevan
los nombres de los reyes, y tendrás siempre a Filis.

PALEMO.

Yo no puedo juzgar vuestros cantos iguales,
pues los dos merecéis la becerria, tan bellos
presentáis los amores amargos o sabrosos.
¡Tú, desvía la acequia, que ya está fresco el prado!

EGLOGA CUARTA

POLIO

¡OH musas sicilianas, cantemos con más brío!
No a todos place el bosque ni el tamariz humilde.
Si las selvas cantamos, sean dignas las selvas
del Cónsul, que ha llegado con alta profecía
la cierta edad postrera. Ya el orden de los siglos
íntegro ha renacido, y descuella la Virgen,
y Saturno ya dora su reinado, y los cielos
excelsos nos envían generación pujante.

A este niño reciente privilegia, Lucina,
recoge con tus brazos al que rompe los hierros,
y una áurea familia levanta sobre el mundo,
y el claro Apolo reina.

Siendo tú, oh Polio, Cónsul,

comenzará la gloria de tantos horizontes,
y cumplirán su marcha magnífica los meses
guiando tú, y si quedan de nuestro mal señales,
vanas serán, por siempre del temor liberados.

Este niño lo augusto gozará del destino,
contemplará felices los héroes con los dioses,
renovando en el rostro su amorosa vigilia,
y ya por las virtudes paternas sosegado
regirá en paz el orbe.

Ligera y sin cultivo
la tierra sus primicias, débil niño, te ofrece,
resplandecientes dones que el candor hermosea:
la yedra de pie errante con el nardo oloroso,
y entre intensos tomillos el acanto agradable.
Henchidas de alba leche, sus ubres las ovejas
acercan a tus labios; y la súbita fiera
ya no temen los vastos ganados sorprendidos.
Derramará tu cuna sobre ti sus claveles.
Morirá la serpiente, y el veneno escondido
por la yerba traidora morirá, y abundante
verterá sus olores de lluvia el cinamomo.

Con ardiente alabanza, cuando leas los hechos
heroicos y el prestigio del que ensalza tu sangre,
recibirás del patrio valor el fundamento.

Sazonarán los campos sus mieses sosegadas
a las verdes espigas colmando de oro tierno.
Por las zarzas oscuras las uvas candorosas
brillarán, y en la encina la miel como un rocío.

Mas quedarán señales de la antigua desgracia:
los que prueben el seno del mar con los navíos,
los que ricas ciudades ciñan con fuerte muro,
los que labren la tierra con templado deseo.
Otro habrá como Tiphis y otra nave orgullosa
de sus claros varones, y otras guerras injustas,
y el belígero Aquiles volverá contra Troya.

Mas cuando ya, segura tu edad, varón te nombres,
cesará en el marino la pasión de los mares,
cesará el movimiento de los errantes frutos,
pues dará todo el suelo las mejores cosechas.
Ni la vid la tijera, ni el barbecho el arado
consentirá. Los bueyes poderosos, del yugo
desaten los labriegos, y el vellón esponjoso
no se rinda al engaño de ruseños colores.
Mas la oveja, en los prados que pace, su blancura
teñirá con rubores de la púrpura suave,
o con pálidas señas del azafrán pajizo.
Y el sándalo a su agrado vestirá los corderos.

¡Acudid a este siglo, que el huso de las parcas
gira en él con más firme voluntad de ventura!
¡Oh verdadero aumento de Júpiter! ¡Oh amado
renuevo, al que los dioses con dulce tiempo asisten!
Mira cómo le pesa al mundo su regazo.
Asombra tu mirada con la tierra y los mares
que ordenan sus caminos, con el cielo profundo,
y en él, latiendo alegre, toda la luz futura.
¡Oh, tan larga y contenta se prolongue mi vida
como el ansia en mi boca de alabar tu presencia!
Ni Orfeo con su lira, ni Lino, han de vencerme,
ni la madre de aquél, de bella voz, Calíope,
ni el padre de éste, claro, serenísimo Apolo.
Y si Pan me provoca desde la verde Arcadia,
sus inmortales troncos le juzgarán vencido.

Comience, suave niño, a gozar tu sonrisa
la que por ti, diez meses, tanto dolor sostuvo.
Haz, pequeño enviado, que sonrían tus padres,
que así, luego su mesa te ofrecerán los dioses,
y las diosas el flanco de sus cuerpos rotundos.

Las Eglogas primera y segunda están puestas en verso castellano por LUIS ROSALES, y la tercera y cuarta por LUIS F. VIVANCO.

CRIBA

LAS PALABRAS ESPEJOS

¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?

Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en la lontananza conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase (*en este país...*) se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. —¿Qué quiere usted?, decimos, ¡*en este país!*—. Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla ¡*cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

(De Larra: *En este país. Colección de artículos...*, 1832-34.)

UNA NUEVA CRISTIANDAD

Problemas espirituales y temporales de una nueva cristiandad,
por Jacques Maritain.

No plantearía problemas una nueva cristiandad si concibiéramos al cristianismo en sus relaciones con el mundo bajo el signo de una filosofía de la univocidad. Maritain piensa que según se atisben las variaciones de las circunstancias históricas pueden surgir tres tipos de filosofía de la cultura: unívoca, equívoca y análoga. Para la primera la historia se desenvuelve bajo la férula de reglas y principios supremos que deben aplicarse siempre de la misma manera. Para la segunda, en cambio, las condiciones históricas llegan a variar tanto con el tiempo, que arrastran consigo y hacen mudables la verdad, el derecho y las reglas todas del actuar humano. Sólo la tercera, la filosofía de la analogía, atesora la solución verdadera, porque piensa que no varían los principios ni las reglas supremas de la conducta humana, pero se aplican a cada época según modos esencialmente diversos.

El peso de esta filosofía de la cultura gravita continuamente sobre la concepción que Maritain se forja de una nueva cristiandad. Una cristiandad nueva es para el autor del libro que nos ocupa una nueva civilización cristiana, *un cierto régimen común temporal de los pueblos educados en la fe cristiana*. Así, aunque no haya más que una verdad religiosa integral, sólo una Iglesia católica, puede, empero, haber en ella diversas cristiandades, diversas civilizaciones cristianas.

La estructura de la ciudad terrenal se yergue así ante los

ojos de Maritain como un momento de las muchas posibilidades que la preparación del reino de Dios sobre la tierra le ofrece a los mortales. No es menester que sea de esta manera o de la otra; que se vincule a moldes históricos ya dados, ya hechos, en los que el tiempo ha dejado la huella de lo caduco. Esto sería concebir los principios cristianos unívocamente, sin otra forma de aplicación que la manera como fueron aplicados hace siglos. Maritain es tomista hasta en el uso que hace del concepto de la analogía. Los principios eternos del Evangelio y de la Iglesia deben ser aplicados al tiempo según las exigencias de éste, no con la rigidez de la univocidad estrecha, sino con la amplitud y diversidad que su analogía requiere. Y es de advertir, para evitar ociosas interpretaciones de este modo de concebir la cultura, que la analogía no se refiere forzosamente al carácter de los principios mismos —los dogmas y las verdades del Evangelio son, en sí, unívocos—, sino en su aplicación a lo terrenal y profano, esto es, a lo que nos interesa cuando hemos de construir el ideal de una civilización cristiana, de una nueva cristiandad.

La aplicación unívoca de los principios cristianos a la civilización avoca hoy siempre en ideales de retorno al pasado, en aspiraciones a una vuelta a la Edad Media que nos suma de nuevo en el ambiente de aquellos siglos impregnados de fe sagrada y cristianismo. Como desde la Edad Moderna viene descristianizándose el mundo, se tiende a pensar en la época inmediatamente anterior como el único estado armonioso y acogedor para una mente que aspira a centrar la cultura en el cristianismo. También para Maritain la cristiandad medieval es la realización más perfecta del ideal cristiano en la ciudad terrena, y nos prueba esto ocupándose de ella en un largo capítulo dedicado al Sacro Imperio; pero no puede admitir de ningún modo que ese ideal del Sacro Imperio, que era el ideal de la cristiandad medieval, torne remozado a ser el ideal de una cristiandad nueva. La genialidad del libro de Maritain

estriba nada menos que en rechazar conscientemente el ideal medievalista de retorno al pasado en nombre del principio tomista de la analogía, y en atreverse a urdir ante nuestros ojos un ideal nuevo, reciente y atractivo, de cristiandad futura.

Este ideal no podrá, pues, ser el de la Edad Media, ni siquiera el de una nueva Edad Media. *Querer volver a un estado pasado*, dice el autor, *constituye una especie de blasfemia contra el gobierno de Dios en la historia*. El ideal histórico de la Edad Media, el Sacro Imperio, corresponde a lo que puede llamarse una concepción *cristiano-sacra* de lo temporal. Lo temporal tiene para el hombre de los siglos medios un valor exclusivo de instrumento respecto a lo sagrado, tanto en la aspiración medieval hacia la unidad máxima *del tipo más exigente y más altamente monárquico*, como en el empleo del aparato institucional del Estado para conseguir el bien espiritual de los hombres, así como en el ideal paternalista de la sociedad doméstica y de la sociedad de trabajo, y culmina en el propósito de establecer *una estructura social y jurídica que la fuerza de hombre bautizado y de la política bautizada ponen al servicio del Redentor*. Pero todo esto se acaba a partir del Renacimiento y de la Reforma. Y aunque el esfuerzo poderoso de la Contrarreforma y de las monarquías modernas del antiguo régimen aspirara a mantener en pie la mole del edificio medieval, no logró sino ir endureciendo y profanando el recinto del ideal sacro del Imperio, e introducir como objetivo principal de los Estados la preocupación constante de su propia soberanía.

Dice Maritain que la rehabilitación antropocéntrica del hombre que se manifiesta a partir del Renacimiento y la Reforma lleva a dos descubrimientos fundamentales: el *descubrimiento* protestante de la gracia sin la libertad y el *descubrimiento* humanista de la libertad sin la gracia. Con referencia a esto último es notable la alusión que hace Maritain

a Molina, presentándonosle como un corifeo mitigado del humanismo antropocéntrico. El molinismo, al negar el concurso previo de Dios en la casualidad, erige al hombre en dueño y señor de sus acciones buenas, y le hace reclamar para sí una parte de la iniciativa primera—esto es lo grave—en el orden del bien y de la salvación. *He aquí al hombre del humanismo cristiano de los tiempos antropocéntricos: cree en Dios y en su gracia, pero le disputa el terreno, reclama su parte en cuanto a la primera iniciativa referente a la salvación y los actos meritorios de la vida eterna, mientras emprende por sí solo el hacer su vida y su felicidad terrena.* Maritain ha acertado plenamente en esta caracterización de Molina dentro del marco de la modernidad. No es difícil estudiar a un autor y exponer luego su doctrina; lo peregrino es colocarle en su tiempo y hacérsenosle ver encajado en un esquema histórico aceptable.

Toda la dialéctica de la cultura moderna es para Maritain la dialéctica del humanismo antropocéntrico, lo que él llama la tragedia del humanismo o del humanismo inhumano, porque al fin viene a borrar del hombre la imagen de Dios, esto es, lo que le constituía como persona libre y humana, y le adentra en las tinieblas del ateísmo marxista. El error de este humanismo está en creer que el hombre mismo es el centro del hombre y, por tanto, de todas las cosas. El humanismo teocéntrico, en cambio, reconociendo a Dios como punto central del hombre, le deja la iniciativa primera en toda cosa, con lo cual la realidad de lo humano logra dignificarse y mantenerse en pie.

A esta segunda especie de humanismo viene a abrazarse Maritain cuando concibe los rasgos posibles de una nueva cristiandad. Frente a toda la cultura moderna que ha descristianizado al mundo, y también frente a todo ideal de retorno al medievo, va desplegando el autor el panorama del campo histórico donde tome asiento la futura ciudad terrenal, que encarne otra vez con plenitud los principios eternos del cristianismo.

Estos principios, que son los mismos de la cristiandad medieval, pero de aplicación analógica, corresponden a una concepción *cristiano-profana* y no *cristiano-sacra* de lo temporal. Así sus notas características serían a la vez opuestas a las del liberalismo y del humanismo inhumano de la edad antropocéntrica, e inversas a las que señalamos antes al tratar del ideal histórico medieval del *Sacrum Imperium*; responderían a lo que podríamos llamar un humanismo integral o teocéntrico, valedero en lo sucesivo por sí mismo. La idea discernida en el mundo sobrenatural ya no sería la idea de un imperio sagrado que Dios ejerce sobre todas las cosas, sería más bien la idea de la santa libertad del hombre que estaría unido a Dios por la gracia. El régimen temporal de esta concepción cristiana supone la afirmación de su autonomía a título de fin intermedio y no de mero agente instrumental de lo sagrado, como en la Edad Media. Fin intermedio, esto es, que reconoce como fin último la primacía de lo espiritual, pero concede, no obstante, una finalidad concreta y en su orden al Estado terreno. *Subordinación real y efectiva—esto es lo que contrasta con las concepciones modernas galicanas o liberales—, pero subordinación que ya en ningún caso reviste la forma de la simple ministerialidad—y esto es lo que contrasta con la concepción medieval*, dice el autor. La nueva concepción de la cristiandad futura se halla, pues, a igual distancia de la concepción liberal que de la concepción del medievo. Maritain nos expone sus otros rasgos esenciales en las páginas más luminosas de su obra, hermanándolos con mil consideraciones sobre temas afines.

El hecho de que las notas de este nuevo ideal cristiano sean lógicamente conciliables entre sí, y constituyan un ente de razón claramente concebible, hace que Maritain pueda pasar, llegado el último capítulo, a considerar su realización en el tiempo: lo que llama *Las condiciones de instauración de una nueva cristiandad*. Esto le otorga al libro un aire amable

y halladizo que no conseguiría si se detuviera en el mero plano ideal, y que, además, nos hace ver a la cristiandad nueva no como una utopía irrealizable, sino como una esencia ansiosa de probarnos con los hechos su capacidad de existir. Desgraciadamente, no es Maritain muy optimista en esto, ni cree que sea para breve plazo la realización de un ideal parejo. Una estructura social que no se base ni en el economismo ni en el politicismo, aun reconociendo el inmenso valor de la política y de la economía en la marcha terrena de la ciudad cristiana, ha de codiciar ante todo para su ordenación la armonía que opera en la persona el resplandor de la gracia. *No se trata aquí indudablemente, como para la revolución comunista, de «transformar al hombre» por la fuerza y por técnicas externas—lo que en definitiva sería ir de mal en peor—, sino que se trata de adquirir conciencia del hecho de que el hombre «está transformado» (por la gracia), y obtener de este hombre que vaya realizando cada vez más esta transformación de origen divino, tanto en el orden social como en el individual. Es «ab intus», es desde dentro como la cultura está vivificada. Recordar, como lo hacíamos hace un momento, que lo político es de orden intrínsecamente moral, significa acabar con las disociaciones dominantes en la Edad Moderna; es comprender que lo religioso y lo político, aunque sigan siendo cosas distintas, deben ir fundamentalmente unidos, no por alianzas aparatosas y de policía exterior, como en los tiempos del Altar y el Trono, sino dentro de nosotros: es el fulgor de la fe y del espíritu mismo el que debe resplandecer en la actividad política.*

La instauración de una nueva cristiandad aparece así como la realización lejana de un ideal presente, porque exige la plena liquidación de la cultura moderna. Esto hace que Maritain pueda hablar de una «política de largo alcance», que en lugar de mantener la mirada fija en el momento actual contaría con la duración, tendría en cuenta el tiempo de madu-

ración necesario para el establecimiento de un orden cristiano en el mundo. Pero en la línea siguiente nos dice el autor que esa acción política se ejercería desde ahora subviniendo a las necesidades actuales de los hombres y preparando paciente-mente la victoria final. En lo cual muestra Maritain una parquedad de criterio que anhelaríamos fuese más rica en sugerencias, ya que no en concretas normas de acción.

Algún otro reproche le haríamos al libro, por ejemplo, en su concepción histórica del desenlace de la Edad Media y del advenimiento de los grandes Estados modernos. Hay una discreción maravillosa en las alusiones brevísimas que dirige a nuestros monarcas, a Carlos V y a Felipe II; pero entreve- mos que acaso el carácter y la obra de nuestra monarquía del seiscientos son subsumidos con exceso en categorías que pue- den muy bien aplicarse a la historia de Francia o de Ingla- terra, mas no de España. Por otro lado, sería muy difícil que esta obra nos hiciese ciertas concesiones, cuando hasta los mismos españoles hemos estado ignorando tanto tiempo el verdadero espíritu de la Hispanidad.

Otra objeción nos la sugieren unas palabras de Maritain acerca del capitalismo, cuyo espíritu condena sin reservas, aunque no su mecanismo. Pero en realidad lo anticristiano del capitalismo está primeramente en la índole de su sistema, ya que impide luego que ningún espíritu lo use sin verse for- zado a regular el consumo por la producción, en vez de regu- lar la producción por el consumo, lo que lleva a una exalta- ción del enriquecimiento individual y de los simples medios adquisitivos, y a toda clase de conflictos sociales, en menos- cabo de patronos y obreros, conflicto que se resuelve en ese culto a Mammon, que el mismo Maritain condena tantas veces a lo largo de estas páginas.

Nos parece muy larga la ausencia en que nos tiene pues- tos el ideal de Maritain, ausencia de cristiandad viva en el mundo, porque, deseosos de entrar en seguida por las puertas

de una ciudad terrena que nos refleje las verdades del cielo, quisiéramos que la Iglesia lo anduviera sintiendo ya en su entraña y se cumpliera pronto el plazo de su alumbramiento. La característica esencial de este libro es, empero, la de no acudir a ninguna imposición teocrática de su ideal. El mejor pensador francés de nuestros días no codicia más teocracia para la tierra que la del amor divino. — L. E. P.

Historia

210 113

TRAILER

DE

CUATRO CRÓNICAS

POR

RAMÓN IGLESIA PARGA

ABRIL

1 9 3 6

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

Que si fué, que si vino. Que Zurita le dijo a Ambrosio de Morales que el autor era Fernán Sánchez de Tovar. Que el infatigable investigador don José Amador de los Ríos dice en su *Historia crítica*. Que el infatigable erudito señor Puyol dice en el *Boletín de la Academia de la Historia*. Que Fernán Sánchez de Tovar no es Fernán Sánchez de Valladolid. Que si no podría ser el autor Juan Núñez de Villazán.

En esta atmósfera de caos primordial, de nubes, se mueve quien quiera acercarse a nuestras primeras crónicas reales castellanas. La alta tragedia de la investigación histórica adquiere visos de sainete cuando no surge quien la lleva a buen término, y queda entre cegatos. Más valdría que estuviese prohibido tocar a los asuntos. Se prohíbe tocar los objetos.

Y, sin embargo, yo hubiera querido tocar también el problema de nuestras viejas crónicas reales. Todos los eruditos que se han quemado las pestañas buscándoles autor y fecha se han olvidado de decirnos algo sobre su contenido. Con hablar de candor y de rudeza se ha despachado todo.

Les perjudicó a estas crónicas el anonimato, y el que viniera tras ellas la producción historiográfica del gran canciller Pero López de Ayala. Las sepultó el juicio eufórico y desbordante de Menéndez y Pelayo, al hablar del abismo que las separa de la obra del canciller.

Ya está. Ya no vale la pena leerlas. Luego se repite aquello de la crónica informe y árida. Y no es verdad. Ayala es la más alta manifestación de una corriente amplísima, de un interés por los estudios históricos iniciado con la publicación de la *Crónica General*. Esta obra, que ha tenido la suerte de caer en manos de Menéndez Pidal, dió ya en el siglo XIII al idioma castellano la posibilidad de expresar la historia. Más tarde se abren camino, trabajosamente, las crónicas de los reinados, concebidas para completar la *General*. La actividad historiográfica de nuestro siglo XIV es espléndida, y Ayala no representa sino

su remate y coronación. El canciller sería inconcebible sin los cronistas anteriores, especialmente sin la crónica de Alfonso XI. Hay en esta una riqueza de contenido, una amplitud en el relato, una conciencia de la importancia de la obra histórica, que son síntomas de madurez plena.

Y hay en ella, sobre todo, vida. Lo que en las anteriores apunta, escasamente, aquí se derrama por todas las páginas. La vida. Siempre recuerdo, al acercarme a las obras históricas, un drama de Fritz von Unruh que vi en Berlín hace años — *Phaea*, me parece que se titulaba. En él aparece el director de una fábrica de películas, que se pasa el tiempo dando voces estentóreas: *Ich will das Leben! Ich suche das Leben! ¡Quiero vida! ¡Busco vida!* Y para hallarla, mete en los estudios a una muchachita y caza con la máquina tomavistas sus reacciones, cuando ella no se cree observada. Pues bien; en las obras históricas hay que cazar la palpitación de vida que nos ofrecen, valorarlas según la capacidad que tengan de acercarnos a la época de que tratan. Claro que esto echa por tierra las severas bases de la crítica de fuentes, porque una crónica puede ser muy viva y ser muy inexacta; pero, ¡qué le vamos a hacer! Bastantes gentes hay que no han salido de la comprobación de fechas. Y aunque alguien tire, alguna vez, por el lado contrario, quizá no se pierda el tiempo del todo. Así, pues, yo he cogido los textos de nuestras viejas crónicas, tal como nos los da la vieja edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*, y he compuesto mi *trailer*. Lo siento por los puristas, pero no creo que haya vocablo español para traducir este término cinematográfico. Y las crónicas tienen mucho de películas. Unas cuantas escenas destacadas de las mismas bien forman un *trailer*.

Para el que guste de quebrarse la cabeza doy al final una breve bibliografía. En las mismas obras citadas encontrará el lector medios para ampliarla. Y si dedica su vida a estas cuestiones, y la Providencia le ayuda, quizá pueda decirnos algo nuevo sobre las crónicas desde el punto de vista de las *exigencias de la moderna crítica*.

CRONICA DEL REY DON ALFONSO DECIMO

Destaca en ella la figura del rey, gran señor que se distingue por su magnificencia, por su liberalidad.

E estando en aquella cibdad [*Burgos*], dijéronle que venía a él una emperatriz de Constantinopla, que tenía su marido captivo en tierra del soldán, e venían con ella treinta dueñas todas vestidas de negro. E el rey salióla a rescebir con grand gente, e fízole mucha honra, e metióla en Burgos en su posada con la reina doña Violante, su mujer; e la reina fízole mucha honra, e plúgole mucho con ella, e mandó poner la mesa para en que comiesen ella e la emperatriz. E dijo la reina a la emperatriz que se posase a la mesa a comer, e dijo la emperatriz que nunca Dios mandase que se posase con ella a la mesa. E la reina maravillóse de lo que'l decía, e preguntóle que por qué decía aquello. E dijo la emperatriz:

— Tú estás con tu honra, e Dios te la mantenga, que eres en tu tierra, con tu señor sano e gua-

rido, Dios te lo mantenga e lo guarde de mal; e yo estó fuer de la mi tierra, e el mi señor non es en su poder, ca es captivo en tierra del soldán, e es pleiteado por cincuenta quintales de plata. E yo fuí a casa del apostólico de Roma, por si fallaría en él ayuda, e dióme el tercio deste aver; e otrosí fuí al rey de Francia, e dióme el otro tercio. E allí oí decir de la nobleza e del bien e de la franqueza que ha en este tu señor, e soy aquí venida a pedirle ayuda para sacar mi marido el emperador de cativo, e fasta que haya respuesta desto, yo non comeré.

E la reina envió por el rey, e díjole todo lo que dijera la emperatriz. E el rey rogóla que se posase a comer, e ella dijo que nunca comería en manteles fasta que toviere para quitar su marido el emperador. E el rey le preguntó:

— Los de la tierra, ¿por qué non lo quitan?

E ella dijo que era uso que non diesen por él nada, que ellos decían que facían mucho cuando en su vida non tomaban otro emperador. E el rey tomóla por la mano, e pósola a la mesa, e dijo a la emperatriz:

— Comed, que yo vos prometo, de aquí a veinte días, que yo vos daré de qué quitedes a vuestro marido.

E ella dijo:



— Catad, rey, qué decides, que non sabedes en cuánto yace.

E el rey le preguntó por cuánto yacía, e ella dijo que por cincuenta quintales de plata; mas que el rey de Francia le diera un tercio e el Papa otro tercio. E el rey tomóla por la mano e fuéla a sentar a la mesa; e dióle la mano, prometiéndole que a veinte días le daría los cincuenta quintales de plata. E dijo la emperatriz:

— Agora comeré yo a manteles, pues es quito mi señor.

E a los veinte días dióle los cincuenta quintales de plata, e mandó que tornase lo que había tomado

al Papa e al rey de Francia. E ella tornó lo suyo al rey y al apostólico, e contóles cómo le contesciera con el rey don Alfonso. E todos cuantos lo oyeron, preciaron mucho a este rey de Castilla.

El infante don Dionís, hijo del rey de Portugal y nieto de don Alfonso, viene a Sevilla a pedirle a éste que le libre del tributo que los reyes de Portugal estaban obligados a pagar al rey de León. Don Alfonso no puede resolver por sí solo y llama a los nobles.

E otro día el rey don Alfonso mandó llamar al infante don Manuel, e a los infantes don Felipe e don Fadrique, sus hermanos, e otrosí mandó llamar a don Nuño González de Lara, fijo del conde don Gonzalo, e a don Lope Díaz de Haro, e a don Esteban de Castro, e otros ricos omes e caballeros que eran í con él. E mandó al infante don Deonís, su nieto, que les dijese aquella razón que le avía dicho a él; e porque era mozo, e non oviese vergüenza cuando dijese la razón, mandóle el rey que estoviese asentado segund que estaba con los otros infantes, en el estrado a sus pies. E mandó que dijese la razón por él un rico ome de Portugal que venía con él.

Los funerales del rey don Fernando.



Venían muy grandes gentes de muchas partes de Andalucía a esta honra, e traían todos los pendones e las señas de cada uno de sus hogares; e con cada pendón traían muchos cirios de cera, e ponían todos los pendones que traían en la iglesia mayor; e encendían los cirios de muy grand mañana, e ardían todo el día, ca eran los cirios muy grandes. E Abén Alhamar, rey de Granada, enviaba al rey don Alfonso para esta honra, cuando la facían, grandes homes de su casa, e con ellos cient peones, que traía cada uno un cirio ardiendo de cera blanca. E estos cient cirios poníanlos aderredor de la sepultura do yacía enterrado el rey don Ferrando; e esto facía

Abén Alhamar por honra del rey. E este aniversario fizo siempre el rey don Alfonso cada año, en cuanto ovo los regnos en su poder. E avía por costumbre que ese día del aniversario ni otro ante non abrían tiendas ningunas, nin los menestrales non facían ninguna cosa.

E estando el rey don Alfonso en Sevilla, e todas las gentes con él en este complimiento que facían por su padre, vinieron a él mensajeros del rey de Egipto, que decían Alvandexaver. E trujieron presente a este rey don Alfonso de muchos paños preciados e de muchas naturas, e muchas joyas e muy nobles e mucho extrañas. E otrosí trajiéronle un marfil e una animalia que decían azorafa, e una asna, que era buiada, que tenía la una banda blanca e la otra prieta, e trujéronle otras bestias e animalias de muchas maneras.

La prodigalidad del rey desagrada a los nobles, cuyas luchas y pleitos con el monarca ocupan en la crónica mucho más espacio que el dedicado a la guerra con los moros. Es de notar el carácter concretamente, exclusivamente económico que tienen las exigencias de los señores. Nada más lejano de la visión romántica y caballeresca de la Edad Media que estas peticiones de tierras, de tributos, que estas reivindicaciones, como hoy diríamos, de los señores frente a su rey.

La nota económica aparece también muy a las claras al hablar de la guerra, ya que en ésta se tiende de preferencia a estropear las cosechas del adversario.



E tengo que si vos juntásedes los que están puestos por fronteros en los castillos con ésos que tenedes y convusco e con las gentes de pie que podedes aver en la frontera, e fuésedes agora a la vega de Granada, mientras es el pan verde, e aunque otro mal non les ficiésedes si non pisándolo, ge lo tiraríedes. E si ellos aquel poco de pan perdiesen, con el otro daño que rescibirían en las huertas e en las viñas, e con el daño que les han fecho los que están en Granada, tengo que muy poco duraría la guerra. *(De la carta que el rey don Alfonso envió al infante don Fernando, su fijo.)*

La falta de paga a las gentes de la flota es causa de un desastre frente a Algeciras.

E porque los de la flota avían estado en la guarda de la mar todo el invierno e non les avían fecho sus pagas commo devían, nin avía avido ningund refrescamiento de vestidos nin de viandas, así commo lo avían menester, e el rey les envió muy pequeño acorro de las pagas que les devían, por esto los omes de la flota adolescieron de muy grandes dolencias. Ca a muchos dellos, estando en las galeas e non aviendo las viandas, cayéronseles los dientes e ovieron otras muchas dolencias que les recrescieron porque oviesen a salir de la mar e desamparar las galeas. E estaban todas las gentes dellas en casas e en chozas que tenían fechas en aquel lugar do fué poblada después Algecira la nueva; e otrosí estaban muchas destas gentes dolientes en la isla de la mar que es cerca de Algecira, e todas las galeas e las naves estaban desamparadas, que non avía en ellas gentes, sinon muy pocas en cada una, e éstos dolientes e muy lacerados.

Ya en el siglo XIII se hablaba de carestía de las subsistencias, de alteraciones en el valor de la moneda y de acaparadores.

Vinieron a este rey don Alfonso muchas querellas de todas las partes de sus reinos, que las cosas

eran encarescidas en tan grandes cuantías que los homes non las podían aver. E por esto el rey puso los cotos, que es poner prescio a todas las cosas, cada una qué cuantía valiese. E commo quier que ante desto los homes avían muy grave de las poder aver, oviéronlas muy peor después, por quanto los mercadores e los otros homes que las tenían de vender, guardábanlas, que las non querían mostrar. E por esto todas las gentes viéronse en gran afincamiento, sobre lo que el rey ovo de tirar los cotos, e mandó que las cosas se vendiesen libremente por los precios que fuese avenido entre las partes.

Tampoco se ha progresado mucho en la manera de combatir las plagas. En el cerco de Niebla apareció en los reales cristianos una gran plaga de moscas. Tan grande era, que el rey y su hueste determinan levantar el cerco; pero dos frailes proponen el remedio.

Mandaron luego pregonar por la hueste que cual que trujese un almud de moscas a la tienda de aquellos freiles, que le darían por cada almud dos torneses de plata. E las gentes menudas tomaron omecillo con las moscas por ganar aquellos dos torneses; trujeron muchas dellas, de manera que fincheron dellas dos silos viejos que estaban í de otro tiempo. E con esto menguó aquella tempestad, curando aquella dolencia de que las gentes morían,

acuciando los cristianos las cosas que cumplían para tomar aquella villa.

A veces surge en las páginas de la crónica el rasgo caballeresco. Tal la conducta de Garci Gómez Carrillo, defensor del alcázar de Jerez.

E los moros fueron a la torre que tenía Garci Gómez, e tan afincadamente la combatieron, que quemaron las puertas e mataron los homes que estaban con él en la torre. E él defendía la puerta cuanto podía para que ge la non entrasen; e non lo queriendo matar, por la gran bondat que en él avía, trujeron garfios de fierro para con que lo prendiesen, e trabábanle con aquellos garfios en algunos lugares de la carne, e él dejábase rasgar por non se dar a prisión. Pero tanto ficieron los moros, que lo tomaron con aquellos garfios preso a vida, e apoderáronse en el alcázar, e fueron los moros apoderados en todo.

Otras es la nota humana, como en el caso de la dueña que no tiene el coraje de Guzmán el Bueno.

El infante don Juan fué demandar el alcázar de Zamora a una dueña, mujer de Garci Pérez, que era merino mayor del rey don Alfonso en Galicia, que estaba dentro. E esta dueña era hermana de Pay Gómez Cherino. E la dueña envióle responder que



ge lo non daría, que lo tenía su marido por el rey don Alfonso. E supo el infante don Juan cómo esta dueña encaesciera de un fijo non avie más de ocho días, e que le criaban en una puebla fuera de la villa; e mandóle tomar, e llególo allí a la puerta del castillo, e envió decir a la dueña que si le non diese el alcázar luego, que ge lo mataría. E la dueña, con grand amor que ovo del fijo, resceló que ge lo mataría, e dióle al alcázar luego.

Los asuntos que trata la crónica son los ya mencionados: lucha del rey con los nobles y con su hijo don Sancho, guerra con los moros, *fecho del Imperio*. La enorme labor de cultura llevada a cabo por don Alfonso se resume en unas líneas.

Este rey don Alfonso, por saber todas las escripturas, fízolas tornar de latín en romance. E desto mandó facer el fuero de las leyes, en que asummó muy brevemente muchas leyes de los derechos. E diólo por ley e por fuero a la cibdad de Burgos e a otras cibdades e villas del regno de Castilla, ca en el regno de León avían el Fuero Juzgo, que los godos ovieron fecho en Toledo. E otrosí las villas de las Extremaduras avían otros fueros apartados, e porque por estos fueros non se podían librar todos los pleitos, e el rey don Ferrando, su padre, avía comenzado a facer los libros de las Partidas, este rey don Alfonso su fijo fízolas acabar. E mandó que todos los homes de los sus regnos las oviesen por ley e por fuero, e los alcaldes que juzgasen por ellas los pleitos. E otrosí mandó tornar después en romance las escripturas de la Biblia, e todo el Eclesiástico, e de la arte de las naturas de la astrología.

CRONICA DEL REY DON SANCHO EL BRAVO

En esta crónica asoma desde las primeras líneas el carácter áspero y violento del rey. Al mandadero de Abén Yuzaf, señor de Marruecos,

el rey don Sancho respondióle que fasta aquí adelante que él tinie en una mano el pan e en la otra el palo, e quien el pan quisiese tomar, que le feriría con el palo.

Que no se trataba tan sólo de una frase, nos lo demuestra la conducta de don Sancho con un caballero asturiano que había desacatado al rey.

E el rey tomó muy grand saña por las palabras que dijera Juan Martínez, e mandólo que callase, e tomó un palo a un montero que estaba ant'él, e dióle grandes palos, en guisa que cayó, de una mula en que estava, por muerto a los pies del rey.

Esta violencia no logra atemorizar a los nobles, que también en este reinado se sublevan. Siguen preocupando, igual

que en el reinado anterior, las cuentas y las rentas, el dar y tomar de castillos y señoríos. Don Sancho no se amilana como su padre, y participa activamente en la lucha.

E el rey salió fuera. E desque el rey los dejó, dijo:

— Nunca yo tal tiempo tuve commo agora para vengarme d'éstos que tanto mal me han fecho e en tanto mal me andan.

E falló que la su gente era mucha más que la de los otros, e tornó luego a ellos. E paróse a la puerta, e preguntóles, e dijo:

— ¿Avedes ya acordado?

E dijo el conde:

— Sí. Entrad, señor, e decírvoslo emos.

E el rey dijo:

— Entonces aína lo acordastes. E yo con otro acuerdo vengo, e es que vos amos que finquedes aquí conmigo fasta que me dedes mis castillos.

E el conde se levantó mucho aína, e dijo:

— ¿Presos? ¿Cómo? ¡A la merda! ¡Oh, los míos!

E metió mano a un cuchillo, e dejóse ir para la puerta donde estava el rey, el cuchillo sacado e la mano alta, e llamando muchas veces:

— ¡Oh, los míos!

E el infante don Juan metió mano a un cuchi-



llo, e firió a Gonzalo Gómez de Manzanedo e a Sancho Martínez de Leyva, e ellos sufriérongelo porque era hermano del rey. E la otra gente que era del rey, ballesteros e caballeros, veyendo que el conde iva contra el rey, firieron al conde, e diéronle con una espada en la mano, e cortárongela, e cayó luego la mano en tierra con el cuchillo; e luego diéronle con una maza en la cabeza, que cayó en tierra muerto, non lo mandando el rey. E tornó el rey contra Diego López que estava í, e que le corriera a Ciudad Rodrigo desde Castil Rodrigo, e díjole el rey:

— Diego López, ¿qué vos merescí? ¿Por qué me corredes la mi tierra, seyendo mi vasallo?

E él non supo razón ninguna que le decir; e el rey dióle con una espada en la cabeza tres golpes, en guisa que fincó muerto. E desde la reina, que estaba en su cama, supo el fecho cómo pasara, punó quanto pudo de guardar al infante don Juan que non tomase muerte; e si non fuera por esto, luego lo matara el rey de buena miente. E prendiólo el rey esa noche, e metiólo en fierros.

No es de extrañar que impusiera el rey temor a propios y extraños.

Fizo facer muy cruda guerra en el reino de Aragón, matando, robando, quemando, cortando las olivas e los árboles, e poniendo fuego a toda la tierra. E salió dende, e dió consigo más adentro del reino de Aragón, haciendo la más cruda guerra que pudo. E en esta guisa llegó a la ribera del río de Ebro; e el rey de Aragón andudo por esas villas, e non vino a la lid.

E estando don Juan Núñez una noche jugando a los dados con un judío, un caballero, que decían Nuño González Churruchano, vino a él e díjole en poridad:

— Don Juan Núñez, ¿qué estades aquí haciendo? Ca yo vi anoche meter muchas armas en casa

del rey, e mandaba armar los caballeros porque vi-
niesen a matarvos.

E don Juan Núñez era ome sospechoso, e cre-
yólo, e quisiérase ir si una bestia fallara en que su-
biera; mas los sus caballeros e la su gente e las bes-
tias posaban dentro en la cibdad, e la puerta estaba
cerrada. E toda la noche ovo a estar con muy gran
miedo, que nunca durmió. E cuando fué el alba
abrieron las puertas de la cibdad.

No se encuentra en la crónica otra nota destacada fuera de
ésta de la bravura del rey. Es graciosa la opinión sobre los
franceses.

Los franceses son sotiles e pleiteosos e muy en-
gañosos e dañosos a todos aquéllos que an a pleitear
con ellos, e todas las verdades posponen por facer
su pro.

CRONICA DEL REY DON FERNANDO CUARTO

En el año que andava la era de Adán en cinco mill e setenta e cuatro años, e la era del Diluvio en cuatro mill e trescientos e noventa e seis años, e la era de Nabucodonosor en dos mill e cuarenta e dos años, e la era de Felipo, el grand rey de Grecia, en mill e seiscientos e diez e seis años, e la era del grand Alixandre de Macedonia en mill e seiscientos e cinco años, e la era de César en mill e trecientos e treinta e tres años, e la era de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e noventa e cinco años, e la era de Galacianos en mill e once años, e la era de los arábigos en seiscientos e setenta años, e la era de Sant Esparsiano, según la era de los Persianos, en seiscientos e setenta e tres años, miércoles veinte e seis días de abril, desde que fué enterrado el rey don Sancho, tomaron luego al infante don Fernando, e tiráronle los paños de márfaga que tenía vestidos por su padre, e vistiéronle unos paños nobles de tartarí, e pusiéronle ante el altar mayor en

la iglesia mayor de Toledo, e rescibiéronle por rey e por señor. E él juró de guardar los fueros a los fijosdalgo e a todos los otros del su reino.

Así comienza la crónica de Fernando IV, hijo de don Sancho, que más bien debería llamarse crónica de doña María de Molina, su viuda. En efecto, ella es quien lleva todo el peso de la gobernación durante el enrevesadísimo período de la menor edad de su hijo.

Hay en la crónica episodios que destacan por su viveza, como la entrada del rey con su madre en Segovia.

E ese día mesmo le llegó mandado de Segovia, que non sabían por cierto si acogeríen í al rey e a ella o non. E esto ella non lo quiso decir, e dijo que otro día quería ir allá a la villa. E mandó ir el pendón posadero ante noche allá, e envió las cocinas. E aunque llegaron allí, non los quisieron acoger dentro en la villa; e maguer que lo supo ella, non dejó por eso de ir de lo provar. E otro día, viernes primero de cuaresma, salió de Pedraza e llegó a Segovia. E desque sopieron los de la villa que era el rey e ella tan cerca, salieron a recibirlos, e dejaron las puertas de la villa cerradas. E a la puerta por do ellos salieron e por do avían a entrar, dejaron í bien dos mill omes armados de lorigas e perpuntes e ballestas. E desque los omes buenos llegaron al rey e a la reina e les besaron las manos, la reina

nunca les quiso decir ninguna cosa. E fuéronse su camino, yendo llevando al rey cabo de sí, fasta que llegó a la puerta de la villa. E cuando í llegó estavan las puertas cerradas, e muy grand gente armados encima de los muros.

Tras largas deliberaciones les abren las puertas y entran en la ciudad.

E la noble reina doña María tomó su fijo ante sí, e llevólo al alcázar. E era ya hora de vísperas, e non tenía guisada ninguna cosa de comer, e atendieron fasta que fué adobado, e era ya la noche.

Otro episodio de la lucha entre vasallos leales y rebeldes al rey.

E en este tiempo acaesció que unos caballeros que eran de Trujillo, que eran vasallos de don Juan Núñez, traían fabla con un ome, que era del obispo don García de Sigüenza, que estaba con este obispo en el alcázar de Sigüenza, do moraba estonce ese obispo, que les diese por do entrasen en el alcázar de noche, e que tomarían el alcázar e prenderían al obispo. E acaesció así, que una noche, durmiendo el obispo, que este ome velaba encima del alcázar, e vinieron í los caballeros que traían la fabla con él, e por las señas que con ellos avía

conosciólos, e echáronle las escaleras, e él dióles la sobida. E desque fueron encima del muro tres o cuatro dellos, entendiólo otro ome del obispo, e porque entendió que era tomado el alcázar, e que non podía ir a decirlo al obispo, comenzó a dar muy grandes voces llamando al obispo por nombre, que guaresciese el alcázar. E el obispo despertó a las voces, e saltó fuera al corral, e vió cómo era tomada la fortaleza, e que non podía í fincar; e salió por la puerta del alcázar fuera por la villa, dando muy grandes voces, e fuese meter a Sancta María, en guisa que los de la villa, cuando lo oyeron, fueron mucho espantados. E ayuntáronse luego todos, e tomaron una cuba vacía, e leváronla ante sí fasta que llegaron a la puerta del alcázar; e pusieron í muchos tocinos dentro, e pusieronle fuego, e comenzó a arder la cuba entre sí. E cuando los otros que furtaron el alcázar fueron entrados dentro, e avían tomado las torres e todas las fortalezas, fueron luego a la puerta de fuera del alcázar, e cerráronla, e non se cataron de la cuba que estava a la puerta; e eran los que estavan dentro más de cincuenta omes, e estavan sesenta o más a caballo para entrar a robar la villa. E en este comedio andudieron por el alcázar, e fallaron í mucho pan e muchos tocinos e muchas cubas de vino blanco, e

comieron e bebieron más de cuanto avían menester. E a poco tiempo comenzaron a arder las puertas del alcázar. E ellos cuando lo vieron, fuéronse parar todos armados encima de las puertas, para las defender de los de la villa, que estaban combatiéndolas muy fuertemente, cuanto más podían, los unos con saetas e los otros con fondas e con piedras, e los otros comenzaban a cavar el muro e tenían muchas piedras e muchos escudos con que se defendían de los de dentro. E los de dentro fueron a un pozo que avía en el alcázar, para sacar agua para matar el fuego; e quebróse una cadena con un pozal con que tiraban el agua, e cayó dentro en el pozo, en guisa que nunca pudieron aver sogas nin otra cosa ninguna con que tirasen el agua en ninguna manera. E cuando esto vieron, fueron a una bodega, do estaban muchas cubas con vino, e tomaron de una cuba que estaba llena de vinagre, cuidando que era vino; e trajieron en cántaras el vinagre, e echávanlo en el fuego por lo matar, e cuanto más echaban, tanto más se encendía e más ardía, porque el vinagre ha esta natura. E en tal manera les acaesció, que cuando ellos cuidaron que avían amatado el fuego con aquel vinagre, era más encendido, en tal manera que la puerta ardió toda; e los de la villa estaban ahí cerca della, muy bien ar-

mados para entrar dentro. E quando los del alcázar vieron esto, punaron en se salir fuera del alcázar por aquella parte por do entraron, en guisa que, quando fué el alba, non fincó í ninguno dentro en el alcázar; e tomáronlo desta manera esa noche mesma. E otro día, de grand mañana, fueron al obispo, que estaba en la iglesia, e trajéronlo al alcázar e diérongelo; e de quanto í tenía non perdió ninguna cosa, que los que lo avían furtado non cataron por otra cosa ninguna de cuantas í estaban, sinon por escapar con los cuerpos. E en esta manera quiso Sancta María mostrar este fecho e facer este miraglo en este alcázar suyo, por facer bien al rey don Fernando.

Largo tiempo dura esta lucha, en la cual los nobles apelan a todos los medios: falsificar la moneda, enemistar a doña María con su hijo. Las pretensiones nobiliarias se hacen intolerables. No es de extrañar que la reina llegara a encontrarse en un grado máximo de penuria.

E en todos estos fechos e en estas guerras la reina avía de facer grandes costas, non aviendo ella ninguna renta de la tierra, ca todo lo tenía el infante don Enrique, e don Diego, e los otros ricos omes e caballeros que servían al rey; e avía de dar cada día a don Diego e a los otros ricos omes que estaban con él en Valladolid dos mill maravedís para que

se mantoviesen e que se non partiesen del rey; e otrosí avía a dar grand algo a los caballeros que enviaba a las fronteras a todas partes do entendía que cumplía para guardar las villas e los castillos e todas las otras fortalezas, porque se non perdiesen; e otrosí avía a dar a almogávares e a otros omes de guerras que lo avían menester; e demás desto avía a dar mucho a menudo muchos caballos que le demandaban los caballeros, commo quier que muy pocos les mataban en la guerra, mas non podía escusar de lo facer.

No cede, sin embargo. Durante horas y horas atiende a la gobernación de los dominios de su hijo.

Adolesció la reina muy mal de una nascencia que le nació en el brazo, e duróle diez semanas con muy grand dolor; e non dejaba por eso de librar todos los pleitos que í venían de todos los reinos, e otrosí de estar cada día en corte con todos los que eran en la hueste, e de hablar con ellos, e rogalles que sirviesen al rey su fijo.

Es leal con don Fernando, aunque él presta oído a quienes intentan apartarle de su madre. También muestra su nobleza al honrar a don Enrique, noble turbulento, cuando muere.

E don Enrique mandara que le soterrasen en



Valladolid, en casa de los freires menores. E luego lo trujeron í sus vasallos, mas non todos, que commo quier que avía él muchos vasallos e les ficiese mucho bien, más que non ficiera ningund ome bueno a los vasallos que oviese, pero non vinieron a su enterramiento sinon muy pocos, nin cortaron las colas a los caballos, como es costumbre de los fijosdalgos de Castilla cada que pierden señor. E quando le trojeron a Valladolid, no traía candela ninguna, ni ningund paño de oro, cual convenía a ome de tal lugar. E quando la reina esto sopo, mandó facer muchas candelas, e dió un paño de tartarí muy noble para sobre el ataúd; e fizo ayuntar en

Sant Francisco todos los clérigos de la villa e todos los omes e las mujeres de orden; e la reina e la infanta doña Isabel, su fija, e el infante don Pedro hicieron su llanto así commo lo avían de facer ordenadamente. E enterráronlo en Sant Francisco, e a cabo de cuarenta días fízole facer la reina su oficio complidamente.

Frente a la suya se desdibuja la silueta de Fernando IV, anodino y abúlico, que ni siquiera es capaz de someterse a las prescripciones de sus médicos.

E porque era mancebo e se guardaba muy mal, demandaba todo el día que le diesen a comer carne.

E vínose para Jahén con la dolencia, e non se quiso guardar, e comía cada día carne e bebía vino.

La debilidad de su constitución debió de contribuir eficazmente a que su muerte tuviese lugar dentro de los treinta días pronosticados, según la leyenda, por los dos hermanos que había hecho despeñar en Martos.

CRONICA DEL REY DON ALFONSO EL ONCENO

En esta crónica, mucho más extensa que las anteriores, apunta por primera vez una visión de conjunto, un deseo de explicación y de síntesis.

Así como la estoria ha contado los fechos que pasaron en los regnos, debe contar el estado en que estaba la tierra en aquel tiempo. Et dice que avía muchas razones et muchas maneras en la tierra porque las villas del rey et todos los otros logares de su regno rescebían muy grand daño, et eran destroídos; ca todos los ricos omes, et los caballeros, vivían de robos et de tomas que facían en la tierra, et los tutores consentíangelo por los aver cada unos de ellos en su ayuda. Et cuando algunos de los ricos omes et caballeros se partían de la amistad de alguno de los tutores, aquél de quien se partían destroíaale todos los logares et los vasallos que avía, diciendo que lo facía a voz de justicia por el mal que feciera en quanto con él estovo: lo cual

nunca les estrañaban en cuanto estaban en la su amistad. Otrosí, todos los de las villas, cada unos en sus logares, eran partidos en vandos, también los que avían tutores, como los que los non avían tomado. Et en las villas que avían tutores, los que más podían apremiaban a los otros, tanto porque avían a catar manera cómo saliesen de poder de aquel tutor, et tomasen otro, como porque fuesen desfechos et destroídos sus contrarios. Et algunas villas que non tomaron tutores, los que avían el poder tomaban las rentas del rey, et mantenían con ellas grandes gentes, et apremiaban los que poco podían, et echaban pechos desaforados. Et en algunas villas destas atales, levantábanse por esta razón algunas gentes de labradores a voz de común, et mataron algunos de los que los apremiaban, et tomaron et destroyeron todos sus algos. Et en ninguna parte del regno non se facía justicia con derecho; et llegaron la tierra a tal estado, que non osaban andar los omes por los caminos si non armados, et muchos en una compañía, porque se podiesen defender de los robadores. Et en los logares que non eran cercados non moraba nenguno; et en los logares que eran cercados, manteníanse los más dellos de los robos et furtos que facían. Et en esto también avenían muchos de las villas, et de los que



eran labradores, como los fijosdalgo. Et tanto era el mal que se facía en la tierra, que aunque fallasen los omes muertos por los caminos, non lo avían por extraño. Nin otrosí avían por extraño los hurtos, et robos, et daños et males que se facían en las villas nin en los caminos. Et demás desto los tutores echaban muchos pechos desaforados, et servicios en la tierra de cada año. Et por estas razones veno grand hermamiento en las villas del regno, et en muchos otros logares de los ricos omes et de los caballeros. Et cuando el rey ovo a salir de la tutoría, falló el regno muy despoblado, et muchos logares yermos: ca, con estas maneras, muchas de las

gentes del regno desamparaban heredades, et los logares en que vivían, et fueron a poblar a regnos de Aragón et de Portugal.

Encontramos aquí ya conciencia de la importancia que tiene la obra histórica, de que la historia debe servir como ejemplo.

La estoria ha contado cuál fué el comienzo de la contienda que se levantó en la Orden de Calatrava; de la cual es dicho en esta estoria el comienzo cuál fué, porque si para adelante, en los tiempos que son por venir, fincase algún departimiento en la Orden, que sea sabida la razón por que fué.

El conde de Fox falta a su compromiso y abandona la cerca de Algeciras.

Et esto escribieron en esta estoria por contar los servicios que el conde de Fox fizo al rey en esta cerca: ca así como es razón de contar los bienes que facen los buenos servidores, non se debe olvidar lo que facen los que non han voluntad de facer bien; ca, en otra manera, todos serían tenidos por iguales.

El rey manda dar muerte a un escudero que no le había querido recibir en su castillo.

Et como quier qu'el escribidor escribió este jui-

cio por contar el fecho, pero púsolo todo según que pasó, porque los que esto oyeren sepan cómo han de facer conoscimiento al su rey et a su señor; ca desde allí adelante los alcaides de los castiellos et de las otras fortalezas fueron más apercebidos a aver mandamiento de sus señores porque acogiesen al rey cada que llegase a los castiellos et a las fortalezas.

La crónica tiene por misión relatar los hechos de los reyes.

Et como quier que las corónicas fueron fechas por contar los fechos de los reyes; pero porque este riepto de estos dos caballeros fué dicho por cosa que tañía a la persona del rey, el estoriador escribiólo en este libro.

La figura de Alfonso XI resalta de continuo.

El rey, en sí de su condición, era bien acostumbrado en comer, et bebía muy poco, et era muy apuesto en su vestir, et en todas las otras sus costumbres avía buenas condiciones: ca la palabra dél era bien castellana, et non dubdaba en lo que avía de decir. Et en cuanto él estido en Valledolit, asentábase tres días en la semana a oír las querellas et los pleitos que ante él venían, et era bien enviso

en entender los fechos, et era de gran poridad, et amaba los que le servían cada uno en su manera, et fiaba bien et complidamente de los que avía de fiar. Et luego comenzó de ser mucho encavalgante, et pagóse mucho de las armas; et placíale mucho de aver en su casa omes de grand fuerza, et que fuesen ardites, et de buenas condiciones. Et amaba mucho todos los suyos, et sentíase del grand daño et grand mal que era en la tierra por mengua de justicia, et avía muy mal talante contra los malfechores.

La justicia del rey es durísima.

Quiso facer escarmiento en los de Segovia por las muertes que fecieron. Et fué a esta ciubdat, et cuando í llegó, mandó saber por pesquisa cuáles fecieron aquellas muertes que la estoria ha contado, et quemaron la iglesia. Et fueron presos muchos de aquéllos que lo avían fecho, et fué dado juicio contra ellos. Et algunos arrastraron, et después enforcáronlos; et a otros quebraron por los espinazos, por el quebrantamiento de la cadena; et a otros cortaron los pies et las manos et los degollaron; et a otros quemaron, por el fuego que posieron en la iglesia, de que quemaron la torre. Dando a cada uno dellos la pena según lo que fecieron.

Los resultados no se hacen esperar.

Et por cierto, tanta era la justicia en aquel tiempo en los lugares do el rey estaba, que en aquellas cortes en que eran ayuntadas muy grandes gentes, yacían de noche por las plazas todos los que traían las viandas a vender, et muchas viandas sin guardador, sinon solamente el temor de la justicia qu'el rey mandaba facer en los malfechores.

Los señores de la mesnada del rey, antes tan levantiscos, cuando parten contra Navarra, le dicen:

Non tan solamente a Martín Ferrández, que era buen caballero; mas cuando el rey enviase í por su mayoral a un mozo de los que guardaban los caballos, que todos le obedescerían, et serían mandados; porque el rey entendiese que avían voluntat de le servir et de le escusar de este trabajo.

El rey, a su vez, gusta de asesorarse con los nobles. Así, al tratar del cerco de Tarifa.

Como quier que él esto decía, pero que ellos viesen lo que él debía facer, et que le aconsejasen; ca él un ome era, et sin todos ellos no podía facer más que por un ome. Et desque estas razones ovo dicho, dexóles el palacio, porque ellos acordasen

sin él lo que entendiesen que le era lo mejor para en aquel fecho.

No es de extrañar que las gentes mostrasen alegría con la presencia del monarca. En Sevilla, cuando llega el rey,

ovo muchas danzas de hombres et de mugeres, con trompas et atabales que traían cada unos dellos. Et otrosí avía í muchos bestiales, fechos por manos de omes, que parecían vivos, et muchos caballeros que bohordaban a escudo et lanza, et otros muchos que jugaban la gineta. Et por el río de Guadalquivir avía muchas barcas armadas, que jugaban et facían muestra que peleaban; et avía en ellas trompas et atabales, et muchos estormentos otros, con que facían grandes alegrías. Et ante que el rey entrase por la ciubdat, los mejores hombres, et caballeros, et ciubdadanos, descendieron de las bestias, et tomaron un paño de oro muy noble, et traxiéronle en varas encima del rey. Et desde que el rey llegó a la ciubdat, falló las calles por do él avía de ir todas cubiertas de paños de oro et de seda, et las paredes destas calles eso mesmo; et en cada una de las casas destas calles posieron cosas que olían muy bien, las mejores que podieron aver.

Hay en el rey un deseo de mantener en tensión a sus gentes, manifestado en todos los detalles.



Pues que el rey avía puesto tregua con los moros, resceló que los caballeros et la otra gente del su regno non catarían por tener caballos nin rocines; et los que fasta allí criaban los caballos, que los non criarían; o, si algunos criasen, que los levarían fuera del regno, porque los del regno non los comprarían, pues avían treguas. Et por esto el rey, seyendo en Truxiello, fizo ordenamiento que todos los omes del su señorío que quisiesen andar en bestias, que andodiesen en caballos o en rocines; et cualquier que andodiese en mulo o en mula, que la perdiese, et que pechase al rey una cuantía de dineros en pena. Et el ordenamiento fecho, en-

vió sus cartas por el su regno, en que envió mandar a todos que lo guardasen. Et guardáronlo así, et duró dos años que ningún ome non osaba andar en mulo nin en mula. Et por esto, en aquel tiempo, dexaban de criar los mulos et las mulas, et enviábanlos a los otros regnos; et fincó la tierra sin mulos et sin mulas, salvo las acémilas. Et ante los dos años fué visto que los caballos et los rocines non se podían parar a los afanes que se paraban los mulos et las mulas, et que se perdían muchos caballos et rocines por el grand afán que les daban andando cada día en ello; et por esto el rey tiró el defenimiento que avía fecho. Et cuando los omes quisieron tornar a aver mulas en que andodiesen, non las podieron aver; et duró por esto la careza de las mulas algún tiempo en la tierra.

Esta tensión reflejaba la del propio monarca.

Este rey don Alfonso tomaba muy grand trabajo en esta hueste andando todo el día armado. Et conveníale de lo facer así, ca sabido avía que moros avían venido al real, de los de la villa et de fuera, por lo matar. Otrosí avía sabido que a las veces entraban en la ciubdat de noche zabras et barcos pequeños de los moros, que les traían refrescamientos de miel et de manteca et de fruta. Et

porque aquéllos a quien era encomendada la guarda non la guardaban tan bien como cumplía, él por sí mismo andaba grand parte de la noche requiriendo las naves et las galeas et todos los otros navíos que avían a facer la guarda; et por esto avía de andar armado el día et la noche.

Se pone a la cabeza de sus gentes cuando hay que perseguir a unos malhechores.

Et el rey, luego que esto sopo, salió de aquel lugar do estaba, et fué camino de Sancta Olalla, et con él pocas compañías, que eran de aquéllas que andaban con él cada día en la su casa. Et porque los de Sancta Olalla non fuesen sabidores de la su ida, nin se podiesen apercibir, en todo el camino fué corriendo el rey, et los que iban con él, quanto los caballos los podían levar, por grand voluntat que avía de tomar aquellos malhechores. Et llegó a la puerta de Sancta Olalla, et falló las puertas abiertas et entró por la villa buscando aquellos malhechores do estaban. Et ellos desque sopieron qu'el rey era entrado en la villa, ascondiéronse en las casas et en la iglesia, et en otros logares, cada uno por do podía; pero el rey fallólos todos, salvo uno dellos, que era el más principal malfechor, et decíanle Egas Paes, et era natural de Talavera. Et

éste yacía en un pozo, en una cueva que yacía dentro, et el rey, buscándolo por la villa en cada una de las casas, ovo a saber de cómo aqueste malfechor estaba en aquel pozo, et mandó entrar algunos omes dentro que lo sacasen. Et aquéllos a quien lo él mandaba sacar, avían rescelo de entrar en el pozo, et lanzaban dentro piedras et lanzas, et el malfechor estaba en la cueva del pozo, et non le empecían las lanzas nin las piedras que le lanzaban dentro. Et como quier que los que avían lanzado dentro las lanzas et las piedras decían al rey que lo avían muerto, el rey no ge lo quería creer, et mandábalos entrar dentro, et que ge lo sacasen muerto o vivo. Et estando el rey en este afincamiento, el malfechor que yacía en el pozo, comenzó a dar voces que lo dexasen salir a la merced del rey; et plogo mucho desto a los qu'el rey mandaba entrar en el pozo.

Es gran cazador.

Et el rey partió de Avila en la postrimera semana del mes de abril, et fué a Segovia, porque es villa de buenos aires, et es cerca de los montes en que él tomaba placer de cazar. Et este rey era de tal condición, que cuando le menguaba de conten-

der et trabajar contra los enemigos, contendía et trabajaba contra los venados de los montes.

No dejaba de cazar ni aun estando en campaña contra los moros, lo cual alguna vez le hizo correr peligro.

Et como quiera que el rey posiese grand acucia en todos los fechos que cumplían a la hueste, pero una vez en el mes acostumbraba correr monte en cuando allí estaba. Et un día, que fué en este mes, coidando que los moros estarían en su real por el tiempo que les avía fecho, et otrosí porque non avían a acometer la pelea desque fueron vencidos, salió el rey del real do tenía su hueste, et fué a correr monte allí do avía acostumbrado. Et en aquel día venieron fasta quinientos caballeros a aquel monte, et si estos moros venieron por sabiduría que ovieron del rey, o por acaescimiento, la estoria non lo departe; pero ante que el rey llegase al monte, los monteros entraron buscar el venado, así como lo solían facer, et toparon con los moros, et mataron í un montero que dicían Diego Bravo, et ferieron et cativaron otros; et algunos que escaparon dende, venieron fuyendo ante el rey, et dixiérongelo. Et el rey estovo allí do ge lo dixieron, et envió por más compañías a la hueste; pero siempre iban con él a monte trescientos o quatrocientos

omes de caballo; et envió saber qué compañía eran los moros. Et los que allá fueron, sopieron que non fueron más de trescientos caballeros, et que luego pasaron el río et se fueron.

Et este día fué el rey posar a dos leguas de la villa allende Guadalete; et otro día fué posar cerca de la laguna de Medina, e falló en aquella laguna muchos cisnes. Et porque él avía a esperar allí dos días los de la hueste que podiesen cargar sus viandas, et las otras cosas que avían de levar, entretanto mandó traer tres barcos pequeños para aquella laguna. Et el rey entró en el un barco, et con él dos omes que remaban, et el ome que le armaba la ballesta, ca él lanzaba muy bien con ella; et mandó entrar omes en los otros barcos, et corrió en pos aquellos cisnes fasta que tomó seis dellos vivos, et mató quatro.

No eran sólo cisnes y venados los que perseguía el monarca.

Et en aquel tiempo era una dueña en Sevilla, que llamaban doña Leonor, fija de don Pero Núñez de Guzmán; et como quiera que fuese viuda, era de pocos días más que el rey, et rica dueña, et muy fijadalgo, et en fermosura era la más apuesta mu-



ger que avía en el regno. Et desde otra vegada que la el rey avía visto en casa de una su hermana, que era casada con don Anrique Anríquez quando fué a la hueste de Olvera, siempre tovo el corazón puesto en ella, et siempre usara de bondad. Et estaba con una dueña, su avuela, que la criara; et el rey sabiendo que era í en Sevilla, trabajóse por la ver; et como quier que lo ovo grave de acabar, pero óvola.

Fomenta el espíritu caballeresco, crea la Orden de la Banda.

Et porque avía luengo tiempo que en los regnos de Castiella et de León non avía conde, era dubda en cuál manera lo farían. Et la estoria cuen-

ta que lo fecieron desta guisa: El rey asentóse en un estrado, et traxieron una copa con vino, et tres sopas, et el rey dixo:

— Comed, conde.

Et el conde dixo:

— Comed, rey.

Et fué esto dicho por amos a dos tres veces. Et comieron de aquellas sopas amos a dos. Et luego todas las gentes que estaban í dixieron:

— ¡Evad el conde, evad el conde!

Et de allí adelante traxo pendón et caldera et casa et hacienda de conde.

Otrosí, estando el rey en Vitoria, porque sopo que en los tiempos pasados los de los sus regnos de Castiella et de León usaran siempre en menester de caballería, et lo avían dexado, que non usaban dello fasta en el su tiempo, porque oviesen más a voluntat de lo usar, ordenó que algunos caballeros et escuderos de los de la su mesnada traxiesen banda en los paños, et el rey eso mesmo. Et seyendo en Vitoria mandó a aquellos caballeros et escuderos, que el rey tenía escogidos para esto, que vestiesen paños con banda que les él avía dado. Et él otrosí vestió paños de eso mesmo con banda. Et los primeros paños que fueron fechos para esto eran blan-

cos et la banda prieta. Et dende adelante a estos caballeros dábales cada año de vestir sendos pares de paños con banda. Et era la banda tan ancha como la mano, et era puesta en los pellotes et en las otras vestiduras desde el hombro izquierdo fasta la falda. Et estos llamaban los caballeros de la Banda, et avían ordenamiento entre sí de muchas buenas cosas que eran todas obras de caballería. Et cuando daban la banda al caballero, facíanle jurar y prometer que guardase todas las cosas de caballería que eran escriptas en aquel ordenamiento. Et esto fizo el rey, porque los omes, cobdiciando aver aquella banda, oviesen razón de facer obras de caballería.

Toma parte, de incógnito, en un torneo.

Este rey don Alfonso de Castiella et de León, aunque en algún tiempo estudiese sin guerra, siempre catava en cómo se trabajase en oficio de caballería, haciendo torneos, et poniendo tablas redondas, et justando; et quando de esto non facía algo, corría monte. Et otrosí, porque los caballeros non perdiesen de usar las armas, et todavía estudiesen apercebidos para la guerra quando menester les fuese, estando en Valledolit, mandó llamar por sus cartas los caballeros de la Banda, et otros caballeros et escuderos fijosdalgo del su regno, que fuesen

todos con él en aquella villa tercer día ante del día de Pasqua, et que traxiesen í todos sus caballos et sus armas. Et para aquel día qu'el rey los envió mandar, venieron í todos. Et otro día de Pasqua, el rey mandó bastecer un torneo de muy grand compañía de caballeros; et eran todos los caballeros de la Banda de la una parte, et otros tantos caballeros et escuderos de la ventura de lo otra parte. Et en aquel día en la mañana mandó poner dos tiendas fuera de la villa en el capo do lidian los reptados, la una al un cabo et la otra tienda a la otra parte, et todos los caballeros fueron juntados en aquel canpo armados de todas sus armas et en sus caballos. Et en este torneo entró el rey desconocido de la parte de los caballeros de la Banda; et pusieron quatro caballeros por fieles. Et desque fueron todos en el campo, los unos de la una parte, et los otros de la otra, venieron darse muchos golpes de las espadas de la una parte et de la otra. Et ovo allí algunos caballeros que cayeron los caballos con ellos, et otros caballeros que fueron derribados; et como la priesa era muy grande, et todos andaban desconoscidos, algunos ovo í que dieron al rey grandes espadadas encima de la capellina sobre las armas, non lo conociendo. Et los caballeros que eran puestos por fieles en aquel torneo, veyendo el grand

afincamiento en que estaban, et la gran priesa que se daban los unos a los otros de amas las partes, et como avía muy grand pieza del día que se yuntaran, entraron entre medias dellos, et feciéronlos partir. Et después venieron dos venidas los unos contra los otros, et dándose muy grandes feridas, era la priesa muy grande entre ellos. Et venieron a entrar todos en una puente pequeña, que estaba encima de un río ante la puerta de la villa, et porfiaron mucho este torneo en aquel lugar, fasta que fué pasada cerca de la hora de la nona. Et estonce los fieles partiéronlos, et fueron descender de los caballos en las tiendas, los caballeros de la Banda en la una, et los caballeros de la ventura en la otra; et comieron cada unos dellos en sus tiendas. Et desque ovieron comido los caballeros de la ventura, cabalgaron en los caballos, et venieron a ver al rey, et a los caballeros de la Banda, que estaban con él en la tienda, porque los caballeros que avían sido fieles juzgasen quáles avían sido mejores en aquel torneo. Et los caballeros de la Banda acogieron muy bien a los caballeros de la ventura, et feciéronles mucha honra, et estidieron allí fablando et departiendo de las aventuras que cada uno dellos avían avido en aquel torneo, et partieron todos con el rey, et entráronse a la villa.

Se hace armar caballero por el apóstol Santiago.

Et porque este rey era muy noble en el su cuerpo, tovo por bien de rescebir la honra de la coronación et otrosí honra de caballería: ca avía voluntad de facer mucho por honrar la corona de sus regnos. Et otrosí desde luengos tiempos todos los ricos-omes et infanzones et fijosdalgo et los de las villas, todos se escusaban de rescebir caballería fasta en el su tiempo deste rey don Alfonso. Et por esto, seyendo en la ciubdat de Burgos, mandó tajar muchos pares de paños de oro et de seda, guarnidos con peñas armiñas et con peñas veras; et otrosí mando facer muchos pares de paños de escarlata, et de otros paños de lana, los mejores que pudieron ser avidos, con cendales et con peñas; et mandó guarnescer muchas espadas, dellas con oro et dellas con plata, las vainas et las cintas; et mandó enderezar todas las otras cosas que eran menester para esto. Et desque lo tovo todo guisado, envió decir a todos los ricos-omes, et infanzones, et fijosdalgo del su regno, que se quería coronar et tomar honra de caballería; et en aquel tiempo, que quería facer a los más dellos caballeros, et darles guisamiento de todo lo que oviesen menester para sus caballerías; et que les mandaba que veniesen todos a la ciubdat de Burgos a día cierto. Et todos venieron; mas don

Joan, fijo del infante don Manuel, nin don Joan Núñez, éstos non venieron; mas todos los otros ricos-omes, et infanzones et omes fijosdalgo de las ciudades et villas de los regnos de Castiella et de León, et del regno de Toledo, et de los regnos del Andalucía, desque vieron las cartas qu'el rey les envió, guisaron sus cosas para se venir a la ciubdat de Burgos por el llamamiento que avían del rey. Et entretanto que ellos se ayuntaban para esto, el rey salió de Burgos, et fué por sus jornadas en romería a visitar el cuerpo sancto del apóstol Santiago. Et ante que llegase a la ciubdat, fué de pie desde un lugar que dicen la Monjoya; et entró así de pie a la ciubdat, et en la iglesia de Sanctiago, et veló í toda esa noche teniendo sus armas encima del altar. Et en amanesciendo, el arzobispo don Joan de Limia díxole una misa, et bendixo las armas. Et el rey armóse de todas sus armas, et de gambax et de loriga et de quixotes et de canilleras et zapatos de fierro. Et ciñóse su espada, tomando él por sí mesmo todas las armas del altar de Sanctiago, que ge las non dió otro ninguno. Et la imagen de Sanctiago, que estaba encima del altar, llegóse el rey a ella et fízole que le diese la pescozada en el carriello. Et desta guisa rescibió caballería este rey don Alfonso del apóstol Sanctiago.

El cronista se recrea al detallar las ceremonias de la coronación.

Yuntados con el rey en la ciubdat de Burgos los perlados que venieron a la honra de esta fiesta, et los ricos-omes et infanzones et omes fijosdalgo de las ciubdades et villas, que avían a venir a la honra de la coronación del rey, et los que avían de rescibir caballería dél, el rey dexó la posada del obispo de Burgos, en que él avía posado fasta allí, et fué posar en las sus casas, que son en el compás de las Huelgas, que él avía mandado facer et enderezar para honra desta fiesta. Et el día que se ovo de coronar vestió sus paños reales labrados de oro et de plata a señales de castiellos et de leones, en que avía adobo de mucho aljófar et muy grueso, et muchas piedras, rubíes et zafíes et esmeraldas en los adobos. Et subió en un caballo de grand prescio, que él tenía para el su cuerpo; et la siella et el freno deste caballo, en que él cavalgó aquel día, eran de grand valía: ca los arzones de esta siella eran cubiertos de oro et de plata, en que avía muchas piedras; et las faldas et las cuerdas de la siella et las cabezadas del freno eran de filo de oro et de plata, labrado tan sotilmente et tan bien, que ante de aquel tiempo nunca fué fecha en Castiella tan buena obra de siella, nin tan conveniente para en aquel tiempo. Et



desque el rey fué encima del caballo, púsole una espuela don Alfonso, fijo del infante don Fernando, el cual algunas veces se llamó rey de Castiella, et la otra espuela la puso don Pero Fernández de Castro. Et éstos, et los otros ricos-omes que eran í, fueron de pie derredor del caballo del rey, fasta que el rey entró dentro en la iglesia de Sancta María la Real de las Huelgas, cerca de Burgos. Et desque llegó a la iglesia, los que le avían puesto las espuelas, éstos ge las quitaron. Et la reina doña María, su muger, fué después qu'el rey un poco tiempo, et llevaba paños de gran prescio; et fueron con ella muchas buenas compañías de perlados et de otras

gentes. Et desque amos a dos fueron llegados a la iglesia, tenían fechos dos asentamientos mucho altos cerca del altar, el uno a la mano derecha et el otro a la mano izquierda; et subían a estos asentamientos por gradas; et estaban cubiertos de paños de paño de oro nobles. Et asentóse el rey en el asentamiento de la mano derecha, et la reina a la mano izquierda. Et eran allí el arzobispo de Sanctiago don Joan de Limia, et el obispo de Burgos, et el obispo de Palencia, et el obispo de Calahorra, et el obispo de Mondoñedo, et el obispo de Jaén. Et aquel arzobispo de Sanctiago, que llamaban don Joan de Limia de los de Batasella et Pandecenteno, dixo la misa, et oficiáronla las monjas del monesterio. Et todos los obispos estaban revestidos, et su crozas en las manos, et sus mitras en las cabezas. Et estaban asentados en sus facistoles, los unos a la una parte del altar, et los otros a la otra. Et desque fué llegado el tiempo del ofrecer, el rey et la reina venieron amos a dos de los estrados do estaban, et fincaron los hinojos ante el altar, et ofrescieron; et el arzobispo et los obispos bendixiéronlos con muchas oraciones et bendiciones. Et descosieron al rey el pellote et la saya en el hombro derecho; et ungió el arzobispo al rey en la espalda derecha con olio bendicho que el arzobispo tenía para esto. Et desque el

rey fué ungido, tornaron al altar; et el arzobispo et los obispos bendixieron las coronas que estaban encima del altar. Et desque fueron bendicidas, el arzobispo redróse del altar, et fuése a sentar en su facistol, et los obispos eso mesmo cada uno se fué a sentar en su logar. Et desque el altar fué desembargado dellos, el rey subió al altar solo, et tomó la su corona, que era de oro, con piedras de muy grand prescio, et púsola a la reina, et tornó fincar los hinojos ante el altar, según que ante estaba; et estidieron así fasta que fué alzado el cuerpo de Dios. Et el rey et la reina fuése cada uno dellos a sentar en su logar; et estidieron así, las coronas puestas en las cabezas, fasta la misa acabada. Et dicha la misa, el rey salió de la iglesia, et fué a su posada encima de su caballo, et todos los ricos-omes de pie con él; et la reina fuése después a poco tiempo. Et en este día bofordaron et lanzaron tablados et jostaron muchas compañías, et fecieron muchas alegrías por la fiesta de la coronación.

Con todo esto — torneos, órdenes de caballería, prestigio de la corona —, el rey quería tener a sus gentes siempre dispuestas para la guerra. En ella existen aspectos que la crónica no omite, y que seguramente chocarán a los románticos admiradores del espíritu caballeresco de aquellos días. Es, por ejemplo, la dificultad del aprovisionamiento, las famosas talegas que saltan de continuo en las páginas de la crónica, que

permiten o impiden el avance por terreno enemigo, y la resistencia en los asedios.

Et después que fueron llegados, dixieronle que desde allí fasta Gibraltar avía quatro jornadas para la hueste, et que avía menester que otro día estudiesen allí en aquel logar, porque los omes podiesen tomar talegas de vianda para aquellos días et para dos o tres días más, con que se podiesen mantener si non fuese llegado lo que levaban por la mar.

Et estas jornadas tomaban los reyes tan pequeñas, porque las gentes que fincaban en Sevilla podiesen tomar talegas de viandas et las otras cosas que avían menester para ir con ellos.

Et pasados los quatro días menguaban las talegas en los de la hueste del rey don Alfonso, ca por la tierra non podían los omes levar viandas para muchos días, et por esto ovieron a partir de Ronda.

No está sólo la dificultad en la obtención de víveres, sino en la de dinero para pagar a las gentes que de continuo reclaman su soldada. Tampoco aquí los aliados se sienten excesivamente desprendidos.

Et en el acabamiento deste mes de noviembre, el rey de Portugal envió al rey diez galeas en ayu-

da, et veno en ellas por almirante Carlos Pezano. Et estas galeas venieron pagadas por dos meses, et posieron en venir tres semanas, et tomaron para la jornada quince días, et estidieron en ayuda del rey de Castiella tres semanas, et fuéronse luego.

Et porque andavan í muchos almogávares, dixieron al rey, que si les diesen algo, se llegarían a cavar en aquel pie de la torre. Et el rey mandó pregonar que cualquier que sacase una piedra del pie de aquella torre, que le darían por ella dos doblas.

Et este noble rey don Alfonso mandó saber qué aver tenía para mantener la hueste, et las sus flotas de Castiella et de Genua que estaban í con él. Et falló que tenía aver para lo mantener para cumplimiento de seis meses, et cató manera para lo aver porque por mengua desto non oviese a partirse desta cerca.

Son especialmente interesados los genoveses, quienes entran en tratos con los moros cuando la paga se retrasa.

Los genoveses ovieron siempre manera de ayudar a quien les diese dineros, et sobre esto non cataron christiandad nin otro bien ninguno.

Luego que las flotas de los moros fueron llega-

das a Gibraltar, et el infante fijo del rey de allén mar fué í venido, don Egidiol, almirante del rey de Castiella, et todos los ginoeses que eran con él, metieron en las galeas las mercadurías et todo lo que tenían en los reales, diciendo que lo facían por estar apercebidos para pelear con las flotas de los moros, si veniesen a la pelea. Et desque todos fueron recogidos en la flota, enviaron decir al rey, que la paga que les debía de quatro meses que ge la mandase luego dar; si non, que ellos non podían allí estar, et que se querían luego ir. Et quando el rey esto sopo, fué en grand coidado, lo uno porque non tenía de qué les facer la paga, lo otro porque resceló que los moros ge los avían comprado, dándoles grand contía de doblas. Et aunque les él diese su paga, que desque la oviesen tomado, que irían ayudar a los moros.

... catadas estas razones, tomó el rey sospecha et resceló que los ginoeses se querían partir dél, et ser en ayuda de los moros; pero quiso que si ellos oviesen a facer aquella maldad, que non fuese por su culpa dél, nin dixiesen que lo facían porque él non les daba lo suyo. Et tomó toda cuanta plata tenía en que comía, et la con que bebían en su casa; et otrosí, toda la plata que tenían los ricos-omes et



perlados que estaban allí con él, et todo lo que tenían los oficiales de su casa, et ayuntó la más que pudo. Et con esta plata, et con dineros que sacó prestados de algunas partes, fízoles pago. Et fabló con ellos mostrándoles muy buen talante, diciéndoles que les rogaba que lo non toviesen a mal porque tanto se les avía tardado la paga, et que fuesen ciertos que de allí adelante que serían bien pagados a sus tiempos. Et por tal manera fabló con ellos, que los ginoeses fincaron bien pagados et bien sesegados en su servicio.

La guerra es guerra de sitios, desesperante por su lentitud.

Ca como quiera que ocho meses avía que el rey llegara con su hueste a Algecira, non podieron meter en cerca los moros de la ciubdat fasta este tiempo.

Gana la lucha quien más resiste. Es difícilísimo conseguir aislar una plaza para que no reciba víveres, y aún más si tiene acceso por el mar.

Et el rey, veyendo que non podía escusar de estar en aquella cerca mucho tiempo, porque avía í muchos omes de duros corazones, et sabía que tenían mucho pan, mandó facer una morada para sí. Et para esto traxieron muchos tapiales et teja et madera et lo que era menester. Et cada uno de aquéllos que estaban en aquella hueste, fecieron aquello mesmo.

Et porque ante desto le avían dicho que entraban en la ciubdat estas zabras et saetías con aquella vianda, el rey avía comenzado a cercar la ciubdat por la mar. Et la cerca era de toneles, que estaban encima del agua atados entre dos maromas muy gruesas, por tal manera que ningún navío pequeño non podía pasar por do ellos estaban, si non por cima; et si alguno probaba de pasar, trastornábase en el agua. Et cuando estas zabras entraron, era cer-

cada la villa nueva destos toneles desde el real de los catalanes fasta la isla que era en la mar. Et el rey mandó dar muy grand acucia que cercasen la villa vieja d'aquellos toneles por la mar. Et en esto andaba el rey cada noche et cada día, acuciándolo por sí mismo. Et porque las cuerdas en que estaban los toneles podiesen ser trabadas et estidiesen firmes, traxieron muelas con que muelen el pan, et foradábanlas en medio, et metían en aquellos forados mastes de naves; et estas muelas echávanlas en la mar, et fincaban los mastes enfiestos; et a éstos ataban las cuerdas en que estaban trabados los toneles.

Escaseaban las grandes batallas, como la de Tarifa, de botín tan cuantioso, que se alteró el valor de la moneda.

Et tanto fué el aver que fué levado fuera del regno, que en París et Aviñón et en Valencia et en Barcelona et en Pamplona et en Estella, en todos estos logares baxó el oro et la plata la sesma parte menos de como valió.

Terrible era en la guerra de sitios la lucha con los elementos.

Cuenta la estoria que acaesció que en este mes de setiembre comenzó a llover de tantas lluvias, et

tan fuertes, que grandes tiempos avía que non lloviera tantas aguas nin de tan fuerte manera. Et esto duró fasta la postrimera semana de octubre, que día et noche non quedó de llover. Así que duró pieza de días que los que pasaban allende del río de la Miel, que non podían pasar aquende por el río, que venía muy crescido, et por la vega, que estaba llena de agua. Et fué a los de la hueste muy grand premia con esta agua, et rescibieron por ende mucho daño: ca los que tenían las casas hechas, caíanseles; et los que las non tenían, non las podían facer; et los que estaban en las tiendas, rompíanseles; et los que tenían fecho cuevas en las cuestas, en la mañana finchíanse de agua, et muchas caían; et los caballos et las otras bestias estaban al agua día et noche, ca non avían otro logar do estar; et por esto morieron muchos caballos et muchas acémilas; et otrosí algunos perdieron mucha vianda. Et fueron tantas estas aguas, que maguer que el rey fizo de aquel otero casa de madera cobierta de teja, non avía en su posada un logar en que non lloviese. Et algunas noches acaesció que fué tanta el agua que entró en la cama do el rey yacía, que se ovo de levantar de la cama, et estar en pie la noche fasta que era de día.

Et acaesció que un día, que fué en este mes de

julio, que se ascendió fuego en una choza, et con viento que facía, ascendieronse muchas otras; et dende fuése apoderando el fuego tanto, que ardía muy grand parte de los reales, et señaladamente ardieron las casas del almirante, et todas las otras casas de los que posaban en la ribera; et ardió la rúa en que posaban muchos mercaderes, que tenían muchos paños de oro et de seda et de lana, et otras joyas muchas que vendieron; et otrosí ardieron los almacenes del pan que el rey tenía guardado, et otros almacenes de pan que tenían mercaderes. Et el rey, desque vió el fuego tan grande, envió mandar a sus alguaciles que fuesen a destajar el fuego, et que guardasen que de ninguno non fuese tomado ninguna cosa de lo suyo; et después armóse él, et fué allá por sí mesmo, et mandó derribar muchas casas et chozas a do el fuego non avía llegado, et con esto destajóse; ca en otra manera mucho más daño oviera í.

Todo lo quemado se reconstruye rápidamente, lo cual llena de admiración a los emisarios del rey de Granada que visitan el campamento.

Et el rey mandó a algunos de su casa que fuesen con estos mandaderos mostrarles los reales. Et vieron la ciubdat muy bien cercada de reales et de

casas et de paredes; et otrosí vieron que lo que era quemado que estaba todo fecho, señaladamente la calle do vendían los paños et las joyas. Otrosí vieron en la ribera muchas viandas, et en las plazas grandes carnicerías et muchas, et el real muy abastado de viandas; et fueron muy maravillados del poder del rey. Et andando veyendo esto, llegaron a do pasaban los condes, et las gentes de fuera del regno. Et todos tenían los yelmos puestos a las puertas de las casas, en sendas varas gordas et altas; et en cada uno destos yelmos avía muchas figuras, et de muy partidas maneras: ca en el uno avía una figura de león, et otro figura de volpeja, et otro figura de lobo, et otro figura de cabeza de asno, et otro de buey, et otro de perro, et de otras muchas animalias, et en algunos avía figuras de cabeza de omes, con sus rostros et con cabellos et con barbas. Et destos avía í de muchas guisas; et estas figuras todas eran tan bien fechas que semejaban que eran vivos; et algunos yelmos avía í que tenían alas de águilas, et otros que tenían cuervos; et d'éstos avía í fasta seiscientos yelmos. Et los moros, desque los vieron, fueron muy maravillados de tan grand poder de gentes como allí tenía el rey.



También sufrían los cristianos por la superioridad de armamento de los moros.

Et tirábanles muchas piedras con los engeños et con cabritas, et otrosí muchas pellas de fierro que les lanzaban con truenos, de que los omes avían muy grand espanto, ca en cualquier miembro del ome que diese, levábalo a cercén, como si ge lo cortasen con cochiello. Et quantoquiera poco que ome fuese ferido della, luego era muerto, et non avía cernurgía nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venía ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que qualquier llaga que ficiesen, luego era el

ome muerto. Et venía tan recia, que pasaba un ome con todas sus armas.

Cae, por fin, Algeciras, una de las plazas que más han resistido, y a cuyo cerco dedica la crónica mayor espacio.

Et el rey mandó poner encima de las torres el su pendón, et el pendón del infante don Pedro, su fijo primero, heredero, et los pendones de don Enrique et de don Fadrique, maestre de Sanctiago, et el pendón de don Fernando et de don Tello et de don Juan, sus fijos. Et otrosí posieron los pendones de todos los perlados et ricos-omes et de los concejos que venieron a aquella conquista. Et otro día, domingo, día de Ramos, el muy noble rey don Alfonso, con todos los perlados et ricos-omes et todas las otras gentes que í eran, entraron con muy grand procesión, et con los ramos en las manos en aquella ciubdat de Algecira. Et dixiéronle la misa en la mezquita mayor, a que el rey puso nombre Sancta María de la Palma.

Tomada Algeciras, marcha el rey sobre Gibraltar. Se declara la peste en el campamento y don Alfonso es una de las víctimas. Los moros, cuando saben que el rey ha muerto, dejan de atacar a los cristianos.

Et el día que los christianos partieron de su real

de sobre Gibraltar con el cuerpo del rey don Alfonso, todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno dellos fuese a pelear, salvo que miraban cómo partían dende los christianos. Et los señores et caballeros que iban con el cuerpo del rey don Alfonso tomaron su camino por Algecira, et dende a Medina Sidonia.

BIBLIOGRAFIA

- Crónicas de los reyes de Castilla*, tomo I, en *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 66.
- BENAVIDES (ANTONIO DE): *Memorias de don Fernando IV de Castilla*. Madrid, 1860, 2 vols.
- Crónica de don Alfonso el Onceno*, editada por D. FRANCISCO CERDÁ Y RICO. Madrid, 1787.
- AMADOR DE LOS RÍOS (JOSÉ): *Historia crítica de la literatura española*. Madrid, 1861-65, vol. IV.
- PUYOL (JULIO): "El presunto cronista Fernán Sánchez de Valladolid", en *Boletín de la Academia de la Historia*, t. 77, 1920, págs. 507-33.

VOCABULARIO

- abastar* = abastecer.
- acorro* = socorro.
- aína* = pronto.
- almogávar* = guerrillero.
- almud* = medida de áridos.
- animalia* = animal.
- apostólico* = Papa.
- ardites*, pl. de *ardit*, *ardid*, = valiente, atrevido.
- atal* = tal.
- azorafa* = jirafa.
- bohordar* = tirar el bohordo, lanza corta arrojadiza.
- buiado* = rayado [?].
- ca* = porque.
- cabrita* = máquina para tirar piedras.
- capellina* = pieza de la armadura que cubría la parte superior de la cabeza.

catar = procurar.
cinta = cinto, cinturón.
compás = terreno en torno a un monasterio.
convusco = con vos.
croza = báculo.
cuidar = pensar.
dende = de allí.
destajar = atajar.
dobla = moneda.
empecer = hacer daño.
encaescer = parir.
engeño = máquina de guerra.
enviso = entendido.
estormento = instrumento.
evad = ved, he aquí.
facistol = silla episcopal.
franqueza = liberalidad.
gambax = jubón acolchado.
ge = se.
guarir = curar, sanar.
guisa = manera.
guisar = disponer.
hermamiento = ruina, destrucción.
í = allí.
loriga = armadura hecha de piezas pequeñas.
maguer = aunque.
márfaga = jerga.
marfil = elefante.
maste = mástil.
merino = juez real.
nascencia = tumor.
omecillo = odio.
otrosí = además.
palacio = sala.

parar = poner.
pecho = tributo.
pellote = prenda de vestir hecha de pieles.
peña = piel; *peña armiña*, piel de armiño; *peña vera*, piel de marta cebellina.
perpunte = jubón colchado.
poridad = secreto.
posada = casa, residencia.
pozal = cubo.
premia = apremio.
prieto = negro.
quijote = pieza del arnés destinada a cubrir el muslo.
quitar = desempañar.
saetía = embarcación.
soldán = sultán.
sospechoso = suspicaz.
tabla redonda = un juego de caballeros.
tartarí = paño lujoso.
tirar = quitar.
tornés = moneda de plata.
trueno = pieza de artillería.
vegada = vez.
ventura = aventura.
volpeja = zorra.
zabra = barco pequeño.

